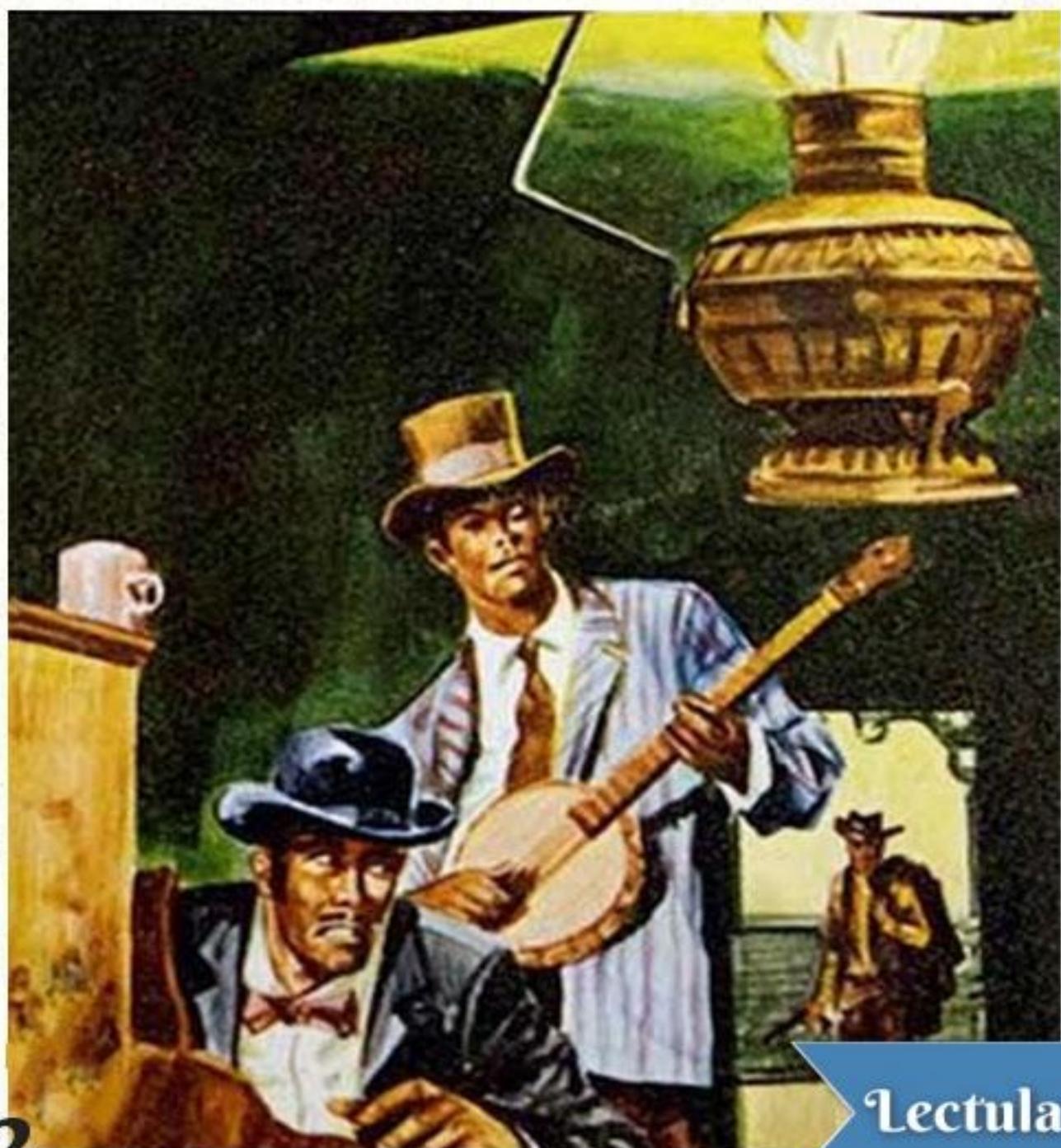


# JAMES O. CURWOOD

## La atracción del abismo



Lectulandia

Allan Campbell era un pobre diablo, un hampón con aires de poeta...

**Lectulandia**

James Oliver Curwood

# **La atracción del abismo**

ePub r1.0

Titivillus 30.04.2018

Título original: *Green timber*  
James Oliver Curwood, 1930  
Traducción: Editorial Juventud  
Diseño portadilla V Aniversario: mnemosine

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*5.º Aniversario*  
*Edición conmemorativa*



  
epublibre.org



*Más libros, más libres*  
**PROYECTO SCRIPTORIUM**

# Capítulo I

---

## Extraños amigos

---

*EL TORCIDO* llamaba pomposamente «hogar» a aquella lóbrega vivienda de carcomidas maderas, que pugnaban por mantenerse en pie, en medio de la desolación que le rodeaba.

Sin duda exageraba *El Torcido* cuando ponderaba las condiciones de su refugio, pues el emplazamiento de la casucha no podía ser menos atractivo. Al mismo borde de la fachada, como si amenazara tragarse la casa, se abría la profunda zanja del apartadero, donde de día y de noche maniobraban las máquinas, y detrás, la única vista que se ofrecía era la del sombrío panorama de desperdicios de hierro allí depositados.

A pesar del destacado lugar que *El Torcido* ocupaba —¡con todos los honores!— entre la gente del hampa, la miseria de aquella choza —su único patrimonio— pregonaba con elocuencia que los delincuentes no gozan siempre del bienestar y de la prosperidad que muchos suponen. En los días plomizos y grises del invierno, sobre todo, la casa adquiriría un lúgubre tinte de pobreza, de ruindad. Ni la radiante majestad del sol, en el augusto amanecer ni el resplandor de las estrellas, en las noches serenas y límpidas, podían borrar la melancolía que empapaba todo aquel lugar, y más bien delataban su horrible fealdad. Parecía como si algo incognoscible hubiera erigido aquella vivienda en símbolo del hampa, de los bajos fondos, y la defendiese contra la furia de los elementos desafiando sus más duros embates.

Una noche de fines de diciembre llegó a la vivienda de *El Torcido* su amigo Allan Campbell. Después de salvar las numerosas vías del apartadero y de a través los montones de basura que sembraban su camino, Allan enfiló con sigilo un sendero desde el que podía divisarse borrosamente la luz interior de la casa, tras los empañados cristales de las ventanas. Unos metros antes se detuvo, observando con cautela, misteriosamente. Segundos después, al comprobar que tras los cristales se dibujaba la silueta de una niña, desapareció la preocupación que sin duda le embargaba. Su semblante, antes perplejo, ceñudo, se había serenado rápidamente.

Allan Campbell era un pobre diablo, un hampón con ribetes de poeta. Las musas debieron ya de prestarle su inspiración al nacer, pero el ambiente en que Allan se

había criado malogró al poeta que llevaba dentro. De ahí que no fuera más que un bohemio con exceso de personalidad. Y con ideas demasiado extravagantes, tal vez.

Campbell reconocía que, con arreglo a las leyes de la sociedad, era un pecador, pero en cambio consideraba, apoyándose en sus teorías, que no era un malvado. Para él no había ley humana que pudiese distinguir el bien del mal, y aunque muchas veces infringiera —con notoria impunidad— esas leyes humanas, tenía en cambio verdadera devoción por el Todopoderoso que creó los astros y la tierra donde moraba. Muchas veces se había visto en los templos a Allan, cuya figura arrogante y apuesta solía mezclarse con la multitud de fieles. Y más de una vez unos ojos de mujer vieron en él la encarnación de su ideal.

No pretendemos, ni mucho menos, idealizar la figura de Allan, convertirlo en un héroe novelesco. Al contrario: no nos extrañaría que hubiera estado en la cárcel, ni negaremos que mereciera estarlo. Pero lo cierto es que no estaba preso. Y es que, indudablemente, muchos que gozan de libertad deberían estar presos. En la cárcel no están nunca todos los que debieran estar. El librarse de ella depende, en algunas ocasiones, de la suerte o de la inteligencia.

Allan contaba treinta y cinco años, y sobre él no pesaba ninguna grave acción. Nunca había matado, ni aun herido gravemente a un semejante. Para él, tal delito hubiese constituido una nota de mal gusto, sin refinamiento ninguno. Porque Allan estaba bien educado, era estudioso, vestía como un señor, tenía don de gentes... Su aspecto podía ser el de un médico o un abogado, el de un pastor protestante.

Sin embargo, a pesar de reunir tan excepcionales condiciones para ser un magnate del crimen (en su país había que reunir muchos méritos para dirigir una banda de forajidos), se contentaba con ser un modesto «coleccionador» de bagatelas. Prueba, todo ello, del romanticismo de Allan, de su alma de poeta. Ya sabemos que los poetas son unos holgazanes. De lo contrario, ¿habría poetas? Y Allan Campbell no era más que un poeta descarriado, un mortal que satisfacía plenamente sus aspiraciones con la emoción de lo íntimo. Prefería gustar la delicadeza de las cosas pequeñas, gratamente logradas, que arrostrar la responsabilidad de asuntos de mayor categoría. Por ello sus «honorarios» —como ingenuamente los llamaba— eran relativamente exiguos. Esto no le disgustaba, pues sustentaba el criterio de que el dinero constituye una molesta necesidad. Es más, tenía el convencimiento de que la civilización del porvenir, en la que él soñaba, suprimiría para siempre todo el sistema monetario, motivo de tantos disgustos entre los hombres.

En aquellos momentos, los pensamientos de Allan no estaban impregnados del humorismo tan peculiar en Campbell, a pesar de que la noche, fría y serena, era de las que hacían siempre concebir adorables esperanzas.

Para llegar a la choza de *El Torcido* había pasado Allan por una calle quieta y amable, donde todo respiraba bienestar y cordialidad. Los interiores de las casas se hallaban intensamente iluminados y a través de sus ventanas se distinguían los árboles de Navidad. La calle parecía respirar una plácida quietud, que saturaba de

sereno optimismo a Allan. Para él, las calles tenían un encanto especial, y aquélla, en la que creía ver más niños que en ninguna otra, era su predilecta.

Tras las ventanas, junto a las cuales se alzaban ufanos los árboles de Navidad, presentía Allan los hogares tranquilos, risueños, en los que ponían los niños su nota de alegría. En estas casas, se decía, está la verdadera poesía de la vida.

Alían recordó con inefable emoción los felices días de la infancia, al lado de los seres queridos que desaparecieron, y en su imaginación se reprodujeron escenas dichosas de las que fue actor. Nunca, desde entonces, había gozado del encanto que rodea las Navidades.

Aquella noche, sin embargo, no podía Allan entretenerse en románticas remembranzas. El ambiente de aquella calle le había prestado ánimos, y se sentía más fuerte, pero no podía olvidar que la muerte le acechaba a cada minuto, a cada paso. Hasta en los árboles, que poco antes había contemplado embelesado, admirando su nivea blancura, veía enemigos dispuestos a cortar bruscamente su vida.

¡Allan no temía morir! Muchas veces había pensado en los momentos del tránsito final, y, como creyente, esperaba con verdadera fe el destino que le reservaba Dios. Pero la idea de la muerte violenta, del atentado, le horrorizaba, atormentaba sus pensamientos.

Mientras se dirigía a la casa de El Torcida, a través de su larga caminata, Allan hizo cuanto pudo para desechar los temores que le embargaban. Hasta llegó a hacerse a la idea de que era imposible escapar. Pero, ocurriera lo que ocurriera, se hizo el firme propósito de no huir.

Cuando, a lo largo de su camino, notó que alguien pasaba tan cerca que llegaba a rozarle, no pudo evitar un estremecimiento de terror, una congoja que le atenazaba. Ni las risas de la gente joven, ni los graves acordes del órgano de la iglesia, ni las notas serenas de un piano que oyó al pasar, podían aplacar sus nervios, devolverle la tranquilidad.

¿Estaba próxima su muerte? ¿Caería pronto en la emboscada? Allan atisbó a su alrededor y alzó la vista al cielo. La tierra y el cielo, pensó, están en paz; nada turba esta augusta serenidad.

Sin embargo, aquella paz, aquella tranquilidad, eran ficticias. Alían, que no había dejado un momento de empuñar el revólver, desde el fondo de su bolsillo, lo sabía muy bien. A la mañana siguiente, los periódicos publicarían los relatos de los atentados que se repetían diariamente en la ciudad. ¡Y quién sabe si su nombre engrosaría el de las víctimas de aquella lucha fratricida! Era una lucha cruenta, que contaba las víctimas por días.

Allan pensaba con amargura que si caía allí para siempre, los periódicos no se entretendrían en hacer su biografía, en dedicarle unas líneas de elogio. Se limitarían a decir que había muerto otro bandido, víctima de la rivalidad del hampa. La cabecera a doble columna sería, a lo sumo, un epitafio.

Al contemplar, arrobado, la silueta de aquella niña, sus nervios fueron

calmándose, y otra vez volvió a ver la vida con el humorismo que pocas veces le había abandonado. Y llegó a filosofar sobre la muerte, con teorías muy personales que le animaban a correr aventuras.

Huir de la sentencia dictada por el jefe de la banda del hampa de Detroit —la más terrible del mundo— sería una cobardía y destruiría todos los ideales que había acariciado durante tanto tiempo. Al fin y al cabo, esos ideales eran los que le habían excluido de la sociedad y eran el motivo de su existencia. Su carácter retraído, reservado, le valió el apodo de El Solitario, que le habían atribuido sus enemigos. Apodo muy justo, pues Allan trabajaba siempre sin ayuda. No quería colaboraciones, ni las prestaba.

Precisamente porque sus fechorías tenían un carácter y una «filosofía» propios, le había sentenciado Andrés Scarfell. Éste, un verdadero dictador del hampa, que dirigía una extensa organización de contrabando, contaba entre sus amigos con editores de periódicos, con abogados y hasta con jueces.

La riqueza de Scarfell, adquirida al margen de toda ley, había aumentado con mayor rapidez que la inmoralidad reinante. Scarfell, sin embargo, podía pasar por un filántropo. Sus obras de caridad eran constantes y a sus expensas se había fundado un hospital, y se construyó una iglesia. Los que lo conocían de cerca sabían que era un monstruo, de voz meliflua y mirada apacible, capaz de destruir una ciudad, como Nerón inmoló a Roma, si ello le hubiera parecido necesario para el logro de sus fines.

Hacía unas horas que Scarfell había dictado su sentencia fatal contra Allan, y ya los pistoleros de la banda estaban sobre la pista de la presunta víctima, para ejecutar el terrible fallo.

En aquella ciudad, los atentados eran ya sucesos habituales. Durante el espacio de un mes cayeron inmolados por la «Star» diecisiete hombres.

Para Allan, aquella matanza espantosa constituía un sacrificio inútil. Pero, a pesar de ello, había, decidido esperar cara a cara el atentado, y no se ocultaría ni huiría como un cobarde.

Allan alzó de nuevo la vista y admiró la nitidez del firmamento, matizado de estrellas. El admirable espectáculo de la Naturaleza le hizo recobrar nuevos ánimos, y hasta se sintió feliz. Seguro de sí mismo, lanzó una carcajada en la que iba envuelto su desdén hacia Scarfell. ¡Y hasta llegó a compadecerle!

Allan vivía en un piso que reunía las condiciones por él apetecidas. Era un piso situado en lo más alto de un elevado edificio, que le aislaba por completo del ruido de la calle y le situaba unos metros más cerca de aquellas lejanas estrellas que adoraba. Tan admirablemente orientado estaba aquel piso, que por su frente podía contemplarse la salida del sol y por su espalda admirar el soberbio espectáculo del crepúsculo. Y Allan, que era todo un romántico, se extasiaba ante la orgía de fuego y de luz que le proporcionaba la Naturaleza.

Sólo en su piso, en aquel oasis magnífico, Allan se sentía feliz, a cubierto de todos los peligros. Pues bien, en aquellos momentos en que su vida corría inminente

riesgo, se sentía más feliz que nunca porque podía contemplar la sombra de la niña, reflejada en los cristales de la ventana. Sólo esto le hacía verdaderamente dichoso.

—¿Estará dentro *El Torcido*? —se preguntó Allan.

Que Petrilla, la niña, estaba dentro no le cabía duda. Aquella sombra la conocía muy bien. No podía ser más que la de *Pedrito*, como él llamaba siempre a la criatura. Seguramente, pensó, estará entretenida con sus juguetes de Reyes.

Nadie sabía cómo había ido a parar la niña a aquella guarida. Guardaba tan hondo *El Torcido* su secreto, que no había trascendido a persona alguna. Su pasión por aquella criatura, a quien idolatraba, era absorbente, y hasta la vida hubiera dado si fuera preciso salvarla de algún riesgo.

Allan permaneció unos minutos abstraído, pensando en *Pedrito* y en *El Torcido*.

Su amigo, el padre adoptivo de la niña, procedía de los más bajos fondos sociales. Su cuna, su escuela, fueron el hampa, y en esta esfera se desarrolló toda su vida. Joven todavía, había vivido más que muchos viejos. Era un sujeto peligroso, un homicida profesional, a quien la policía no había podido echar sus garras.

Y este forajido era el custodio celoso, fiel hasta la muerte, de la criatura.

Un día que se presentó en casa de *El Torcido* un agente de la Protección a la Infancia, con el propósito de sustraer a la niña de aquel ambiente nocivo, había dicho el pistolero a Allan:

—No tengo inconveniente en que vaya a la escuela, pero a quien me la quite ¡lo mato!

Y Alían sabía muy bien que *El Torcido* haría honor a su palabra.

Al fin, decidióse a entrar en la casa. Dio con los nudillos en la puerta, y segundos después Petrilla le franqueaba la entrada.

*Pedrito* condujo a Allan hasta la habitación donde *El Torcido* y la niña solían pasar las veladas.

Dentro de aquella vivienda, a pesar del aspecto exterior, se respiraba cierto bienestar. Alían pasó por dos habitaciones iluminadas por una luz tenue, limpias y sencillas. En la habitación mayor de la casa, donde pasaban la mayor parte del tiempo sus dos moradores, se traslucía también un relativo confort. Una alfombra grande, compuesta de retazos, cubría todo el suelo; la estufa transmitía su grato calorcillo, y la ventana, con sus macetas y la jaula del pájaro, ponía una nota alegre en aquel rincón. En la mesa, donde momentos antes se hallaba sentada la niña, había algunos libros y revistas.

Nadie sabía exactamente la edad de la niña. Su padre adoptivo suponía que contaba ocho años, y en febrero se proponía festejar el supuesto aniversario de su nacimiento. El feble cuerpecillo de la niña representaba, aproximadamente, esa edad, aunque sus mejillas, pálidas de anemia, aparentaran las de un adulto.

En sus ojos, límpidas lagunas de obscuridad, se leía fácilmente su ascendencia italiana. Su cabello negro, suave y sedoso, aumentaba por contraste la singular blancura de su tez. De poseer un óvalo menos delgado, sus facciones hubieran sido

perfectas.

La pobre niña no sabía que algo terrible le roía sus pulmones y se extendía por sus venas. Realmente, poco sabía de su vida. Desde que tuvo uso de razón no conoció otro apoyo que el de *El Torcido* y para ella no había más mundo que él. Lo único que sabía es que se llamaba Petra Fogger porque así la llamaban en la escuela.

Allan, más de una vez, quiso saber el origen de aquella niña, pero se estrelló su curiosidad ante la reserva impenetrable de *El Torcido*. Sólo éste sabía en qué pañales vio la luz *Pedrito* y a nadie del mundo revelar la el secreto. Y no es que lo moviera animadversión ninguna hacia Allan. Antes al contrario, daría por él la vida, pues lo tenía por un verdadero amigo, y le guardaba gratitud eterna. A no ser por Allan, que expuso en aquella ocasión su vida, la niña hubiera perecido bajo las ruedas de un camión. Desde entonces *El Torcido* permitió, gustoso, que Alían compartiera con él su cariño por la niña.

Ni Allan ni Petrilla pudieron observar que el rostro del pistolero, pegado al cristal de la ventana, atisbaba el interior de la vivienda. En aquel momento Allan cogía a la niña con alborozo y la elevaba casi hasta el techo, pero se estremeció al notar lo endeble que era. Tan celoso estaba Allan del cariño de *Pedrito*, que creía que a medida que aumentaba la fragilidad de su cuerpecito, disminuía su cariño por él.

Allan soltó a la niña, despojándose del abrigo y del sombrero. Silbaba alegremente, pero sus ojos brillaban con mirada inquieta.

—¿Dónde está *El Torcido*? —preguntó a la niña.

—¿No ha venido a cenar esta noche?

Al contestarle ésta negativamente. Allan, con gesto cariñoso, acarició los sedosos cabellos de la niña. Y el drama sordo, silencioso, que se desarrollaba en aquella casa hizo a Allan olvidarse por completo del peligro que le rodeaba.

—¿Bebes mucha leche? —preguntó a la pequeña.

—No me gusta, pero la tomo.

—¿Duermes con las ventanas abiertas?

—Hace frío, ¿por qué quieres que las abra? —respondió la criatura, haciendo como que tiritaba.

—Porque el aire puro es muy bueno para ti —le contestó Allan, cuyas palabras casi llegó a borrar el estrépito de un tren.

Allan, en aquellos momentos, llegó a odiar a *El Torcido* y a pensar en disputarle la posesión de la niña. Pero fue sólo un súbito deseo, una aspiración difícil de lograr.

«Si *Pedrito* pudiera pertenecerme —se dijo a sí mismo— huiría de los que quieren matarme. Iría al fin del mundo, a cualquier lugar donde la niña pudiera vivir siempre respirando el aire puro, bajo un sol esplendoroso».

Sus pensamientos se desvanecieron al darse cuenta de su impotencia. Y observó que *Pedrito* le miraba de un modo extraño, como si su imaginación vislumbrara, a lo lejos, un rayo de luz hacia el cual anhelara volar.

Allan se dirigió a un diván, cubierto con un paño rojo, sobre el que había

extendido la niña todos los regalos de Reyes. Muchos, eran de Allan. La muñeca de rubias guedejas, los diminutos guantes, la bufanda de piel, el reluciente collar de cuentas y muchas otras cosas, se las había regalado Allan. ¡Con qué ilusión anduvo toda la mañana recorriendo las tiendas de la ciudad!

*Pedrito* se acercó a Allan y colocó tímidamente su manita encima de la de su protector.

En aquel momento, *El Torcido*, que se había introducido en la habitación con el mayor sigilo, estaba observando a ambos, a pocos pasos.

El *sweater* del pistolero no ocultaba la deformidad de su pequeño y delgado cuerpo, y la jorobada espalda mantenía la cabeza casi al nivel de sus hombros. Si el cuerpo hubiera sido despojado de aquella cabezota enorme, no por ello hubiera parecido menos repugnante y siniestro. Pero el rostro de *El Torcido* desmentía su apoca capacidad física, y a ello debió su gran predicamento entre la gente del hampa.

A pesar de que *El Torcido* llevaba veinticuatro años haciendo aquella vida, su aspecto era, a lo sumo, el de un jovenzuelo inexperto. No obstante su apariencia juvenil, su rostro de facciones enérgicas, misterioso, inspiraba respeto. Las arrugas de su cara eran trazos firmes, rotundos, grabados con ahínco por aquel espíritu que se agitaba incesantemente en el cuerpo deforme.

El apodo con que le había bautizado el mundo del hampa, al admitirlo en su seno, no era impropio, ni mucho menos. Porque aquel hombre era tan torcido por fuera como por dentro.

En las altas esferas de la sociedad, aquel ser hubiera inspirado conmiseración y repugnancia, pero, entre la gente del hampa, *El Torcido* gozaba de gran estimación. Pocos como él podían jactarse de haber matado a tantos hombres. Ni la policía hubiera sabido decir a cuántos había matado. Y es que *El Torcido* actuaba cautelosamente, poniendo toda su inteligencia al servicio de su siniestra profesión. Era un individuo que había sabido siempre escapar de todas las emboscadas, y su nombre ni siquiera figuraba en el Registro de Penales.

*El Torcido* contemplaba a la niña con fervorosa admiración, con arrobamiento. Pero en su mirada se advertían los celos que le inspiraban la presencia de Allan. Y le costó mucho dominarse al ver que su amigo acariciaba los cabellos del angelito.

—¿Qué te has figurado que es esto? —preguntó *El Torcido* a Allan, con mal disimulado enojo—. ¿Crees que es una perrera? ¡Anda!, baja las cortinas si no quieres ir a la cama en una espuerta.

*El Torcido* puso a aquella advertencia conminatoria el colofón de una sonora carcajada, con ánimo de que no se asustara la pequeña.

Petrilla, solícita, ayudó a *El Torcido* a quitarse el *sweater*.

El pistolero contó a la niña, en tono paternal, las cosas del día, y se recriminó por no haber ido a cenar.

Transcurrió una hora, durante la cual el sonido de un gramófono logró casi apagar los antipáticos ruidos del exterior, y después la niña se fue a acostar.

En cuanto Petrilla hubo desaparecido, por la escalera que conducía a su cuarto, *El Torcido* apagó las luces y se dirigió rápidamente hacia otra habitación, indicando a Allan que le siguiera.

Al llegar al cuarto, *El Torcido* echó el pestillo a la puerta y colocó una lámpara sobre la mesa.

Entonces se sentó frente a ésta, invitando a su amigo a hacer lo propio.

Durante unos segundos reinó en la habitación un silencio profundo. *El Torcido* observaba fijamente a Allan y a éste no se le ocultaba la mirada dura, sombría, casi feroz, característica de *El Torcido*. Ni el afecto que éste profesaba a Allan era capaz de atenuar por completo aquel malestar que delataban sus ojos.

Por fin, el pistolero decidióse a romper aquel silencio solemne.

—¿De modo que la banda de Monaker te la ha jurado? —exclamó *El Torcido* colocando su crispada mano sobre la mesa—. Y tú, claro es, vienes aquí, como una criatura, y encima te dejas las cortinas levantadas. Vamos, Allan, dime de qué se trata.

—De lo de siempre contestó Allan.

*El Torcido* se sobrecogió, y en sus ojos se advertía el efecto que habían hecho aquellas palabras.

—Podía haber huido —agregó Allan—, pero he preferido venir a hablarte de *Pedrito*. Mira, muchacho: tienes que sacarla de esta casa, o de lo contrario ocurrirá algo gordo.

—Precisamente —contestó *El Torcido*— han estado aquí hoy dos maestras, con un tío que decían que era médico. Excuso decirte que si supiera que eras tú el autor de esa embajada, la banda de Monaker no tendría que hacer contigo nada en absoluto. No sabes lo que me han molestado esas tías, Allan. Disponían y hablaban de un modo que cualquiera diría que la niña es un objeto del que pueden hacer lo que les venga en gana. Pero yo te juro, como hay Dios, que para llevarse a *Pedrito* tendrán antes que pasar por encima de mi cadáver.

—No me parece bien lo que haces con *Pedrito* —objetó Allan—. Pronto se enterará de todo, y lo creerá además. Si vive, tiene forzosamente que enterarse un día u otro. Pero temo que si sigues empeñándote en tenerla encerrada aquí, no viva la pobre mucho tiempo. Éste es el motivo de que hayan venido esas maestras con el médico. Esas cosas las vigilan mucho en las escuelas. Hay que decirlo, muchacho: la niña está muriéndose. Si Dios no lo remedia, tiene vida para poco tiempo.

—¡Eso es mentira! —fulminó *El Torcido*—. ¡Es una mentira infame! Aborrezco con toda mi Alma las escuelas. Lo que quieren es quitármela. Ya sabes que la dejo ir a la iglesia y a la escuela de los domingos, pero éstos también mienten. Todo es una artimaña para robármela. Pero no me la quitarán. Y vivirá. Tiene que vivir. Si no...

—Si no, ¿qué?

—No sé lo que haría —dijo, casi sollozando, *El Torcido* mientras se hundía más en la silla.

—Tienes que hacerlo, muchacho —insistió Allan—. Tarde o temprano, tendrás

que abandonarla. Has sido un hombre de gran suerte, pero un día u otro la policía te pescará. Ya están sobre tu pista y esperan que se presente la ocasión propicia para echarte el guante. *Pedrito* no es de tu clase, y tú lo sabes muy bien. Has hecho todo lo que has podido, es verdad, pero no puedes cuidarla como una mujer, como una madre.

—¡No me hables de las madres! —exclamó *El Torcido* irguiendo su deforme cuerpo—. ¡Las odio con toda mi alma! ¿Te has fijado en ellas, Allan? No diré que estén borrachas en el momento de venir sus críos al mundo, pero sí que están fumando y bebiendo hasta el preciso instante de llamar al médico. No hablo de nosotros, Allan. Ya sabes que no soy muy melindroso en estas cosas. Pero sé muy bien que, de arriba abajo, son todas más malas que el veneno. El guiñapo que me echó así al mundo no era peor que esas del señorío, llenas de perlas y brillantes.

»¡Oh, las madres! —añadió sonriendo amargamente—. ¿Qué ejemplo quieres que den esas señoras, como las que han venido a casa, con sus dedos emporcados de nicotina? ¡Y eres tú el que quiere que deje a *Pedrito* mezclarse con los de su ralea! ¡Antes prefiero verla muerta! ¡Antes! No, no puedo dejar a *Pedrito* que vaya a la escuela —siguió diciendo *El Torcido*, jadeante de desesperación—. ¿Era eso lo que querías pedirme?

Allan se levantó y, acercándose a *El Torcido*, puso la mano sobre su hombro cariñosamente:

—Sí, chico, para eso he venido. Tú sabes muy bien lo que significa la sentencia de Monaker. O tengo que huir, o dejar que me maten. En ambos casos, ya no os volveré a ver, ni a ti ni a *Pedrito*. Pensando en esto, he traído dos mil dólares. No los necesito y te los ofrezco. Con este dinero hay bastante para mandar a *Pedrito* a una escuela de Arizona, en donde seguramente se repondría. Me han escrito de un colegio de allí y sé que sólo cuesta quinientos dólares al año. Con ese dinero hay, por lo tanto, para cuatro años. Toma: ahí tienes la carta y el dinero.

Allan dejó un pequeño envoltorio sobre la mesa, pero *El Torcido*, sin proferir palabra, lo devolvió delicadamente.

—Eres un verdadero amigo —exclamó—, pero no puedo tomar esto. Ya sabes que he estado trabajando y ahorrando para *Pedrito* desde que la traje a casa. Si hay necesidad de hacer lo que has dicho, basta con romper la hucha. No quiero ese dinero, aunque te agradezco mucho esa prueba de amistad. Pero acepto la carta, y me la quedo.

—¿Me prometes que la mandarás al colegio? —preguntó Allan, esperanzado.

—Quizás lo haga —respondió *El Torcido*, después de un breve silencio—. Pero ¿estás seguro de lo que me dijiste hace un momento? ¿Crees tú que la policía me prepara algo?

—Están esperando una ocasión, ya te lo he dicho.

—Y si me ponen a la sombra, aunque sólo fuera unos días, ¿pueden llevarse a *Pedrito*?

—Desde luego. El mismo día que te detengan, la autoridad se hará cargo de la niña. Y no podrás volverla a recuperar, aunque vivieras como un santo el resto de tu vida.

—Mejor sería que te quedaras aquí esta noche —dijo *El Torcido*, poniéndose en pie y estrechando fuertemente la mano de su amigo. Éste había oído un ruido extraño, y volvió a pensar en la tragedia que amenazaba a su amigo.

—No, gracias, me voy.

—Entonces, te acompañaré.

—Prefiero ir solo.

*El Torcido* dejó el cuarto a oscuras y abrió la puerta.

—Márchate de la ciudad —dijo con vehemencia—. Nolan me dijo que los Monaker te dejaban dar este paso. Aún estás a tiempo. Quizás esta noche no salgan a «operar».

*El Torcido* se adelantó unos pasos y miró a su alrededor, espiando cautelosamente.

—Vete por las vías, te lo aconsejo. Es lo más seguro.

Allan dudó unos segundos. Sus ojos se encontraron con los de *El Torcido*, que le miraba serenamente. Y después de echar una ojeada en torno de lo que le rodeaba, decidió partir.

Eran las diez, y en el firmamento brillaban radiantes las estrellas. Frente a Allan se extendía la red de vías como una inmensa tela de araña sobre un imponente manto de Armiño iluminado por el fulgor de las estrellas. La nieve crujía bajo los pies de Allan, y su aliento se helaba al salir de los labios.

Durante media hora, Allan siguió avanzando entre la maraña de vías, y después atravesó una calle solitaria. Recobrado el sosiego, gustó otra vez del ansia de vivir, y llegó a olvidar que su vida estaba en peligro.

A pesar de no llevar rumbo fijo, la subconsciencia de Allan le llevó hacia una magnífica avenida, donde vivían los potentados de la ciudad. Allan se detuvo unos momentos a la entrada de la suntuosa vía. Aquella visión de lujo, de prosperidad, le llevó a reflexionar sobre los contrastes de la vida, y su alma de poeta vibraba de nuevo. ¡Qué abismo —pensó— entre Fogger *El Torcido* y Andrés Scarfell! Representaban dos polos opuestos del drama de la vida. En un lado *El Torcido*, morador de aquella casucha pobre y triste; aquí, Andrés Scarfell, en su finca suntuosa, rodeado de todas las comodidades. *El Torcido* buscado por la policía, contados tal vez sus días; Andrés Scarfell, un aristócrata del delito, protegido por las leyes, mimado por la sociedad, esgrimiendo un poder político y moral que seguramente le llevaría a la gobernación del Estado.

Allan entró en la amplia avenida con entera confianza. Sabía muy bien que mientras en cualquier parte de la población su vida estaba en peligro constante, en aquella lujosa calle podía considerarse a cubierto de todo riesgo. Los pistoleros a sueldo de Chet Monaker y Tim Nolan, lugartenientes de Andrés Scarfell, no osarían

nunca cometer un crimen dentro de los inviolables recintos reservados a su amo y señor, para no turbar la paz del aristocrático vecindario.

Allan contemplaba la mansión de Scarfell con toda tranquilidad. Era una casa magnífica, deslumbrante de luz.

Al percibir los rumores de fiesta, de música, recordó la noticia que había leído en un periódico. En aquellos momentos se celebraba en la suntuosa morada la fiesta en honor de Peggy Scarfell. ¡Peggy! ¡Petrilla! Dos nombres que llevaban a la mente de Allan la imagen de dos rostros que se interpolaban.

Otra vez veía reflejados aquellos dos extremos de la vida que tan hondamente le preocupaban. ¡Andrés Scarfell y *El Torcido*! ¡Peggy y Petrilla! El palacio y la cabaña. El crimen, con su nacimiento revelado y su epílogo próximo a empezar.

Mientras Andrés Scarfell había creado criminales como *El Torcido* y éste y sus compinches fueron levantando la fortuna de Scarfell, Peggy y *Pedrito* estaban predestinadas a vivir ignorando completamente la relación que existía entre ellas. *Pedrito* dejaría de existir. ¿Qué le iba a ocurrir a Peggy Scarfell?

Allan pensó qué objetivo le había llevado a aquella calle, sin ningún motivo aparente, y sintió la tentación de justificar de algún modo su desatino. ¡Qué hermosa aventura sería entrar en aquella casa y enfrentarse con Scarfell! Éste vería al condenado a muerte como un espectro que le visitaba prematuramente. Los pensamientos de Allan le llevaron más lejos, y se vio en los brazos de Peggy, bailando ante los invitados. Lo absurdo de su aspiración le hizo sonreír. No; Peggy, lo mismo que *Pedrito*, aunque un poco mayor, debía conservar las ilusiones de la juventud.

Allan decidió seguir en dirección a su casa, intentando creer que aquel paseo le había resultado beneficioso, y que su visita a la mansión de Scarfell fue un sedante para sus nervios.

A pesar del optimismo, Allan marchaba con la mayor cautela por las calles solitarias, pero dispuesto a hacer frente con la mayor energía a cualquier agresión. Llegó a desear un encuentro con los pistoleros de Monaker, con aquellos hombres encargados de cortar el ritmo de su vida.

Sus precauciones aumentaron al llegar cerca de su casa. Sabía Allan que los pistoleros solían perpetrar sus crímenes en el mismo umbral de la puerta de las casas, y por ello iba avanzando con la mayor cautela.

La calle aparecía tranquila y no se advertía nada sospechoso. Allan seguía avanzando, cada vez más despacio. Sólo faltaban unos metros para llegar a su morada y los de Monaker no daban señales de vida.

Por fin Allan llegó a la puerta de su casa, sin que hubiera surgido la temida agresión. Y cuando se vio dentro de aquel vestíbulo que tenía para él calor de hogar, respiró con satisfacción.

Allan no supo nunca que *El Torcido* le había seguido desde que salió de su casa.

# Capítulo II

---

## El problema de Allan

---

CUANDO Mads Jensen, el artista, vio por primera vez el piso de Allan, expresó su firme convicción de que una mano femenina había distribuido las habitaciones y dirigido su amueblado.

Realmente, al entrar en aquel piso parecía presentirse la existencia de «ella». Era un ambiente suave, blando, en el que flotaba constantemente el perfume de las flores.

Aunque el espacioso gabinete careciera muchas veces de la pulcritud y el orden en que lo hubiera mantenido una mujer, su alegre desorden era reflejo del hogar en que se vive mucho.

Allan tenía verdadero cariño por aquel rincón tan apacible. Cada vez que tenía que salir a la calle lo abandonaba con verdadero disgusto, sólo compensado por la alegría que sentía al verse de nuevo en él.

En las ventanas había macetas con geranios, y dispersos por el gabinete, tiestos con plantas y flores. Dos canarios, encerrados en sendas jaulas, lanzaban sus alegres trinos. Era un cuadro de tonalidades suaves, con un encanto especial.

En la espaciosa habitación en que vivía Allan no pre-dominaba el lujo, pero se apreciaba la nota de refinamiento, de buen gusto. Los muebles, de poco precio, ofrecían sensación de hospitalidad y tenían una atrayente simpatía. La larga mesa estaba siempre cubierta por un montón de libros y revistas, en completo desorden, y las librerías, repletas, llenaban los rincones más oscuros. Cerca de una ventana se veía una máquina de escribir, rodeada casi siempre de originales en desorden. De la pared que se alzaba frente al sillón de Allan pendía una magnífica reproducción de la Monna Lisa, de Leonardo de Vinci, cuya enigmática sonrisa le recordaba siempre a Petrilla.

Cuando llegó Allan al piso, parecía percibirse en el ambiente de éste la misma tensión en que se habían hallado sus nervios.

Allan dio vuelta a la llave de la luz y entró silbando alegremente en el piso, con la satisfacción con que siempre regresaba a su hogar. Cambió sus ropas de calle por un batín, cargó una de sus pipas y empezó seguidamente a curiosear por el cuarto, como gustaba hacer. Allan se acercó a los canarios, que hincharon sus plumas y gorjearon

perezosamente dando la bienvenida a su amo; cortó algunas hojas secas de los geranios, que dejó caer sobre los tiestos, y se asomó a una ventana para contemplar el espectáculo que brindaba la noche. Después se puso a dar paseos por el cuarto, yendo y viniendo con las manos en los bolsillos, mientras la pipa lanzaba sus espirales de humo.

Allan gustaba de la soledad, pero aquella noche parecía no complacerle el silencio solemne de su refugio, y su nerviosidad iba en aumento. Por fin, necesitando de compañía, decidióse a llamar por teléfono a Mads Jenssen, a pesar de lo avanzado de la hora.

Mads Jenssen era un pintor que había logrado gran renombre con sus «tipos del hampa». Había conocido a Allan tiempo atrás, y pronto simpatizó con él. Lo consideraba como un amigo, cuyos juicios críticos estimaba, y como un colaborador.

Allan llamó al «Tricker's», el *cabaret* favorito de Jenssen, y pudo hablar en seguida con él.

—Le agradecería mucho que viniese —le dijo Allan—. Esta noche necesito de usted más que nunca y su compañía será una gran cosa para mí.

Allan, realmente, necesitaba aquella noche al consejero discreto, inteligente, que supiera orientarle y encauzar su vida, y nadie mejor que Jenssen para ello. Por esto, cuando Jenssen respondió que salía inmediatamente para atender su requerimiento, percibió una sensación de alivio.

Media hora después, cuando en el reloj de Allan acababa de dar la una, el artista Mads Jenssen llegaba al piso de Allan.

Mads era un tipo delgado, de elevada estatura y aspecto lúgubre. Pero al igual que un perro feo, tenía la simpatía a raudales y cuantos le trataban por primera vez se hacían sus mejores amigos. En Jenssen quedaba demostrada palpablemente que las virtudes pueden hallarse hasta en las capas más bajas de la sociedad. Su alma estaba tan limpia como las lozanas telas a las que trasladaba las imágenes de aquel mundo que eligió para vivir. Todos lo estimaban, sin exceptuar los criminales más desalmados. Sin duda había nacido para ser depositario de la fe de sus semejantes y para recibir el peso de sus secretos. Su cara alargada, el exagerado tamaño de su nariz, las arrugas que cercaban sus azules ojos y aquella risa casi apagada, pero tan contagiosa, proclamaba su alma noble y efusiva. Era un ser que amaba la vida serenamente, íntegramente. Y la vida correspondía a sus favores.

Mads estrechó la mano de Allan, se despojó del abrigo y de la pesada bufanda que llevaba, y sacó de su bolsillo una pipa ennegrecida por el uso. Con movimientos suaves, ondulantes, se acercó a la mesa de Allan y cogió tabaco para llenarla.

—Hace un frío irresistible —exclamó al fin, moviendo sus hombros—. Una noche así da gusto venir a un sitio como éste. Yo, la verdad, por más que lo he intentado, no he logrado hacerme un nido tan confortable. ¿Qué ocurre? —preguntó, observando con gesto burlón a Allan, mientras encendía la pipa.

—¿Se me nota algo raro? —preguntó a su vez Allan.

—Sí, algo. Mejor dicho, noto que está un poco pálido. Cuando me llamó por teléfono ya me imaginé que algo le ocurría... ¡Qué animado estaba hoy «Tiicker's»! Buena música y mejores bailarinas. Vi a algunas nuevas que me gustaron, sobre todo una morena que me encanta. Voy a hacer su retrato, y lo mandaré a una revista, para que exhiba orgullosamente en la portada esa magnífica cabeza... Ya me figuré que había usted estado allá arriba, y por eso le llamé dos veces por teléfono... ¿Ha pasado algo grave?

—¿Ha visto usted a *El Torcido*? —preguntó de nuevo Allan.

—Sí, lo vi esta tarde, a primera hora. Pero no creo lo que me dijo, aunque me lo haya confirmado Pioggi *El Grandote*... ¿Es verdad?

Allan se limitó a asentir, con un grave movimiento de cabeza.

Mads Jansen empezó entonces a dar vueltas por la habitación, visiblemente inquieto.

Allan observaba atentamente aquella extraña catadura. Jansen, con sus largos brazos y sus zancudas piernas, metido el cuerpo en las holgadas vestiduras, semejaba un pájaro monstruo de plumaje grotesco.

—¡Vaya! ¿Qué diablo?... —exclamó el artista, que había sorprendido a Allan sonriendo—. ¡No me pareció a mí tan gracioso cuando me lo contaron! Pioggi me dijo que la gente de Monaker lo iba diciendo a sus amigos, para que de este modo tuviera usted tiempo de desaparecer. Pero *El Torcido* me dijo que le cazarían. La verdad: no creí ni a unos ni a otros. ¿Es todo esto cierto?

—Creo que andan tras de mí —respondió Allan.

—Y, naturalmente, abandonará usted la ciudad. Yo me quedaré con su piso. Mañana mismo me traslado... En realidad, puede usted considerarme ya en posesión de él. Me encargo de dar de comer a los canarios... Y en cuanto me escriba, le mando todo este lío de libros. ¿Adónde se irá?

—¡No me voy!

El cuerpo de Jansen, que parecía en aquellos momentos estar diseminado en varios trozos, se juntó de una sacudida, como electrizado. Después se sentó en una butaca, observando silenciosamente a Allan, que exteriorizaba su desaliento.

Transcurrieron unos minutos de silencio, hasta que Allan intentó cerrar con una sonrisa aquel paréntesis de abatimiento.

—¿Por qué quieren matarle? —decidióse a preguntar Jansen.

—Cuando llegué a Detroit por primera vez —respondió Allan— me negué a pagar el impuesto, como ellos le llaman, por el privilegio de «trabajar» aquí. Fue Tricker el que primero habló de mí a Scarfell, diciéndole que yo sería un elemento valioso en su negocio. No quiero aburrirle contándole toda la historia, que abarca muchos años... Detesto a los contrabandistas de alcohol, y mi persistente negativa a aliarme con ellos o a pagar el impuesto me valió su enemistad. El primer disgusto serio ocurrió hace un año. Tricker, que está un poco por encima de Monaker, me ofreció en nombre de Scarfell 25 000 dólares anuales y comisión, si yo aceptaba una

participación en la dirección del negocio. Fui un tonto, lo reconozco, porque en vez de aceptar aquel ofrecimiento me planté en la oficina de Scarfell y le dije todo lo que opinaba de él. Hasta entonces no había habido nadie que se atreviera a hablarle, cara a cara, de sus ilícitos negocios. Por eso, desde aquel día, me odia profundamente.

»Desgraciadamente para mí —prosiguió Allan—, unos meses después me enteré de uno de los secretos más íntimos de Scarfell. Entonces volvieron a hacérseme proposiciones. Hace tres días aumentaban en 10 000 dólares el ofrecimiento de 25 000 que se me había hecho. Desde que empecé a trabajar no he ganado al año más de 8000 dólares, y no me interesa ganar más. Por eso rehusé el ofrecimiento. Ahora Scarfell cree que voy a intentar un chantaje de un millón de dólares. Ya sabe usted el resto. Scarfell me dirigió su ultimátum por mediación de los de Monaker; se me daba de tiempo hasta las seis de ayer para desaparecer de la ciudad.

»Por eso —agregó, sin esperar a que Jenssen hablara— he querido que viniera usted. Tengo que confiar en alguien, Mads, y usted es acaso la única persona que puede comprender. He fracasado en resolver el problema que encuentro planteado en mi vida. Y ese problema es más difícil que intentar hacer frente a los de Monaker o pensar en la huida.

»Detrás de todo ello se alza una cuestión fundamental, que es ésta: ¿Me importa o no me importa que llegue a ejecutarse la sentencia de Scarfell? No es lo mismo saber que uno es un tonto, que darse cuenta de que se está volviendo loco, o sospechar, con fundamento, que se tiene una vena de algo peor que la locura.

»Muchas veces en la vida, al reflexionar sobre la moral de mis actos me he perdonado a mí mismo, con toda la lógica que podía deducir de esos libros. Pero ahora empiezo a pensar si no es que me he estado engañando. Tal vez sea yo un Scarfell, o un Nolan, o un Monaker. O quizá hasta un Torcido, que sujetase por un hilo, cada vez más delgado, a “mi otro yo”.

—Desde hace mucho tiempo dijo sosegadamente Mads —me he preguntado cuáles eran los motivos que habían arrastrado a usted a esa vida. Siga, siga hablando. —Se muestra usted duro dijo Allan, después de estremecerse—. Estoy donde estoy «para sancionar el vicio y destruir las buenas costumbres». Eso es lo que hace *El Torcido*, lo que hacen Nolan y Monaker. Y como siempre me he creído muy diferente a ellos, quiero, precisamente, que trate usted de modificar, de echar abajo el criterio que tengo formado de mí mismo. Hágalo, si es que puede hacerlo, con nobleza y sinceridad. Deseo que usted me aconseje.

»Hasta ahora —prosiguió Afilan— me sentía satisfecho considerándome como un discípulo de Herbert Spencer. Muchas veces he tratado de convencerme de que yo era más que una pieza del complicado engranaje de la sociedad, es decir, un humilde intérprete de los procesos de la evolución social que a todos nos afectan, ya sea como espectadores, ya como actores. Durante una fase de la evolución, he resultado absorbido, y de ello deduzco la conclusión (que quizá sea hipocresía, que ahora no trato de ocultar) de que me he convertido en actor en lugar de espectador. Ésa es la

dificultad. ¿Soy, realmente, lo que he creído que era, o me estoy acercando al final de una historia degeneradora, que o, existe desde hace algún tiempo, sobre deseos conscientemente rechazados pero persistentes en el subconsciente? ¿Soy un “estudiante de sociología” como me imaginaba, o simplemente un buen “sujeto” para un psicoanalista? *El Torcido* es eso, y eso son también Nolan, Monaker y *El Grandote*. He quebrantado las leyes. ¿Es debido a ello el que yo sea igual que éstos?

—Desde luego —respondió Jenssen—. Algún día se encontrará usted en grave peligro, como ellos han estado, y entonces matará. Es la única diferencia que ahora hay entre ustedes. Ni éstos —y señaló con sus largos brazos los libros de Allan— pueden establecer la diferencia.

—Nada puede compararse a su sinceridad —dijo Allan, con un rictus de amarga ironía—. Dice usted que soy un criminal. Estoy perplejo. Por fin ha adivinado usted mis temores, y se está aprovechando de ello. Usted sabe que preferiría que hicieran cachos de mi cuerpo, antes que parecerme a *El Torcido*, o a Monaker, o a Scarfell. Odio la traición y la villanía.

»Nací en una granja —prosiguió Allan, con su rostro iluminado por la llama del recuerdo— y allí pasé los primeros trece años de mi vida. La casa era una edificación vieja y descolorida. Cerca de la vereda que terminaba en la cuadra, me acuerdo que existía un pozo mandado abrir por mi abuelo. También recuerdo el huerto, y los árboles que brindaban su sombra protectora... La hierba crecía y crecía, y el corral estaba cuajado de florecillas silvestres. Las codornices bajaban al corral, disputando la comida a los polluelos. Entre los sembrados de maíz, de trigo y de heno existían trozos de bosque. A media milla de distancia se levantaba la modesta escuela rural.

»Recuerdo los días muy vagamente, pero las noches no las podré olvidar jamás. Me acordaré siempre de ellas por el canto de las chotacabras, que en mi niñez causó profunda impresión. Tienen esos pájaros un canto triste, cuyas notas acariciadoras y suaves despertaban en mí dulces anhelos. Mi madre tenía gran cariño a esos pájaros y siempre decía que yo vine al mundo arrullado por aquel canto. Creo recordar que siempre había uno en el elevado álamo que se alzaba cerca del huerto, y otro sobre el tejado de la cuadra. Y, año tras año, me llamaban con su melifluo canto, desde que obscurecía hasta el amanecer. Raras veces conseguí verlos.

»Enfrente de nuestra casa, en el lado opuesto del camino, vivía una niñita en compañía de su padre. Se llamaba María, y los dos íbamos juntos al colegio. Yo siempre le llevaba el cestito de la comida. Al extremo de una vereda casi cubierta por la hierba teníamos el cercado donde pastaba el ganado. Muchas veces, después de cenar nos sentábamos en la puerta que forma la vieja valla, escuchando los ruidos del bosque que se percibían durante la noche. Aquellos ruidos tenían para mí una extraña fascinación. Mary, aunque se ponía nerviosa, continuaba a mi lado como un camarada adicto. Yo le contaba mis proyectos, y le decía lo que quería ser cuando fuera mayor. El canto de las chotacabras estimulaba mi inspiración, y la sangre corría encendida por mis venas. Mientras, los ojos de Mary brillaban en la oscuridad. Entonces ella

tenía nueve años, y yo doce. Seguramente su cara sería la de una chiquilla vulgar y corriente, pero a mí me parecía el ser más hermoso del mundo. Toda mi vida he conservado la ilusión de que Mary llegó a ser una mujer preciosa. Y es que no hay recuerdos más caros que los de nuestros primeros amores.

»Poco después de haber cumplido yo los doce años, el padre de Mary se fue a otras tierras, llevándose, naturalmente, a la niña. Desde entonces, no he vuelto a verla. Unos meses después moría su padre. Y al poco tiempo, el mío perecía en un trágico accidente.

»A los quince años me había yo convertido en un mozo de labranza. Por todo jornal tenía la habitación, la comida y la educación... Una historia muy poco interesante, ¿no es verdad?

—Siga, siga; le escucho con interés.

—A los dieciséis años me trasladé a una ciudad universitaria, en donde me costé los estudios con mi trabajo. Poco a poco, a medida que me hacía hombre, los recuerdos de la juventud se hacían más borrosos. Rara vez pensé en Mary y en aquellos pájaros que distraían mi niñez.

»Ya en posesión del grado, entré en un periódico que había alcanzado una gran difusión cultivando todo lo espeluznante. Trabajando allí, como reportero de sucesos, llegué a hacerme un nombre. De allí arranca mi interés por todos aquellos seres que viven en las capas inferiores de una gran ciudad. Entonces, teorizando, saqué la conclusión de que, con arreglo a la forma en que la sociedad define el delito, todos somos delincuentes. La diferencia entre el bien y el mal, decía, sólo descansa en los estrechos límites de las leyes humanas. Puede aconsejarse el robar en la Bolsa, en los negocios, pero es ilícito quitar a un semejante su dinero después de una lucha noble. Consideramos como un negocio perfectamente legal el constituir una sociedad anónima que vaya engordando lícitamente con los ahorros de unos incautos, y en cambio resulta un delito castigado con todo el rigor de la ley el robar la cartera a cualquiera de sus consejeros.

»Un hombre rico —prosiguió Allan— puede arruinar a su rival con métodos comerciales deshonorables, que la ley no castiga, pero lo meterían en la cárcel si descargase un garrotazo sobre su enemigo, procedimiento mucho más noble. Las Universidades, amigo Jenson, enseñan a la juventud a mantener y perpetuar las iniquidades que están protegidas por la ley. Todas nuestras leyes contienen innumerables disposiciones que permiten a los “vivos”, sin delinquir, agarrotar materialmente a sus víctimas. Y aquellos que no saben, por estupidez o por honradez, jugar, con trampa, son tachados de delincuentes, y la sociedad no quiere nada con ellos. En realidad, son éstos los verdaderos *sportmen* que combaten noblemente y no temen, como los otros, por su vida. Su código, en general, es mucho más sincero, más inflexible que el de aquellos que, sin merecerlo, invocan constantemente las leyes. *El Torcido*, por ejemplo, se cortarían las manos antes que robar a un semejante que se hallara más necesitado que él. Si verdaderamente pertenezco a la clase de *El Torcido*,

prefiero seguir en ella que ser el autor de una ley que autoriza la explotación de mujeres y niños.

—No se da usted cuenta de lo que está diciendo —interrumpió Jenson con mirada de desaprobación—. Si quiere que yo sea noble con usted, séalo conmigo. No, no puede usted defender el crimen, contra la sociedad organizada. No me mienta usted, por favor.

—Quizá tenga usted razón —respondió Allan, bajando ligeramente la cabeza—. Lo que yo trato de proclamar, más que una defensa del delito, es un ataque contra lo que considero el delito legalizado. Me he limitado a exponer lo que es el credo del hampa, la razón de su existencia. Y mientras el Gobierno continúe honrando y protegiendo a los que delinquiendo francamente llevan el dolor a millares de seres menos afortunados o más honrados, ha de reconocer como natural que se multipliquen esos delitos que castiga la ley. Hoy existen millares de ciudadanos que lucharían en pro o en contra de una causa con el mismo ardor que inspiró la Partida del Té, en Boston<sup>[1]</sup>, y con igual acopio de inteligencia. Si un rebelde fracasa, sigue siendo un rebelde, pero si triunfa, es un héroe y un patriota.

»Me inicié en esa filosofía durante los primeros años de mi profesión, cuando hacía las informaciones metido entre la gente del hampa. Empecé a sentir las emociones de otra vida más interesante, y como siempre jugué limpiamente, sin traicionar nunca mis secretos, pronto me hice muchos amigos. Era como descubrir una civilización regida por otros principios, por otra moral, y ello me atraía con fuerza irresistible.

»Mi amigo íntimo estaba de redactor de sucesos en un periódico rival y uno de nuestros mutuos compañeros era un ladrón extraordinariamente inteligente. Aquellas aventuras nos atraían, y una vez realizamos juntos un “trabajo”. No hubo efusión de sangre. La cosa se limitó a una pérdida de unos miles de dólares para una casa de comercio, que no le obligaron ni siquiera a reducir sus dividendos. Yo no sentí remordimientos de conciencia, ¿para qué negarlo? Sentí, por el contrario, un placer parecido al que experimenta un cazador cuando ha podido cobrar una pieza.

»Los hombres, en el fondo, siguen siendo cazadores salvajes al acecho de su presa. Y desde que la sociedad moderna está establecida sobre bases que privan a los ciudadanos de la posesión de los bosques, de los lagos, de los ríos, la piratería y la exploración han pasado de moda y todos, altos y bajos, buscan la mayor de las emociones: la caza de sus semejantes. Las circunstancias han evolucionado más rápidamente por las pasiones humanas. Algunos tienen inteligencia suficiente para cazar sin infringir las leyes, pero los del hampa, no. Un banquero puede especular con las acciones de una Compañía, hasta provocar la bancarrota, y se le aplaude por su golpe maestro. Pero un “espadista” tiene que ser muy circunspecto al cantar sus hazañas, y se le pega un tiro si es descubierto a solas al lado de una caja de caudales.

»Mi interés por el hampa es intenso y su vida me inspira simpatía y respeto. No, no todo es malo en el hampa. Puede enseñarnos mucho. Yo mismo puedo

considerarme como una parte integrante de ella. Desde que me inicié en este género de vida he dado algunas golpes, pero sin la intención de hacerme rico. Me he apropiado únicamente de lo necesario, de esto que ve usted aquí en este piso... Lo que quiero saber, sin embargo, es si me voy a hundir más o no, si es que no me matan. ¿Cree usted que me hundo, en realidad?

—Sí —afirmó Jenssen—. Con esa lógica va usted derecho a su perdición. Su única salvación es cortar por lo sano, sin demora. Si no lo hace, llegará al nivel de *El Torcido*, o peor.

—Ya suponía que diría usted eso —contestó Allan, moviendo la cabeza fatigosamente—. Sé que me va usted a decir, además, que soy un loco y un criminal, pero tengo que declararle que no estoy dispuesto a marchar de aquí. Algo que no sé concretar me arrastra a esa determinación. El sentido común me dice claramente que si no huyo me matarán, pero la prudencia nunca fue mi consejera. Empecé buscando emociones, como un simple aficionado, y me he convertido en un verdadero paladín. El juego se ha convertido en pasión, y me empuja con fuerza irresistible. Aunque me repugna la idea de morir a manos de los Monaker, prefiero quedarme: Y no me convertiré en la amenaza de la sociedad que usted teme, sino que, por el contrario, libraré a esta ciudad de su mayor azote, de Andrés Scarfell. Al conseguirlo, ya cuidaré de evitar que surja su sucesor.

—El bufete de abogado de Andrés Scarfell —contestó Jenssen, después de una larga pausa— es uno de los más antiguos y acreditados de la ciudad. Este año ha dado cien mil dólares a la Casa de Caridad. Sus actos de filantropía son elogiados en toda la ciudad. Hace poco leí en un periódico un artículo ensalzando calurosamente a Scarfell y poniéndolo de ejemplo para estímulo de la juventud. ¡Por Dios, lo que usted acaba de decir parece increíble! ¿Es posible que intente usted desenmascararlo?

—No; está demasiado bien atrincherado. En las iglesias, en los hospitales, en los asilos, tienen confianza en él. Debe de ser bueno. Su influencia puede movilizar un ejército de votantes en las elecciones. Las primeras autoridades obedecen dócilmente sus órdenes y la Prensa está a su disposición. Scarfell debería darse cuenta de que yo no puedo hacerle daño alguno si trato de desenmascararlo, pero es tan cauto como implacable. Vivo, soy una amenaza, aunque remota; muerto, nada puede él temer. Además, la ética del hampa establece ya tácitamente que un enemigo no debe entregarse a la policía ni a nadie, y que las querellas deben resolverse con una pistola. Es indudable que Scarfell podría meterme en la cárcel fácilmente tendiéndome un lazo cualquiera, pero se abstiene de hacer eso. Como ve usted, hasta él tiene que ajustarse a las normas establecidas. De no ser así, no existiría el hampa.

—Y ante esos hechos, ¿insiste usted en quedarse? ¿Se inclina usted por la muerte cuando tiene ocasión de seguir viviendo?

—Desde luego, si así le parece a usted.

—Lo siento —contestó Jenssen, cogiendo una silla—. ¿No hay nada que pueda modificar su modo de pensar? —preguntó desesperanzado.

—Sí, una pequeñuela... que se está muriendo —replicó Allan con dulzura—. Me refiero a Petrilla Fogger. Sí la pudiera tener a mi lado, me iría a cualquier parte. Creo inútil encarecerle cómo quiero a esa criatura, Mads. Quisiera estar muy cerca de ella cuando vuele su alma, percibir los últimos latidos de su corazón. El mío quedará desgarrado, pero procuraré vivir recordándola, santificar su memoria. Es cuestión de muy poco tiempo, Mads. Esta noche he estado allí y me he impresionado. Aquella mirada triste, apagada, me sobrecogió. Su cutis está más pálido que la cera y más transparente que la porcelana de Desden... *El Torcido* se empeña en no ver las cosas. La adora de tal modo que tiene la manía de que todo el mundo trata de arrebatarla. Al primero que lo intente, lo matará. Él me ha prometido mandarla al campo, pero me consta que no lo hará. Yo lo que deseo es que, si me ocurre algo, ocupe usted mi sitio y esté con la niña todo el tiempo posible, hasta que llegue el desenlace. ¿Querrá usted?

—Desde luego, Allan... Pero, ¿no se la dejaría *El Torcido* si supiera la verdad?

—No, no me la dejaría. Hay algo relativo a su origen que le hace estar constantemente prevenido. Creo que los padres de la niña eran italianos y de una clase elevada. La trajo a Chicago cuando era una criaturita. Algunas veces he creído que lo que teme es a la Mafia; que guarda un secreto, temeroso de que se descubra. He estado tentado de raptarla, pero sé que esto haría caer a *El Torcido* en la demencia. Ya una vez le propuse que nos fuéramos los tres a Arizona, cuyos aires serían muy buenos para la niña, Pues bien, eso no hizo más que aumentar sus recelos, que siguen latentes desde entonces. No ha visto usted a *Pedrito*, ¿no es verdad?

—Hace meses... Desde que la trajo usted a mi estudio. Hubiera tenido mucho interés en hacer su retrato. ¡Qué ojos aquéllos! ...

—*El Torcido* no quiso —interrumpió Allan—. Esos ojos que tanto le admiran son hoy mayores y más brillantes... Estoy creyendo que quizás pudiera usted conseguir lo que yo no he podido. Yo sé que *El Torcido* está celoso de mí porque *Pedrito* me quiere tanto como a él. Procura ocultar ese sentimiento, pero yo sé que existe. *Pedrito* representa para él más que la sangre que circula por sus venas, más que su vida entera. Es lo único puro que posee y lo quiere con veneración, con locura. Su cariño por ella carece de alegrías; es un drama que le está consumiendo, hasta, el extremo de que ya nada le importa si no se trata de ella. Si pudiera llevarse a su ánimo el convencimiento de que la niña se halla gravemente enferma, haría cualquier cosa por salvarla, pero cree que todos mienten con el propósito de arrebatarla. Piensa que puede llegar un día en que la pierda, y eso le vuelve loco. Es una cuestión que no me hará retroceder aunque peligre mi vida. Las esperanzas no mueren nunca. El cariño por Petrilla se me ha grabado en el corazón, lo tengo muy hondo para no ceder y no quiero perderla, quiero que viva. ¿Qué puede usted hacer para ayudarme?

—Todo lo posible —contestó Jenssen con firmeza—. No tengo las obligaciones de usted y mi visión de este asunto es puramente objetiva, *El Torcido* va rodando hacia el abismo, del que no logrará salir, y es una tontería que sacrifique a la niña...

Pero, según ha dicho usted, la niña no puede vivir mucho tiempo. Supongo que se lo habrá dicho algún médico.

—Me lo han asegurado dos médicos.

—La palabra locura —dijo súbitamente Jenssen, inclinándose hacia Allan— es demasiado blanda para calificar su debilidad. Si usted fuera sólo la mitad de hombre de lo que cree ser, agarraría a Petrilla, la raptaría. Sería una acción humanitaria... Probablemente los médicos se equivocan, y puede salvarse su vida. No, no es usted lo hombre que se necesita ser para eso. Si me equivoco en mi apreciación, si aún queda algo de valor en usted, demuéstrelo a Petrilla. Llévesela lejos, y olvídense de *El Torcido*. ¡Si no hace eso, queda a la misma altura de un Andrés Scarfell!

—Hipócrita —dijo Allan, con dulzura, mientras colocaba cariñosamente su mano en el hombro de Jenssen—. Bien sé la idea que se oculta tras esas palabras, y se lo agradezco... Ha sido un día muy agitado para mí, y estoy fatigadísimo. ¿No le parece que debemos acostarnos?

—Prefiero sentarme y leer —objetó Jenssen, en cuya frente brillaba el sudor— Me interesa ese libro... sobre los monos.

## Capítulo III

---

### Pedrito desaparece

---

LA visita de Jenssen fue para Allan bálsamo confortador, y logró devolver la tranquilidad a su espíritu conturbado. Aquella noche concilió el sueño rápidamente, descansando a placer, como en los días dichosos de la infancia.

Cuando abrió sus ojos, a la mañana siguiente, los rayos del sol inundaban ya todo su cuarto, como heraldos triunfantes de la esplendidez del día.

Allan, incorporándose rápidamente, se dirigió a la ventana para contemplar mejor aquel magnífico fondo añil que servía de marco al sol radiante, aspirando al asomarse, con ansia de vivir, los maravillosos efluvios de brisa mañanera. Conmovido, musitó una oración de gracias a Dios, que le concedía el privilegio de vivir.

Allan miró después a su alrededor, comprobando que las ropas del otro lecho aparecían como estaban la noche antes. En vista de ello llamó en voz alta a Jenssen, pensando que habría pasado la noche en la butaca del cuarto inmediato. La llamada era inútil, porque Jenssen no estaba ya en el piso. Allan leyó poco después un papelito escrito que le había dejado Jenssen, dándole cuenta de que había salido temprano para dar un paseo y desayunarse en cualquier parte. Le decía, además, que tenía que estar pronto en su estudio, pues había citado a la bailarina del *cabaret* con objeto de tomar un apunte de ella. Y añadía, finalmente: «No salga usted, Allan. Desayúnese aquí mismo, y cambie de opinión, si es que puede».

Como Allan consideraba ya resuelto el problema, no se detuvo mucho a pensar en él. Únicamente adoptó la decisión de ir siempre, en lo sucesivo, armado. Hasta entonces nunca había tenido costumbre de llevar armas, y sólo sus íntimos sabían que el «trabajo» a que se dedicaba estaba basado, principalmente, en la audacia y en la inteligencia. De todos modos, le era muy difícil dejar de pensar en *El Torcido* y en la niña. Cuando pensaba en esto venían a su mente presagios de desgracia.

Por último tomó la determinación de intentar, una vez más, hacer comprender a *El Torcido* lo absurdo de su actitud. Quería demostrarle que, a pesar de su valor, de su lealtad de perro y de su indómito espíritu, su cariño por la niña no era más que una pasión egoísta, que amenazaba acabar con la vida de la pobre criatura.

Allan se metió la pistola en el bolsillo, no sin asegurarse de que el cargador estaba lleno y de que había un cartucho en la recámara. Seguidamente, abandonó el piso.

Cuando se hallaba en el zaguán, a punto de salir a la calle, llegó Jenssen precipitadamente. En su semblante se adivinaba con facilidad que sucedía algo grave.

—Pero, por Dios, Allan —comenzó diciendo—. ¿Cómo se aventura usted de ese modo sabiendo que su vida está en peligro? Así, exhibiéndose de esa forma, hasta un niño puede dar cuenta de usted... La bailarina del *cabaret* no ha ido al estudio, y como yo no podía dejar de pensar en la niña, me fui sin vacilar a casa de *El Torcido*... y vengo a decirle que la niña ya no está allí. La casa está cerrada y las persianas echadas. *El Torcido* debe de haber sospechado de usted y se ha mudado de prisa y corriendo. ¡Me ha dado pena! Es una cosa que siento, más que por usted, por esa desgraciada niña.

En el rostro de Jenssen se notaba grandemente su disgusto, pero al observar la impresión que habían hecho sus palabras en Allan, sintió conmiseración por su amigo.

—Después —prosiguió Jenssen— de un empujón abrí la puerta de la casucha de *El Torcido*. Todos los objetos estaban en desorden, y las ropas de la niña habían desaparecido de allí. A juzgar por los restos de café, aún templado, que quedaban en un cacharro sobre el hornillo, debieron marcharse a medianoche. Es decir, a la hora en que usted se acostaba, aproximadamente... Sobre una silla vi una caja llena de chucherías, que sin duda la niña había separado para llevárselas. Pero *El Torcido* debía tener prisa, y se les pasó por alto. También vi unos periódicos de Chicago y un sobre vacío, con el matasellos de Chicago. De ello deduzco que *El Torcido* se ha ido allí, en busca de una madriguera donde refugiarse. Es probable que no habrá ido directamente, así es que tiene usted tiempo de adelantársele. Ya estaré yo aquí al cuidado, y le comunicaré cualquier novedad que haya.

—Si *El Torcido* se ha marchado, recibiré algún aviso de él —dijo Alían—. No huye de mí. Se trata de alguna otra cosa. Y como no he cambiado de opinión, me quedo aquí.

—Muy bien, lo siento —respondió Jenssen, dándose por vencido—. Lo siento, pero no puedo seguir ahora con usted. La muchacha del *cabaret* va a ir al estudio las doce. Adiós, amigo. Tenga mucho cuidado, y cambie de opinión, si puede.

Allan comió solo. Una hora después estaba en la casucha de *El Torcido*. Tenía la esperanza de que una inspección ocular en la casa le daría una pista sobre el paradero de la niña y de *El Torcido*, pero después de un somero examen de la vivienda se convenció de que era imposible averiguarlo. Las únicas pruebas que podía deducir, lo mismo que Jenssen, eran que la partida había sido precipitada.

Lo que más le dolió fue el desorden en que se hallaban las cosas de la niña, que unas horas antes habían sido puestas y arregladas con verdadero mimo. Sin duda Petrilla hizo una rápida selección de los objetos que podía llevarse consigo, pero no pudo con todos. Así la muñeca grande de sus amores dormía con la cabeza sobre la

almohada, como una persona de carne y hueso, envuelta en una manta que debió de colocar amorosamente la niña.

Allan no podía soportar aquel cuadro y regresó contrito a la ciudad. A pesar de que su vida seguía en inminente peligro, no hizo lo más mínimo por ocultarse. Estuvo en casa del dentista, hizo unas compras y fue a la peluquería. Finalmente, se fue a comer. Todo lo hacía maquinalmente, sin poder sustraer su mente de los pensamientos que le atormentaban.

Después de comer hizo cuanto pudo por prolongar la sobremesa, pero su espíritu no estaba más que en la casucha de *El Torcido*. Y a ella se fue de nuevo, como fuera el único norte de su vida.

La casa seguía sin vida, con las puertas cerradas y las persianas corridas. Penetró de nuevo por la puerta que antes había violentado Jenssen y otra vez sintió, con Más fuerza aún, la comezón del dolor y del desaliento. Desesperado, se dejó caer sobre una silla y lloró amargamente. ¡Aquel cariño por la niña era aún más grande de lo que él mismo creía!

—¡Le odio, le odio! —dijo Allan, en un monólogo entrecortado por los sollozos—. Me ha robado lo que más quiero en el mundo y ha huido como un cobarde. Y no volverá a este escondrijo hasta que haya muerto Petrilla. ¿Por qué, Dios mío, no estará ahora a mi lado, sonriéndome con su carita de ángel?

Cuando Allan volvió la vista hacia el diván en que horas antes había visto la muñeca de la niña, observó con sobresalto que el juguete predilecto de Petrilla no estaba allí. También comprobó que había desaparecido la caja de chucherías que se hallaba sobre la mesa.

Allan salió rápidamente de la casucha. La noche era espléndida y a la luz de la luna podían observarse unas huellas de pasos que no había visto Allan anteriormente, casi borradas por la acumulación de la nieve. Sin duda *El Torcido* había vuelto por las cosas de la niña, durante la ausencia de Allan, y aquellas huellas eran el rastro de sus pasos.

No ignoraba Allan la astucia y la inteligencia que caracterizaban a *El Torcido* y estaba seguro de que el pistolero se ocultaría en el último rincón del mundo. Como tampoco le cabía duda de que, por recóndita que fuese su madriguera, no se desprendería de la pequeña.

Allan, aturdido, no podía pensar en nada ni concretar un plan fijo, pero se juró dedicar todos sus esfuerzos a encontrar a la niña, a arrebatársela a aquella fiera atacada de un ramalazo de locura.

# Capítulo IV

---

## La muerte al acecho

---

ALLAN opinaba que, indudablemente, la mejor manera de encontrar a *Pedrito* era dirigirse en busca de *El Torcido*. Ni la niña ni su padre adoptivo podían estar separados mucho tiempo.

Pero en el mundo del hampa es difícil saber dónde está un hombre. Cuando un delincuente se marcha sin decir a sus íntimos dónde ha ido, es que tiene razones muy poderosas en que basar su supuesto olvido. Y en estos casos, nadie trata de averiguar a qué se debe la causa.

Sabía Allan que si preguntaba por *El Torcido* hubiera despertado sospechas, difíciles de desvanecer después. Además, lo más seguro en tal caso, es que le engañaran deliberadamente. La única alternativa para Allan, pues, era frecuentar los lugares donde *El Torcido* era más conocido y en donde sus compinches, sin proponérselo, pudieran suministrarle alguna pista. El código del hampa vedaba la denuncia a la policía, la delación, cosa que tampoco podía hacer Allan en aquel caso.

A pesar del optimismo de Jenssen, Allan seguía pensando con espanto que sobre él pesaba una sentencia de muerte que podía ejecutarse en cualquier momento. Su temor era para él como una sombra que proyectara su cuerpo, siguiéndole por todas partes; una obsesión que le martirizaba. No obstante estos temores, y firme en la decisión que había adoptado, optó por ir a casa de Slim Huzzie. Era éste un establecimiento muy frecuentado por *El Torcido*, y, aunque no diera con él, oíría seguramente conversaciones que pudieran orientarle.

Aquella «institución» era conocida de los iniciados por el nombre de «El Oasis», pero para la Olida era la taberna de Slim. Su propietario tenía el apodo de El Escorpión que le adjudicaron por llevar en la muñeca derecha un gancho de acero que substituía a la mano que faltaba. Era un gancho que había intervenido más de una vez en sucesos de sangre, y hasta rematado a alguna víctima...

«El Oasis» era uno de los fortines de Chet Monaker, en donde pasaban sus ratos de ocio la mayoría de los maleantes de la ciudad. No tenían otro «club» ni otra escuela que aquella taberna pintoresca.

Al «Oasis» iban a parar las corrientes subterráneas de la sociedad, con su flujo y

reflujo de pistoleros y demás criminales de profesión; sus ladrones y rateros, sus espadistas y atracadores, sus espadistas y descuideros, su traficante de objetos robados, sus legaciones de principiantes y hasta sus políticos. En la taberna de Slim se hallaba entronizado el Poder del Voto, y de la protección que dispensara la policía a aquel vivero de delincuentes dependía muchas veces el resultado de las elecciones. Cuando convenía, el mundo del hampa iba como un solo hombre a los comicios y decidía el nombramiento de jueces, de alcaldes y de diputados a Cortes, satisfaciendo al propio tiempo los apetitos de la policía. Era el centro director de las actividades de mi centenar de tabernas y chirlatas adonde acudían los asalariados del delito, dispuestos a venderse, lo mismo para cometer un chantaje que para perpetrar un asesinato. Era la férrea y potente palanca de la máquina impulsada por aquella poderosa fuerza que representaba Chet Monaker. Este individuo se había enriquecido dirigiendo aquella masa indisciplinada del hampa, y su amistad era necesaria a los ciudadanos más austeros para no verse envueltos en el escándalo. Chet Monaker, en resumen, era el hombre de confianza, el portavoz del árbitro de aquella organización.

Allan sabía muy bien que en la taberna de El Escorpión estarían los que tenían que matarle, pues todos los de Monaker concurrían al «Oasis». Allí conocía a muchos de los secuaces de Monaker y se hallaba en la taberna como en su propio hogar. En la taberna vio por primera vez a *El Torcido* y allí trabó singulares amistades y conoció a Monaker. También las mujeres de aquellos hampones conocían a Campbell y le distinguían aquel establecimiento era, en suma, algo íntimo y muy grato para Allan. Percibía con mayor claridad las emociones; oía el latir de los corazones con otro ritmo, y las almas las hallaba más a flor de tierra.

Pronto empezó a darse cuenta Allan de que sus visitas al «Oasis» no producían la menor extrañeza. Sabía que en el mundo del hampa un sentenciado a muerte es como un leproso del que todos se apartan y al que sólo se acercan los más íntimos. Y, sobre todo, cuando el que ha dictado la sentencia es el dictador del hampa.

Y a pesar de ello, no notó ningún cambio en sus amistades. Aquellos que le conocían le saludaron con el mismo afecto de siempre. Joe Banger, un agradable sujeto muy ducho en el arte de escalar balcones, le invitó cortésmente a sentarse a su mesa, y otros concurrentes, pistoleros en su mayoría, acogían su presencia de modo que nada anormal denotaba. Hasta Slim, el tabernero, le retuvo unos minutos antes de marchar, hablándole con sincero entusiasmo de unos encendedores que vendía.

Allan estuvo en otros establecimientos, y le ocurrió lo propio. Nadie se extrañaba de su presencia. Ello le tenía verdaderamente asombrado, y se preguntaba: «¿Tendrá razón Jenssen y será verdad que aquellos que he creído enemigos son amigos en realidad? ¿Habría intentado alguien alejarme de aquí creyendo que buscaría la seguridad en mi huida?». Él mismo se contestó negativamente a aquellas preguntas, pues no creía a *El Torcido* tan maquiavélico para obrar de un modo que, al fin y al cabo, sólo favorecería a Scarfell.

También solía ir, Allan al café de Tricker, un establecimiento que era el non plus

ultra de la vida de noche de Detroit. Desde luego, no concurría con la esperanza de hallar allí a *El Torcido*, pues sabía que no era cliente de aquel café. El establecimiento tenía sus puertas abiertas para casi todo el mundo, excepto para individuos como *El Torcido* y otros de su catadura. Tampoco se permitía la entrada a aquellos individuos cuyos «hábitos» o «defectos» personales pudiesen causar molestias a la clientela. Alían iba al café de Tricker porque le gustaba el ambiente y, además, por el excelente servicio de restaurante. Por otra parte, allí podía considerarse siempre seguro, y con probabilidades de oír algo acerca de *El Torcido* o de la niña.

El café de Tricker era un establecimiento simpático, con un lujo muy entonado y un refinamiento carente de todo *snobismo*. El dueño no trataba de inquirir de dónde sacaban el dinero sus clientes o qué escala ocupaban en la sociedad. Únicamente se preocupaba de no tolerar ninguna violencia ni ningún desorden dentro del establecimiento que pudiera a él comprometerle. Podíase bailar alegremente, libar hasta con exceso, pero no permitía el menor escándalo.

El hampa sabía que Tricker se bastaba para mantener sus deseos y hasta la policía respetaba los privilegios que Tricker se arrogaba, en consideración a que mantenía un establecimiento aparentemente respetable, aunque estaba perfectamente enterada de las razones de su existencia. En cierto modo, la policía ejercía el papel de colaboradora de Tricker, pues las influencias de éste eran tales que recomendaban no sólo una total sumisión, sino una verdadera cooperación. El vulgo, como ocurre siempre, no abrigaba sospechas de lo que no veía muy claro, ni le importaba.

Aparentemente, el propio Tricker encuadraba bien en el marco de su establecimiento. Nadie, sin conocerlo, hubiera sospechado su origen de tabernero de los barrios bajos, cómplice o encubridor de la mayoría de delitos. Su aspecto exterior había cambiado, pero su catadura moral seguía siendo la misma. Era Tricker un individuo moreno, delgado, con un gran aire de autoridad. Aquella corrección que le caracterizaba no tenía nada de afectada, y los clientes se sentían muy halagados cuando Tricker abandonaba por un momento su seriedad y les dirigía unas frases corteses. Era un hombre que se podía jactar de conocer a más gente que nadie en aquella ciudad, y continuamente acudían a su establecimiento gentes nuevas para la clientela habitual. Unos y otros recibían del dueño un trato esmeradísimo, como correspondía a la fama del *cabaret*.

Aparte de Andrés Scarfell, Tricker era el miembro más influyente y poderoso de aquella organización de contrabando contra la cual nada había podido hacer el Gobierno federal. Tricker era el capitán de la nave y Scarfell el poder invisible que lo manejaba.

Tricker vivía bajo nombre supuesto, en un barrio aristocrático de la ciudad. Allí se le tenía por un señor reservado, pero afable, fino y adinerado. Tricker se hacía pasar por viudo y la mayoría de las veces se excusaba de recibir a las visitas de cumplido, haciéndolo en su lugar la encantadora Hilga Novak, de la que era tutor. Tricker sólo había invitado a comer en su casa a contadas personas y nunca había

aceptado las invitaciones que se le hicieron para corresponder a su obsequio. Cuando hacía algún tiempo que vivía en aquel barrio, algunos concurrentes al *cabaret* llegaron a conocer su aparente personalidad, pero ninguno sospechó que se tratase del jefe de los secuaces de Scarfell. Y ni remotamente pudieron suponer cuáles eran las actividades de Scarfell y, sobre todo, de Hilga Novak. De todos modos, en los tiempos que corremos y dado el origen de la mayoría de las fortunas, nadie se hubiese sorprendido mucho al conocer la verdad.

Despojado de aquella máscara que le encubría ante los ojos de la sociedad, Tricker era un perfecto canalla. Su conciencia, al igual que el grano de arena que se transforma en el corazón de una perla, estaba enterrada para siempre. Su dureza de sentimientos eran tales que no sentía piedad ni para la mujer. Su triunfo era debido, en gran parte, a que nunca revelaba una pasión, ni en aquellos momentos en que su corazón era una hoguera de concupiscencia o de crueldad. Con un leve movimiento de la mano y sin perder la sonrisa que se dibujaba constantemente en sus labios, había dispuesto de la vida de muchos hombres.

Para alcanzar prestigio a los ojos de Tricker era necesario concurrir asiduamente a su establecimiento, y de este modo podía demostrar el que aspirase a ingresar en la banda, que sabía «operar» con fortuna. Cuando el futuro candidato dejaba de concurrir se le consideraba entonces como un fracasado en su «profesión».

A Jenssen le gustaba ir al *cabaret* de Tricker porque siempre hallaba motivos para sus lienzos. Aquella noche se fijó en Benny Chafer y en la mujer que le acompañaba y empezó a hacer un apunte. El apodo de Benny El Picamaderos era, como casi todos, apropiadísimo. Benny tenía la costumbre de atracar a los transeúntes por detrás «picándoles» en la cabeza con un tubo delgado y blando que llevaba a prevención, lleno de arcilla. Su último «tropiezo» fue debido a la poca consistencia de su saquito de arena, que se rompió, desparramando su contenido sobre una cabeza extraordinariamente dura. Benny, que era bajo, fue alcanzado por su presunta víctima fácilmente, y este «marronazo» le había costado un año de cárcel. En ese período de tiempo recibió hermosos ramos de flores y agradables esquelas que hicieron más ameno su encierro.

Benny hacía dos días que había salido de la cárcel y ya podía permitirse el lujo de estar en el local de Tricker. Ello era debido a que volvió a emplear su consabido saquito de arena con más fortuna que la vez anterior. En una noche solamente, dejó *knock-out* a tres señores, desvalijándolos tranquilamente a la misma puerta de sus respectivos domicilios.

La compañera de Benny era Ana, una muchacha con la cual vivía. Era una mujer delgada, vivaracha y de una belleza trágica. El pelo, negro y brillante, contrastaba con el rojo cereza de los «maquillados» labios.

Al pasar Tricker por delante de su mesa, Ana le sonrió con sus negros ojos de febril mirada, mientras El Picamaderos se disponía a pagar la cuenta, exhibiendo displicentemente un fajo de billetes. Benny se hallaba enamorado de aquella mujer

que le había estado esperando un año, y la miraba con ojos de fuego.

Aquel cuadro tenía todos los matices que agradaban a Jenssen y éste trabajaba con entusiasmo en el apunte de su futuro lienzo.

En la mesa inmediata estaba sentada una pareja joven. Se trataba, sin duda, de un matrimonio recién casado que había ido a «Tricker's» a buscar un rato de descanso y de esparcimiento. Jenssen percibió en seguida el contraste entre las dos parejas, sugiriéndole el título de su dibujo.

Cuando daba los últimos toques al apunte oyó una voz cerca de él, y al alzar los ojos vio que se trataba de Allan. Mientras acababan de saludarse, se les acercó Tricker, que hizo a Allan una reverencia profunda, dándole unos golpecitos amistosos en el hombro. Allan, a pesar de la admiración que parecía tener Tricker por él, sintió una especie de escalofrío al sentir el roce de la mano en su hombro, pero sonrióle, mientras elogiaba el apunte de Jenssen. Cualquiera que hubiera observado aquella escena hubiese creído que entre Allan y Tricker existía un afecto profundo. El propio Jenssen no podía creer, en aquel momento, que uno de aquellos dos hombres hubiese condenado a muerte al otro, mejor dicho, que Tricker sintiese un odio intenso por su intrépido y quijotesco amigo.

—¿Pero puede ser verdad —dijo Jenssen a Allan, en cuanto se alejó Tricker— que ese hombre le haya condenado a muerte?

Allan se limitó a mover la cabeza, observando el aspecto que ofrecía en aquellos momentos el *cabaret*. La orquesta de «Tricker's» atacaba los compases de un *fox* en la pista se apretujaban las parejas. Era la hora de la salida de los teatros y el *cabaret* estaba en todo su apogeo. Hombres y mujeres se hallaban como congestionados por la alegría y el buen humor. Parecía como si las prerrogativas del dólar extendiesen benévolutamente su manto de respetabilidad sobre aquel lugar en el que no existían distingos de clases. Hasta Ana y El Picamaderos estaban poseídos del aire de importancia que da el dinero. Realmente, aquella noche Ana, exteriormente, no era distinta a las hijas de un millonario, y El Picamaderos, a pesar de su aspecto extraño, podía pasar muy bien por un honrado comerciante.

—En aquella mesa está François Wahl —indicó Allan Jenssen, señalando a una mesa próxima Habla varios idiomas, se dedica al tráfico clandestino de estupefacientes y gana al año sus 250 000 dólares. Además, se permite el lujo de distribuir cinco mil dólares para que le protejan.

—Esas mujeres que están con él tienen aire de aristócratas —replicó Jenssen—. ¿Las conoce usted?

—Esa rubia sé que es Minna Germal, que el año pasado mató a su marido en Chicago —contestó Allan—. Pero el tribunal la absolvió porque el jurado era muy sensiblero, por lo visto. Vive aquí, en Detroit, bajo el nombre supuesto de Anderson...

—¡Mire! —interrumpió Jenssen— ahí llega la peña de Scarfell.

—Fíjese en Tricker —contestó Allan echando una ojeada en la dirección que

indicaba Jenssen—. Son seis, la tercera mesa que está enfrente se halla reservada para ese número de personas. Nuestro anfitrión los ha estado esperando, y ahora los acompaña hasta la mesa... Está en todo su elemento. Yo mandé reservar esta mesa y, sabiendo que estaría aquí esta noche, ha colocado a los de Scarfell casi en nuestras narices. Estoy pensando si Tricker conseguirá hacer lo que se me ocurre. Cuando vino usted y preguntó por mi mesa —añadió Allan, después de una pausa—, ¿escogió usted su asiento o se lo señalaron?

—Un camarero retiró la silla —contestó Jenssen.

—Como, desde luego, no puede usted volverse y ver lo que pasa a su espalda, yo le describiré la escena. Tricker es el que ha colocado a los de Scarfell en la mesa. Sólo una combinación especial podía permitir que dos de los comensales de aquella mesa, y uno de ésta, se viesan frente a frente. Y para obtener ese resultado, ha sido movida unos centímetros la mesa que está detrás de usted. Por si fuera poco, nuestra mesa está colocada de modo que su espalda no tape la vista al que se siente en mi silla. Cuando yo alce la vista (lo cual tendré que hacer dentro de un instante) no me quedará más remedio que ver a Peggy Scarfell y a su padre. Y ellos, a su vez, tendrían que estar ciegos para no verme. ¡Es admirable ese Tricker! Muchas veces he pensado que sería el perfecto introductor de embajadores en una Corte donde estuviesen muy solicitados la inteligencia el bandidaje. Sin duda, la policía no echará nunca el guante a ese inteligente granuja. Se le puede augurar una próspera y larga vida.

—Tricker es un amigo —añadió Jenssen, sintiéndose optimista—. Quiere que usted y Scarfell se den la mano, cree que Peggy allanará el camino. Es una nueva invitación, y en forma atractiva además... Si insiste usted en seguir su «carrera», le aconsejo sinceramente que acepte esa invitación. Al fin y al cabo, el «negocio» de los licores no es tan malo como dicen. Porque vamos a ver, ¿qué es un contrabandista? Un hombre que opina que la Constitución de los Estados Unidos ha sido vulnerada por unos compatriotas, y que tiene el valor de mantener sus convicciones a pesar de los riesgos que puede acarrear su actitud. ¿No cree usted lo mismo? ¡Oh, Peggy Scarfell! Es una muchacha de lo más encantador que hay, y creo que a usted le gusta. Tricker, además, lo cree también, y, a menos que sea usted un tonto, debe aprovechar la ocasión que le brindan, o abandonar para siempre esta vida, como tantas veces le he aconsejado. Para mí, todo esto no tiene nada de amenazador. Parece más bien una fiesta familiar en honor de usted.

—Es una fiesta familiar, sí —repitió Allan—, y significa, además, que estoy amenazado de muerte. Cuando Tricker ponía su mano en mi espalda, presentí todo eso; lo leí tras la sonrisa que se dibujaba en su rostro. Un centenar de personas ha visto que Tricker nos hablaba, y otro centenar conoce a los Scarfell. Peggy, inocente de todo, me demostrará su afecto sincero, y eso es lo que quiere Tricker que vea la gente. Scarfell fingirá amistad, y eso es todo. Verá usted como no me equivoco. Después de eso, naturalmente, no se podrá dar el menor crédito a los rumores que

circulen sobre las causas que han motivado mi muerte. En el caso actual se trata de despistar incluso al hampa. Sin duda deben haberse dado cuenta del disparate de divulgar el atentado que preparan contra raí los de Monaker, pues si no fuera así, ya estaría en el otro mundo. La ejecución se ha aplazado, pero la sentencia sigue en pie. No; no es una fiesta de paz, Mads: es la vigilia de la muerte. Mire, Mads —añadió Allan, señalando con la vista a Hilga Novak, que se levantaba para bailar—. ¡Qué cara tiene esa criatura! ¿No le parece que es una belleza angelical? ¿Qué se le habrá perdido a una muchacha tan encantadora en un sitio como éste y entre esta gente? ¡Qué criatura más divina! ¿Quién será...?

Era la primera vez que Hilga iba al *cabaret* de Tricker, y aunque sabía que aquel hombre, que había sido para ella como un padre, era el propietario, ignoraba la fama del lugar y la verdadera personalidad de su dueño. Hilga no tenía el menor recuerdo de su padre, y sólo se acordaba, muy vagamente, de las privaciones que habían pasado ella y su madre antes de vivir en casa de Tricker.

Al morir el padre de Hilga, un pobre artista, la madre aceptó, para librarse de la miseria, el puesto de encargada del establecimiento de Tricker. Nona Novak, que conservaba casi incólume su belleza en aquel entonces, aceptó la situación que se le brindaba para asegurar un relativo bienestar a Hilga. Tricker, con maquiavélicos designios, trató siempre a Nona Novak cómo si fuera de la familia, evitando que se diera cuenta de que no era más que una criada distinguida. Jamás reveló, ni a Nona ni a su hija, su verdadera personalidad, y ambas ignoraban que Tricker fuera una potencia en el mundo del hampa de Detroit.

Al morir la madre de Hilga, Tricker afirmó a la niña que todos sus parientes habían muerto, anunciándole que en lo sucesivo sería él su tutor. Tricker la educó en las mejores escuelas, perfeccionó además su educación en el extranjero y la convirtió en aquella espléndida mujer que había fascinado a Allan. Tricker era de los hombres que saben mirar el porvenir y se creía un hombre inteligente que sabe invertir con acierto su capital.

Con la sensación agradable del que desempeña un papel importante en un emocionante juego, Allan cesó de mirar a Hilga, e invitó seguidamente a bailar a Peggy Scarfell. Le gustaba aquella menuda y sugestiva mujercita que sonreía con la ilusión y el candor de sus años. Peggy aceptó sin vacilar la invitación de Allan, y segundos después la pareja se mezclaba en el torbellino del baile.

Jenssen presenció aquella escena con complacencia; Tricker se quedó asombrado, y Scarfell, ocultando la emoción que debía sentir, sonrió indulgentemente a su hija.

El optimismo de Jenssen se afirmó mucho más, y ante aquella prueba el artista llegó a creer que Allan se hallaba a salvo, y que Scarfell no era tan malo como su amigo se lo había pintado.

Peggy estuvo cariñosísima con Allan, pero los suyos no sentían la misma simpatía. Cuando regresaba la pareja ya se dio cuenta Allan de que aquel acto, concebido de repente como un desafío a Tricker y Scarfell, no había sido bien

acogido. Sólo había demostrado a aquellos sagaces observadores que no se dejaba engañar por la amabilidad de Tricker, y que, consciente de su estratagema, les retaba valientemente. Ni Tricker ni Scarfell reflejaron en sus rostros el disgusto que sentían, pero ambos comprendieron que la suerte estaba echada.

# Capítulo V

---

## El «Torcido» hace traición

---

AL salir del *cabaret*, Allan temió que, por excepción, permitiese Tricker que se cometiese un atentado en las mismas puertas del establecimiento. Por ello ordenó inmediatamente al chófer que cambiase de dirección.

Después de dejar el taxi en un lugar apartado, tomó Allan un autobús que le permitía apearse en una calle espléndidamente iluminada, a pocos metros de su casa. «Ni Tricker ni Scarfell —pensó— deben de haber ordenado con tanta premura el atentado».

Desde la calle vio luz en su piso, pero esto no le produjo ninguna sorpresa, porque Mads Jenssen poseía llave como él, y tal vez hubiese marchado directamente desde «Tricker's» a su casa, para pasar en ella la noche.

Allan entró en su casa un poco intranquilo aún por la trascendencia del reto que había lanzado al amo y señor del hampa, y bendiciendo a Aquel que vela por los hombres.

Al entrar en el umbral salieron del ascensor varios vecinos, que marchaban a divertirse a una hora en que la gente normal se hallaba descansando. Allan saludó sonriente a sus convecinos, cambió unas palabras con un muchachito, y otra vez sintió en sus dedos el frío acero de la pistola, que ya no le abandonaba. Le pareció como si hubiera tocado el extremo de un alambre cargado de electricidad.

Allan reflexionó unos momentos sobre el contraste que notaba entre la frialdad del acero y la cordialidad de aquellos vecinos, y se preguntó si la sociedad no era tan corta de alcances ni tan ciega como él había creído. Aquella gente sonreía a su paso con ansia de vivir, y era él el que tenía una visión defectuosa de la vida. Reír es vivir y la vida es la poesía de todas las cosas. Allan comprendió que si su filosofía hubiera sido sólida le hubiese arrastrado a las multitudes que avanzan bizarramente en la lucha por la vida.

Cuando penetró en el piso, su habitación estaba iluminada con intensidad, contrariamente a la costumbre de Jenssen, y la silla en que éste solía sentarse se hallaba vacía. Un instante después. Allan descubría allí a *El Torcido*, que se hallaba sentado en una silla pequeña, en la penumbra.

Allan quedó un momento como anonadado, y, después, de su garganta surgió un apagado grito de sorpresa.

*El Torcido* se hallaba pálido y desencajado, y en su rostro advirtió Allan las huellas de la tragedia. ¿Había muerto *Pedrito*...?

Al ver a Allan, *El Torcido*, que parecía un espectro con ojos de fuego, se levantó, apoyándose en el borde de la mesa.

—Sí, sigue bien —exclamó, esforzándose por aparentar tranquilidad—. Me refiero a la niña... Sigue bien, como siempre.

En la voz de *El Torcido* había un trémolo de emoción, que delataba la intranquilidad del pistolero.

Después de una pausa, añadió:

—He visto a Jenssen y cuando le dije lo que ahora te voy a decir, me dejó la llave de tu piso. Él quería acompañarme, pero no le he dejado. Allan: lo que tengo que decirte es que estás vendido para mañana por la noche. Estás vendido —repetió serenamente pero con los ojos encarnizados—. Joe Pioggi, *El Grandote*, te la ha jurado y se embolsará dos mil «machacantes» por darte el pasaporte para el otro barrio. Ha tendido la red haciéndote creer que iba a ayudarte para dar conmigo en Chicago, cuando desde el primer día sabía dónde me encontraba... Y a mí me dan quinientos dólares por hacerles el juego. Hemos convenido que a las once te telefonee, diciéndote que he decidido no ocultarme, y que la niña está enferma. Al mismo tiempo, tengo que darte unas señas para que salgas en seguida de tu casa, pero ignoro todavía de qué lugar se trata. Lo demás, puedes suponerlo: *El Grandote* y dos de sus compinches te estarán acechando para acribillarte a balazos. Ya lo sabes; cuando te telefonee, no vengas y quédate aquí hasta la mañana siguiente. Después, puedes desaparecer. O, si lo prefieres, vete antes de que yo te llame por teléfono.

*El Torcido*, que tan bien sabía ocultar sus emociones, no podía dominar su creciente nerviosidad. El semblante de Allan, ensombrecido por la cólera, le daba a entender que su amigo sólo le creía a medias, temiendo se tratara de una artimaña para alejarle de la niña.

—Ya veo que crees que estoy mintiendo —exclamó *El Torcido* mientras se alzaba su cuerpo en actitud felina—. Crees que te he mentado siempre. Ojalá fuera así, porque entonces estaría donde ya no me verías jamás. Pero yo sabía lo que los Monaker estaban tramando. Se quedaron aturcidos cuando corrió la voz de que te iban a liquidar, y entonces pensaron que lo mejor era esperar unos meses. Me he quedado aquí, fuera del alcance de tu vista, precisamente para ayudarte... Le he hecho creer a Joe Pioggi que yo quería que te quitaran de en medio, y para que no dudara he aceptado por adelantado la mitad de los quinientos dólares. Por primera vez en mi vida soy un «chivato», y si la banda lo huele me dará mi ración de plomo. No creas que por ti escondo a la niña, aunque nada te importe por qué lo hago. Pero no nos marcharemos definitivamente de aquí hasta que te veamos lejos del alcance de las pistolas que te acechan. Y entonces iremos en busca de un clima sano, como tú

dijiste.

Inconscientemente, y sin pensar para nada en el arpa, Alían metió su mano en el bolsillo de la chaqueta. Pero *El Torcido*, que vio en ello una maniobra amenazadora, sacó rápidamente su automática.

Allan, que apenas se había dado cuenta de la rápida acción de *El Torcido*, comprendió entonces por qué el mundo del hampa respetaba tanto a aquél. Y con tono de sorpresa, ásperamente exclamó:

—¡Estás loco! Guárdate esa pistola y siéntate. Tenemos que hablar. No saldré a la calle cuando me telefonees, y haré todo cuanto me digas, si puedo ver a la niña. ¿Dónde está ahora?

—Si supieras dónde está, y te la llevaras, tendría que matarte —dijo *El Torcido* Después de *Pedrito*, tú eres la persona a quien más quiero, pero te mataría igualmente. La llevaré a Arizona pasado mañana, pero después de que tú hayas abandonado la ciudad. Por eso, precisamente, he estado esperando. No quiero que te hagan daño, ni hacértelo, pero nadie me quitará a la niña.

*El Torcido* se dirigió hacia la puerta, pero Allan alzó una mano con aire de protesta.

—No te puedes ir todavía exclamó Si te vas...

Allan no acabó la frase, pero *El Torcido*, que lo observaba atentamente, adivinó en seguida, como perfecto psicólogo que era, los pensamientos de Allan.

—No sigas —advirtió *El Torcido*—. A las once te llamaré por teléfono, aunque mejor sería que ya no estuvieses aquí. Si no te has movido, ten cuidado, pues Pioggi estará junto a mí cuando te telefonee. Me contestas diciendo que no puedes ir en seguida, pero que irás durante la mañana. ¿Comprendes? Yo te diré entonces que tiene que ser por la noche, y que te llamaré más tarde. *El Grandote* no sospechará y tendrás un día entero más para largarte.

*El Torcido* mostraba evidentes deseos de marcharse en seguida, temiendo las preguntas de Allan, pero éste procuró retenerle.

—Torcido —dijo—, déjame que os ayude, a ti y a *Pedrito*. Nadie te la quitará. Lo único que deseo saber es dónde estáis y veros algunas veces. ¿Por qué ha de ser esto imposible?

—Porque... si *Pedrito* te tiene a ti... no me querrá —contestó *El Torcido* dirigiéndose hacia la puerta, con voz entrecortada por la emoción—. Quizás tú no me la robaras —añadió reflejando el rencor que sentía pero me la quitarías de mi cariño.

*El Torcido* no pudo resistir la mirada de Allan, y sus ojos se cerraron sin poder ocultar las lágrimas que resbalaban sobre sus mejillas. Aquel hombre, sobre cuya conciencia pesaba la vida de muchos hombres, tuvo que armarse de valor, que hacer un esfuerzo sobrehumano para llegar a aquella confesión. La verdad, dicha de aquel modo, hacía de aquel desdichado ser una figura casi heroica que ponía su alma al desnudo con toda nobleza.

—No, no me querría a mí —repitió *El Torcido* mientras abandonaba la casa de

Allan.

# Capítulo VI

---

## La venganza del hampa

---

ALLAN conocía bien las costumbres del hampa y debía haber comprendido que el prevenirse no era únicamente llevar armas consigo, pues los planes proyectados con mayor cuidado se alteran muchas veces inopinadamente. Debía, asimismo, haber tenido en cuenta el hecho de que el hombre que tenía que ejecutar su sentencia de muerte había sido conocido, durante mucho tiempo, como amigo de él. En el mundo del hampa son poco frecuentes las amistades, pero cuando se crean es muy difícil deshacer el nudo. No supo ver, por ello, que *El Grandote* tenía, forzosamente, que haber previsto la traición de *El Torcido*.

Pero la imaginación de Allan, al día siguiente de enterarse de que su vida estaba en inminente peligro, volaba muy lejos de Detroit. Mientras realizaba sus preparativos de marcha, volvió a pensar, con más ilusión que nunca, en los días de la infancia que pasó en la vieja granja, allá en las taladas tierras de Michigan. Después de lo que le había dicho *El Torcido*, Allan decidió abandonar Detroit, pues ya nada le retenía en la ciudad. Sabía que la niña estaba a salvo y que *El Torcido* había prometido llevársela a otro lugar; renunció, además, a su modo de vivir. ¿Para qué iba a quedarse en Detroit?

Cuando evocaba los recuerdos de la infancia, Allan pensaba en Mary, la fiel compañera de la niñez, y en aquellos pájaros de indeleble memoria.

Las taladas tierras de Michigan se hallan constituidas por miles de millas cuadradas de suelo arenoso, en el que se desarrolla una segunda selva. En otro tiempo se habían alzado allí espesos bosques de elevados árboles, tan espléndidos en su majestad como sombríos en su grandeza. Es difícil comprender por qué tan a menudo reciben aquellas tierras el nombre de llanuras, puesto que pocas veces el suelo merece recibir ese nombre, en el sentido estricto del vocablo. Las tierras de Michigan se extienden milla tras milla en todas las direcciones hacia el lejano horizonte, y siempre como un ondulado panorama exento lo mismo de grandes montañas que de extensos espacios llanos. Son más hermosas, aunque menos imponentes, que cuando aún existían los espesos bosques, del mismo modo que la juventud es más atractiva que la edad madura.

Los bosques de pinos semejaban esas vetustas catedrales que inspiran evocadores pensamientos, mostrando a las almas lo pavoroso de la vida, la inutilidad del tiempo y la insignificancia de la materia. Impelían a pensar, a elevar una oración a Dios, pero nunca hacían brotar la alegría, las ilusiones, como ocurre en las taladas tierras. En éstas, la Naturaleza ha acudido con su genio vivificante a borrar las horrendas cicatrices de los años, y a restaurar, para futuras generaciones, lo que la última destruyó deliberadamente.

Los arbustos, los matorrales, las marismas y las largas extensiones de árboles jóvenes se hallan bañados por los rientes rayos del sol y son una verdadera sinfonía de risas, de alegría y de juventud. Desde los más tempranos días de primavera, cuando la dulzura de los madroños perfuma el aire, las tierras taladas están cubiertas de salpicaduras de color y de océanos de flores. Las anémonas siguen a los madroños, y en mayo las violetas cubren los campos. Durante millas y millas, el caminante ha de aplastarlos bajo sus pies. En junio, esas taladas tierras aparecen iluminadas de carmín, por las rosas, y en junio las margaritas ponen su albo manto. En el otoño el suelo de Michigan es un magnífico tapiz de colores, y de junio a septiembre los árboles brindan exuberantes la esplendidez de sus frutos. La vida salvaje ha vuelto con las flores y con el crecimiento de los matorrales, una vida que no podía existir cuando se alzaban allí los bosques primitivos. Venados, osos y otros cuadrúpedos se habían multiplicado extraordinariamente, y los pájaros dejaban oír sus cantos a todas horas.

Esas taladas tierras, salpicadas de vegetación y de los brotes de los grandes bosques del porvenir, encierran aspectos más interesantes que aquellas que estimulan la vista y alegran los corazones de los hombres sedientos de belleza y de soledad. La Naturaleza las ha hecho inhospitalarias, como si después de su dramática experiencia de la impiedad de los hombres se hubieran acorazado para impedir su invasión.

El caminante que se aventuraba por sus tortuosos caminos y por sus sendas casi borradas, se encontraba con frecuencia con cabañas abandonadas y con casuchas en donde unos colonos se habían mantenido hasta que el hambre los arrojó de allí. Hay algunos pedazos de tierra en donde se han establecido haciendas y granjas, pero por cada milla habitada existen centenares de desolada selva. Hasta los prósperos centros de civilización que se levantaron en los días de explotación de aquellos bosques han muerto. Y sólo quedan allí pueblos fantasmas en donde ningún eco de racional ni de irracional turba el augusto silencio y la soledad de las casas que siguen en pie, con sus ventanas que bostezan y sus derruidas puertas, como esqueletos de las esperanzas y de las ilusiones de los que las levantaron.

En las tierras taladas la Naturaleza triunfa oponiéndose a las ansias humanas y a su furia destructora, mientras crea un verdadero vergel y un tesoro de madera para las futuras generaciones.

Con todas estas imágenes en la mente de Allan, nada tenía de extraño que dejara de pensar en su presente. Desde hacía mucho tiempo, Detroit había sido para Allan una ciudad indiferente, sin alma. Para él los reglamentos del tráfico se condensaban

en la desacreditada máxima de: «Fíate de la Virgen y no corras».

Detroit gozaba de la fama de dinámica, que molestaba extraordinariamente a Allan. «¿La dinámica Detroit? —se preguntaba a sí mismo—. ¡Mucho mejor sería llamarla la licenciosa Detroit!». Para él, aquella ciudad se había convertido en un fanfarrón matasiete. En muchas ocasiones, Mads Jenssen había tratado de convencerle de que la extensa y trágica estadística de accidentes de la circulación no era mayor que la de otras grandes ciudades. Creía Jenssen que todas aquellas víctimas de sucesos del tráfico representaban, simplemente, una reducida parte del precio a que debemos pagar las ventajas que nos brinda el progreso. Pero Allan seguía sin convencerse.

A las nueve de la noche del día siguiente al que le visitó *El Torcido*, Allan recibió por teléfono la noticia de que el pistolero había sido atropellado y herido por un automóvil. Le comunicaba la noticia Guy Mercier, a quien Allan conocía como uno de los compinches de Butch, pero que se hacía pasar por practicante del Hospital Clínico, añadiendo que *El Torcido* deseaba verle. Allan, sin comprobar la noticia, se lanzó a la calle, y como seguía dudando de que los accidentes del tráfico fuesen tan numerosos como se decía, salió de su casa empuñando una pistola automática de grueso calibre.

Luego tomó un taxi en la misma puerta de su casa, y poco después el coche desaparecía en la vorágine del tráfico. En la primera esquina el coche se detuvo a la indicación del poste de señales. Allan echó una ojeada a su alrededor, observando a los ocupantes de los automóviles próximos. Las multitudes no habían dejado de interesarle, y en aquella noche primaveral la imaginación de Allan forjaba bellos sueños.

La cadena de pensamientos de Allan se rompió bruscamente cuando, al darse la señal de marcha, vio pasar un taxi, y dentro de él a *El Grandote*. Fue un segundo, pero lo bastante para ver el impasible rostro de Joe Pioggi.

Aquella visión fugaz del gigante siciliano fue para Allan chorro de agua fría que le devolvía a la realidad. Inmediatamente ordenó al chófer que se aproximara a la fila de automóviles inmediata, le entregó un billete y rogándole que no se parase un momento, se apeó sin que el vehículo se detuviera. Allan llegó hasta la acera procurando no ser visto, y se metió en seguida en un portal. En éste se detuvo para reflexionar rápidamente sobre la trascendencia que pudiera tener la aparición del pistolero en aquellos lugares que raramente frecuentaba. Sin duda, *El Grandote* estaba al acecho.

En aquellos momentos, *El Torcido*, que no tenía rival como rastreador, pasaba a unos metros de Allan mirando, distraído, como si sus ojos no vieran más que el pavimento que pisaba. Pero el corazón de *El Torcido* latía con violencia y su mano, metida con simulada displicencia en el bolsillo interior de la americana, empuñaba la culata de una pistola.

A *El Torcido* no le habían sorprendido durmiendo, como esperaban los asesinos.

Al contrario, temiendo el pistolero que Allan cayera en una emboscada, se había apostado cerca de su casa, desde el atardecer, con el objeto de descubrir cualquier indicio de traición de la banda. *El Torcido* había visto a Allan salir de su casa y tomar un taxi, y tampoco se había escapado a su mirada el otro coche, el que seguía a Allan, en cuyo interior iba también Arkos *El Griego*.

De todo ello deducía *El Torcido* que se había descubierto la visita que hizo a Allan para advertirle del peligro que corría, modificándose por ello, rápidamente, el plan del atentado. Los bandidos, pues, estaban ya al acecho de la presa, es decir, iban a matar a Allan y a él.

Los ojos escrutadores de *El Torcido* siguieron la trayectoria del automóvil de los pistoleros, pero con indiferencia tan hábilmente estudiada que los ocupantes del coche creyeron que *El Torcido* no les había visto, y hasta *El Grandote* se aventuró a mirar por la ventanilla trasera.

*El Torcido* dio un suspiro de satisfacción mientras sus dedos acariciaban el acero de su pistola... Aquello no era lo que había planeado, pero si había de suceder algo distinto no era él, ciertamente, quien fuera a dejarse entregar al juego de los otros. Pioggi había sido un vil traidor con Allan, y él, por su parte, odiaba con toda el alma a *El Griego*. Por ello estaba dispuesto a matar en cuanto los criminales salieran de la sombra.

Buscando la oscuridad, *El Torcido* embocó una calle que conducía a unos viaductos del tren y a un barrio comercial cuajado de fábricas. La maniobra no la ejecutó hasta tener la completa seguridad de que Pioggi y sus cómplices habían descendido del taxi y, creyendo no ser vistos, le estaban espiando a él. *El Torcido* tuvo especial cuidado, al salir de la avenida, de ocultarse a los ojos de Allan, mezclado entre la multitud. Lógicamente, Allan le buscaría sin moverse de la avenida, circunstancia que le alejaría de cualquier tropiezo inminente. Sabía que Allan era un amigo leal, y abrigando la seguridad de que éste se había dado cuenta de los manejos de los pistoleros y que le había visto, estaba convencido de que no volvería a su casa hasta verlo a salvo.

Al llegar a la cuarta o quinta manzana de la calle, se ocultó en un oscuro hueco. Era el lugar exacto que *El Torcido* había elegido para luchar con sus enemigos. Su magnífica situación le permitía ver en todas direcciones, sin ser observado. En el argot del hampa, los alrededores de aquel lugar eran una selva, es decir, aquella parte de ciudad de enorme actividad industrial durante el día y de escasa circulación durante la noche. En opinión de *El Torcido* era un sitio ideal para «una muerte productiva» o para zanjar a tiros cualquier cuestión. Existía luz suficiente para apuntar bien y se encontraban muy a mano huecos magníficamente situados para ocultarse y un verdadero dédalo de callejuelas y pasajes para la huida... Pero la más importante de sus espléndidas características era la facilidad con que se podía llegar a calles concurridas y de incesante tráfico, proporcionando de este modo el refugio más seguro, o sea, las muchedumbres.

*El Torcido*, alerta más que nunca, esperaba a sangre fría a aquellos hombres, casi tan astutos como él, que se disponían a truncar su vida. Sabía que no habían perdido la pista que él mismo les había preparado y tenía casi la certeza de que estaban muy cerca de él. Arkos *El Griego* iría rastreando aquellos desiertos pasajes, en cuya oscuridad podía ver como un gato; Pioggi debía ir vigilando cautelosamente las esquinas, y el tercero, si es que existía, llevaría su pistola apercebida para disparar.

Fue Allan, inconscientemente, el que hizo fracasar el plan de *El Torcido*. De repente, mientras seguía *El Torcido* agazapado en su puesto, apareció Allan en la calle, una manzana más allá del lugar en que se hallaba su amigo.

Allan, antes de dejarse ver, había recorrido la calle siguiendo las indicaciones de un vendedor de periódicos, pero en vista de que no encontraba a su amigo decidió permanecer allí, inmóvil, durante unos segundos.

*El Torcido*, al ver allí a su amigo, masculló una maldición. ¡Pioggi y los suyos no podían apeteecer una ocasión mejor! Su intuición de malhechor le llevó al convencimiento de que sus enemigos estaban muy cerca de él esperando el momento de obrar. Con los dedos crispados empuñó la pistola esperando con impaciencia el desenlace, y dispuesto a salvar a su amigo.

Allan, convencido de que por aquellos alrededores no había nadie, desistió de seguir buscando a su amigo y se volvió en la dirección del hueco abierto en aquella pared, donde *El Torcido* se hallaba emboscado.

*El Torcido* se aplastó materialmente contra el rincón más oscuro y contó los pasos a medida que se acercaba Allan. Si pasaba de largo y continuaba en dirección a la avenida tendría que dar gracias a Dios por escuchar sus fervientes oraciones.

De repente, *El Torcido* notó que había cesado el rumor de los pasos. Atisbando cautelosamente desde su agujero, observó que Allan se había detenido poco antes de llegar a un callejón próximo, y permanecía parado en el borde de la acera mirando a su alrededor. Luego se volvió en la dirección opuesta y cruzó de nuevo por delante del callejón. Éste se hallaba alumbrado débilmente, y Allan no vio a *El Griego*, que se había agazapado detrás de un montón de basura, ni dio importancia a la aparición de dos individuos al otro lado de la calle, a una distancia de una manzana poco más o menos.

El primer pensamiento de Allan fue preguntar a aquellos transeúntes si habían visto a un hombre de las señas de *El Torcido*, pero después de meditarlo un momento, decidió no hacerlo. Allan siguió su camino mientras *El Griego* cruzaba cautelosamente la calle. *El Torcido* encañonó su pistola al cuerpo de *El Griego*, que poco después se unía a aquellos dos transeúntes misteriosos. Eran Joe Pioggi, *El Grandote*, y Blondy Carl, *El Sueco*.

Los tres cruzaron juntos la calle y se colocaron en línea detrás de Allan. Éste se detuvo de nuevo al alcanzar la inmediata bocacalle, mirando de nuevo a su alrededor.

Pero la sorpresa de *El Torcido* no tuvo límites, y su rostro palideció intensamente cuando vio que Allan volvía sobre sus pasos con el propósito de acercarse a aquellos

hombres que le seguían. Unos segundos más, y caería acribillado a balazos.

No había más que una probabilidad, una sola, y *El Torcido* la aprovechó con una agilidad increíble en un cuerpo como el suyo. Corriendo en dirección a Allan y lanzando estentóreos gritos para advertirle del peligro, empezó a disparar a medida que avanzaba.

Un instante antes de que se oyera el primer grito de *El Torcido*, Allan había reconocido a los tres hombres a quienes se aproximaba. En aquellos segundos de indescriptible emoción, Allan comprendió la inutilidad de sus teorías, que iban a malograr su vida. A pesar de que veía de cerca a la Muerte, no sentía pavor. Únicamente experimentaba el disgusto de ver su vida truncada antes de que hubiera intentado dirigir sus energías hacia otras direcciones, para beneficiar a aquella sociedad que había desdeñado con alegre desenfado. ¡Era demasiado tarde para dar la razón a Jenssen, para enmendar los yerros del pasado!

La lucha fue rápida y cruenta. Al sonar los primeros disparos de *El Torcido*, Arkos y Pioggi se pusieron fuera del alcance de su pistola con una celeridad extraordinaria que reflejaba su entrenamiento en aquellos frecuentes duelos a muerte. Pero Blondy Carl, *El Sueco*, más lento que sus compañeros, cayó inerte cuando intentaba refugiarse en una esquina.

Sin cesar el tiroteo, Allan avanzó hasta el hueco en que se hallaba apostado *El Torcido*. Milagrosamente no le alcanzó el fuego de Arkos ni el de Pioggi. Pero en el preciso instante en que llegaba al lado de *El Torcido*, éste caía pesadamente al suelo, y un segundo después *El Grandote* se desplomaba inerte. *El Griego* optó por huir y se alejó velozmente de aquel lugar antes de que le alcanzara una bala de la pistola de Allan.

Allan se arrodilló sobre aquel cuerpo inanimado que yacía en el pavimento y llamó cariñosamente a *El Torcido*. En aquellos momentos, Allan dejó de pensar en él. Lo más importante era la vida de su amigo. Si su amigo había muerto ya no le podían quedar esperanzas de encontrar a *Pedrito*, que era la única ilusión de su vida.

Al observar Allan que el corazón del herido seguía latiendo, su único pensamiento fue conservar a todo trance aquella vida, aunque sólo fuese unos segundos. Olvidó que era preciso huir antes de que la policía llegase y que hasta el más leal de los malhechores no titubearía en abandonar a su mejor amigo en un trance semejante. Olvidó también que sus relaciones con el hampa habían ya terminado. Lo olvidó todo, excepto que su amigo estaba herido gravísimamente, quizás agonizando.

Allan sacudió con delicadeza el cuerpo de su amigo, y poco después *El Torcido* volvía en sí.

—Me las lío... —exclamó con apagada voz el moribundo—. Los «guindillas» vendrán ahora, que ya se han acabado los tiros, y si te pescan te ganarás «una perpetua» en premio a haber despachado a ese traidor de Pioggi, y por no pertenecer a una banda que te proteja... Y si no caes en manos de la justicia, irás a parar a las de Monaker.

*El Torcido*, después de titubear unos instantes, re-veló por fin a Allan el paradero de la niña.

—¡Lárgate! —agregó—. Llévate a *Pedrito*. Me consta que cuidarás de ella, y hasta creo que estará mejor sin mí. Sólo te pido una cosa: que no le digas cómo he acabado. No te preocupes por dejarme —exclamó después de una breve pausa—. Estoy listo de veras, y cuando lleguen los guardias, habré ya muerto. Agarra el primer tren que salga y di a la niña siempre, siempre, que tú y yo hemos sido dos amigos de verdad.

*El Torcido* acalló cuantas negativas le hizo Allan respecto a abandonarle, recordándole con febril insistencia que el porvenir del angelito dependía de él, y que ella era lo único que interesaba a ambos.

Hasta entonces no supo ver Allan que el cariño de *El Torcido* por la niña era hondo y desinteresado y no lo que él creía.

Allan cogió a *El Torcido* entre sus brazos y lo trasladó a un lugar apartado, que seguramente la policía tardaría en descubrir. Mientras, el moribundo lanzaba horribles juramentos y hacía ver a su amigo que aquello era una locura.

—Allan —exclamó con voz cada vez más débil— pero ¿qué te propones? Desde que nos conocimos has tratado de arrebatarme a la niña, y ahora, que es el momento de hacer algo por ella, te quedas aquí como un idiota. ¿Por qué temes dejarme, si sabes que dentro de diez minutos habrá terminado mi vida? Te he dicho que tienes que irte con la niña lejos de la ciudad, muy lejos... No tienes que dejarla un instante, o de lo contrario la Mafia volverá a secuestrarla. La niña es...

La voz de *El Torcido* se apagó para siempre. Un temblor convulso sacudió todo su cuerpo. En su rostro se dibujó la última sonrisa, la misma que dedicaba a aquella niña de sus amores.

Allan tendió suavemente en el suelo el cuerpo de su infortunado amigo, y se descubrió respetuosamente.

Nunca había logrado saber Allan quién era la niña, cuál era su origen y por qué estaba en poder de *El Torcido*. Éste se había mostrado siempre tan reservado respecto a *Pedrito*, que todos los intentos de Allan para saber algo de ella habían sido inútiles.

Y cuando *El Torcido*, al fin, iba a revelar su secreto, la muerte selló para siempre sus labios.

## Capítulo VII

---

### La fuga de Allan y de Hilga

---

CUANDO entre la multitud que circulaba por la concurrida avenida cundía la alarma producida por las detonaciones de la próxima calle, Allan se había ya confundido entre los transeúntes que corrían presurosos por ella, dispuesto a ponerse rápidamente muy lejos del alcance de la policía.

Allan recordó que a aquella hora, aproximadamente, partía un tren para las norteñas tierras de Michigan, y sin vacilar mandó detener un taxi, dando al chófer las señas de la casa que le indicara *El Torcido*. El coche se detuvo minutos después en una calle de buen aspecto, en la que vivían familias de clase media. En general, las casas eran edificios de una sola planta, construidos antes de la guerra, pero también se alzaban otras de construcción moderna, conocidas en la localidad como «hoteles de alquiler». En el piso superior de uno de estos hoteles había establecido su refugio el infortunado Torcido.

Allan, al advertir el aspecto de aquella casa, se convenció una vez más de la radical transformación que se había operado en *El Torcido* al huir de su tugurio. El pobre pistolero, sin duda alguna, había decidido que la vida de la niña fuera lo que debía ser. Cuando ignoraba el trágico fin que iba a tener prometió a ésta llevarla a otro lugar donde el clima tonificara sus pulmones. Y mientras esperaba impacientemente que Allan se alejara de la ciudad, para entonces hacerlo él con la niña, el pistolero había buscado aquel pisito como para demostrar que estaba tan capacitado como cualquiera para cuidar de la pequeña.

Ya no dudó Allan del cariño que el pistolero sentía por la niña. Sus propósitos habían sido buenos, y en otras circunstancias aquel extraño criminal habría demostrado su innata generosidad. Para Allan, lo que había sido el infortunado jorobado, nada significaba. Fue bueno para con la niña y esto le bastaba.

Mandó al chófer que le esperara, y subió la escalera con toda la velocidad que le permitían sus piernas. Arriba le esperaba la niña, que le había visto desde la ventana, al llegar. Los ojos de *Pedrito*, grandes y oscuros, se agrandaron alía más, y prorrumpiendo en un grito de alegría se arrojó en los brazos de Allan.

Éste no había dudado nunca del cariño de la niña, pero hasta entonces no se dio

cuenta del lugar que ocupaba en su corazón; de lo que él representaba en la vida de ella. Las infantiles expresiones de felicidad de la niña al celebrar su regreso, las frases de reproche que le dirigió por su larga ausencia, fueron bálsamo bienhechor para su conturbado espíritu.

—*El Torcido* vendrá muy pronto y se alegrará mucho de verte —exclamó la chiquilla—. Los dos te hemos echado mucho de menos. *El Torcido* decía que cuando no venías a vernos es que estabas fuera. No tardará mucho en venir, pues me dijo que volvería pronto. ¡Oh, cómo me alegro de que hayas venido!

Al observar el anhelante rostro de la niña, Allan perdió un momento la serenidad y le faltó valor para confesar lo ocurrido.

—*El Torcido* —mintió a la niña— me vine a ver esta tarde para decirme que tenía que irse en el primer tren a Chicago, pues tiene un negocio urgente. Me encargó mucho que me cuidara de ti... Yo le dije que iba a ir al Norte, a pasar una temporada de vacaciones, y *El Torcido* se alegró de ello y me encargó que te llevara conmigo. Mira, nena; dentro de pocas semanas verás a *El Torcido* y ya no nos separaremos nunca los tres.

La vida con el pistolero había sido tan pródiga en sucesos inesperados, que a la niña no le extrañó lo que le había contado Allan. Además, la perspectiva de ir al campo una temporada la hacía feliz, pues no recordaba haber salido nunca de Detroit.

—Bueno, bueno; no te entusiasmes —exclamó Allan, interrumpiendo las manifestaciones de gozo de la niña—. El tren sale en seguida, y no podemos perderlo. Ya te iré contando cosas por el camino, pero no esperes que te lo cuente todo, nenita. Allí la vida será completamente distinta de la que has hecho aquí, y quiero proporcionarte una sorpresa. Hace tiempo que no he estado en los bosques y tengo miedo de que hayan cambiado y no nos puedan brindar todo lo que para ti deseo. Pero no te preocupes, que ya buscaremos el sitio mejor. Anda, date prisa y arregla tus cosas.

Allan entró con la niña en el pequeño dormitorio, para ayudarla a hacer el equipaje. Al contemplar aquella coquetona habitación, Allan recordó con pena a *El Torcido*, que con tanta solicitud había cuidado de la niña. Parecía increíble que un dormitorio de una casa amueblada, tan convencional siempre, hubiese sufrido aquella transformación. *El Torcido* había llevado allí todo lo que era de la niña, colocándolo y distribuyéndolo con singular acierto. Era, en resumen, una habitación muy bien dispuesta.

*Pedrito*, tan silenciosa y pensativa siempre, charlaba en aquellos momentos, notándose en su semblante la ilusión que despertaba en ella el viaje que iban a realizar. En pocos minutos..., la niña estuvo arreglada para salir. Llevaba sus mejores prendas de abrigo y aquella muñeca de rubias guedejas que era su mayor ilusión.

Allan y la niña, juntos en el taxi que les llevaba a la estación, permanecían silenciosos. Allan no dejaba de pensar en su situación, entregándose a hondas reflexiones.

Más que en la muerte de *El Torcido* pensaba Allan en su situación. Jamás pudo pensar que se convirtiera en un pistolero más, buscado por la policía, en un homicida. Sus teorías le habían engañado, pero había descubierto demasiado tarde su tremendo dislate. Que le prendiera la policía sólo le importaba por lo que afectaba a la niña, pero el pensar que había descendido hasta aquel punto, y que no era mejor que cualquier malhechor del hampa, le desesperaba. Había rodado por la pendiente que precipita al abismo lo mismo que el más desgraciado de los clientes del «Oasis».

El taxi avanzaba velozmente por las oscuras vías, pero Allan no se daba cuenta de nada. Por más esfuerzos que hacía no podía dejar de pensar en la idea de que se hallaba absolutamente al margen de la sociedad. Al día siguiente su nombre se citaría en los periódicos como el de un forajido más. Aunque anteriormente hubiera presentido aquel desenlace, la certeza de que se había consumado le aterraba. ¡Cuánta razón tenía Mads!

—Tienes una cara muy triste —exclamó la niña rompiendo aquel embarazoso silencio—. ¿Es qué no tienes ganas de hacer este viaje?

—No, nena, no me ocurre nada; estaba distraído —contestó Allan.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, Allan entretuvo a la niña hasta llegar a la estación, y los dos charlaron animadamente sin cesar.

La niña, al verse ya en el vagón del tren, se sintió feliz gritando alborozada. Nunca había visto un coche-cama y aquello le producía una ilusión grande. Es claro que hubiera preferido no perder ni un minuto de viaje, pero se resignó a dormir en aquella cama, tan nueva para ella, sin dejar para nada la muñeca.

Cuando *Pedrito* se hallaba ya profundamente dormida, Allan se trasladó al vagón de fumadores. Después de los trágicos acontecimientos de aquella tarde era imposible pensar en conciliar el sueño.

Luego se sentó en un ángulo del vagón, y su imaginación trató de coordinar las dispersas ideas e impresiones de la memorable jornada. Allan pensó en el bandido que le había salvado la vida y en Petrilla, su hija adoptiva; en el hombre que cayó muerto por el plomo de su revólver; en Peggy, la encantadora hija de Scarfell, y en éste, responsable de toda la tragedia; en Tricker, el desalmado instigador de la agresión... Pero sus pensamientos se polarizaron siempre en el hecho concreto, indiscutible, de que él era un asesino, un malhechor como otro cualquiera. Ya no podía dejar de pensar, por un momento, en los consejos de Jenssen. La experiencia de éste lo había previsto todo.

El tren hizo una corta parada en Bay City, y cuando Allan se disponía a abandonar el vagón para pasear unos momentos por el andén, se sintió atraído por la conversación que mantenían varios viajeros del coche-fumador.

En aquel momento los circunstanciales contertulios comentaban un crimen repugnante que se había cometido en Chicago y del que habían tenido noticias por un periódico adquirido en la estación. El periódico, con grandes titulares, hacía relato minucioso del suceso. El crimen había sido cometido por un hombre que hacía sólo

tres años que comenzó a vivir al margen de la ley. El primer suceso de que fue protagonista se redujo a un atraco insignificante, sin efusión de sangre. Pero en otra ocasión, al interponerse un hombre entre el botín y el atracador, éste había matado sin compasión, con verdadero ensañamiento.

—Naturalmente —exclamó uno de los viajeros, que era médico ese criminal tendrá un defensor que afirmará que está loco, para salvarle del patíbulo. Pero esta vez la horca no se levantará en balde. Es intolerable lo que ocurre en nuestro país. Nuestras leyes deberían cumplirse, como se cumplen en Inglaterra y en todo país consciente de sus deberes. En Inglaterra, por ejemplo, no existe la sensiblería que nos caracteriza. Allí se juzga a un hombre imparcialmente y con rapidez se dicta la sentencia, y si el reo es condenado a la última pena, la ejecución no tarda en llevarse a cabo. Por cada diez asesinatos que se registran en Londres, se cometen ciento sesenta en Nueva York, por la sencilla razón de que, de cada diez asesinos, siete son ahorcados en Londres, mientras que en Nueva York sólo van a parar al patíbulo uno o dos de esos ciento setenta. Y eso que la delincuencia en Nueva York no es tan acusada como en San Luis, o en Memphis, o en Jacksonville. Desde luego, Chicago bate el *record* con un asesinato diario, o sea un número trece veces mayor que el de los asesinatos de todo el Canadá... Sólo desearía que tuviéramos nosotros la misma energía que revela Inglaterra al juzgar a los criminales. El Jurado que no mandó a ese muchacho a la cárcel cuando cometió el primer delito, porque era muy joven, es tan responsable del crimen como el propio delincuente. Todos los delincuentes siguen la misma trayectoria. Gradualmente, sus delitos van siendo más graves, sin que el delincuente se dé cuenta de ello. Por un espejismo engañoso, llega a creer que la sociedad es la equivocada, y no él. Tal vez sienta al principio remordimientos de conciencia, pero se desvanecen y sigue precipitándose en el abismo. Y si ha matado una vez, volverá a matar otra. Esto es indudable.

Allan escuchó amargado aquellos argumentos, sin ánimo para intervenir en la conversación. Por fin se decidió a aprovechar los últimos minutos de la parada del tren en Bay City, y bajó al andén. Allí siguió en sus meditaciones, más abstraído que nunca y, a pesar de lo que había oído, se ratificó en lo que pensaba de la sociedad. Es imposible, cuando se ha mantenido una teoría toda la vida, modificarla en virtud de un suceso. ¿La modificaría la nueva vida que iba a llevar? Allan se hizo el firme propósito de lograr su transformación.

Cuando se hallaba a poca distancia de su vagón, Allan oyó la señal de partida, y corrió rápidamente a su alcance. En aquellos momentos pasó cerca de él una joven que se dirigía apresuradamente al coche anterior, y ambos no pudieron evitar el encontronazo. Allan balbuceó sus excusas, y un instante después de ver aquel rostro recordó que había visto a la joven en otra parte. Pero ¿dónde?, ¿cuándo? Sin embargo, tenía la seguridad de que aquella cara le era extraordinariamente conocida. En los ojos de la joven pudo advertir Allan una mirada de espanto. ¿Cuál era el drama de la misteriosa viajera?

Por más que forzó su imaginación no pudo recordar quién era.

Allan ignoraba lo que había ocurrido en casa de Tricker al día siguiente de su visita al *cabaret*.

Un viento huracanado azotaba las ramas de los árboles, como epílogo de una tormenta primaveral, tan frecuente en aquella ciudad, cuando Hilga Novak, llamada por un criado, se presentó en el despacho de Tricker. Hilga acudió sonriente, con la dicha reflejada en su semblante. Se sentía feliz y se consideraba la señorita de más suerte en todo Detroit.

Cuando Hilga penetró en la habitación, Tricker se hallaba de pie, próximo a una ventana, acompañado de un hombre de aspecto enérgico, cuyo rostro tenía una expresión cruel y repulsiva.

Hilga, al observar que Tricker se hallaba acompañado, se detuvo de repente, haciendo además de abandonar la habitación. Pero Tricker se adelantó rápidamente a cerrar la puerta. En seguida hizo la presentación de aquel hombre que le acompañaba, Lynn Venetre, y momentos después rogaba a éste que le dejara solo con Hilga.

Cuando el titulado Lynn Venetre abandonó la habitación, Hilga tuvo un presentimiento fatal. Pronto comprobó que sus temores no eran falsos, pues Tricker no anduvo muy remiso en plantear la cuestión.

Aquel hombre que durante tantos años se mostrara tan cariñoso con Hilga había desaparecido en unos instantes. Ya no quedaba más que un rufián que examinaba fríamente a la joven, lo mismo que un traficante que reconoce a la caballería que se propone adquirir. Tricker pensaba que había llegado el momento de liquidar con ventaja la inversión que había hecho cuando instaló en su casa a la madre de Hilga, y hacía sus cálculos.

—Lo que tengo que decirte es bien sencillo —exclamó, con la mayor tranquilidad, fríamente—. Lynn Venetre, como yo, ha adquirido un gran prestigio en este medio donde nos desenvolvemos y tiene la plena confianza del jefe de la banda... Ahora bien, Venetre se ha vuelto poco a poco demasiado independiente y existe el temor de que se vaya desligando de la organización. Pero Venetre es tan inteligente y goza de tal reputación entre la sociedad, gracias a sus relaciones familiares, que el «consorcio» no puede perderlo. Comprenderás que si se tratase de uno cualquiera ya nos lo hubiéramos quitado de delante del modo más eficaz... Venetre nos ha prometido su lealtad perpetua con una sola condición: casarse contigo. Yo, al enterarme de sus propósitos —prosiguió Tricker, impasible—, me opuse resueltamente. Pero Scarfell me lo ha ordenado y no me queda más que obedecer... Desde luego, no me disgusta ese plan para asegurarnos la lealtad de Venetre, pues al mismo tiempo empiezas un poco antes «la carrera» que pensábamos darte Scarfell y yo... Ya he puesto al corriente de todo a Venetre, y desde luego sabe que eres demasiado inteligente para considerarlo como marido... Yo te lo cuento todo y te

digo la verdad porque sé que me tienes gratitud y harás lo que te diga. Esto es: que después del casamiento, que será en seguida, trabajes con Venetre y conmigo, como cebo. No lo dudes, Hilga; aquí en Detroit, lo mismo que en otras ciudades, hay muchas señoritas que se dedican a esto y sacan mucho más de lo que podían haber soñado.

Hilga, enmudecida por el terror, no acertó a articular palabra, y con paso vacilante abandonó el despacho de aquel canalla. Cuando se arrojó en su cama sintió, muy próxima la locura, pero las lágrimas fueron su sedante y logró calmar sus exacerbados nervios.

Lo mismo Venetre que Tricker encontraban natural la resistencia de Hilga a ser juguete de ellos y esperaron confiados a que ella resolviese el dilema en que la habían colocado. Para ellos no había duda. Antes que renunciar a los lujos y a las comodidades a que estaba acostumbrada, se decían, aceptará nuestra proposición. Ambos convinieron, seguros de su éxito, en no coaccionarla lo más mínimo.

Los dos truhanes estaban muy lejos de suponer que Hilga adoptara una resolución extrema: huir de aquel antro.

Al darse cuenta exacta de la espantosa situación en que la habían colocado aquellos canallas, Hilga empezó a preparar su fuga. En un momento en que Tricker y Venetre no se hallaban en la casa, Hilga, con la complicidad de un criado, logró salir de allí, y partió rápidamente en su automóvil. Iba sin rumbo fijo, pero con la idea concreta de alejarse lo más posible de Detroit.

Su automóvil fue rodando por las carreteras, hasta parar en Bay City. Hilga se hallaba rendida y sin saber qué determinación adoptar. En aquel hotel de Bay City, donde pernoctó, pasó las horas más angustiosas de su vida, derrumbada por aquellos bandidos. Cuando se hallaba más abstraída, recordó que había oído decir a su madre que tenía unos parientes cerca de West Branch. Y aunque no los conocía, adoptó la resolución de ir en su busca. Aquella misma tarde lograba vender su automóvil y tomaba el primer tren en la estación de City.

Hilga Novak era la joven que tanto preocupó a Allan después de su encuentro.

El tren se detuvo sólo un minuto en West Branch. Allan, que dormitaba vestido en su litera desde que el tren partió de Bay City, no podía suponer que en West Branch terminara el viaje aquella joven que creía conocer. Allan dejó de pensar en ella, pues su memoria no lograba recordarla, y dejó vagar su imaginación en otras direcciones. «¿Dónde estará ahora» —se preguntaba— «la pequeña Mary, mi novia de la niñez? ¡Debe de estar hecha una hermosa mujer! ¿Por qué no vendrá a ayudarme, para ser una madre de *Pedrito*? ¿Dónde encontraré la madre que necesita la niña?».

Allan pensó con amargura que ya no tenía derecho a que una mujer buena y honrada fuera su compañera. Ninguna mujer decente se prestaría a unir su vida a la de un criminal, manchado con la sangre de un semejante.

Poco antes de que el tren llegara a Roscommon, Allan se despertó, y después de arreglarse se dirigió al compartimiento de *Pedrito*. La niña se hallaba vestida ya y sus

ojos soñolientos observaban atentamente el paisaje, borroso aún en el amanecer. Allan se sentó a su lado y le acarició cariñosamente sus sedosas trenzas. La niña le miraba sonriente, llena de ilusión.

Al contemplar a aquella criatura adorada, Allan vibró de emoción y durante un largo rato se fundió con ella en un abrazo intenso y efusivo. En aquellos momentos se hizo el firme propósito de no abandonarla un instante, de cuidar de ella como la hija más preciada y de convertirla en una mujer fuerte y honrada.

—Nenita —exclamó Allan con arrobamiento—, tienes el don singular de monopolizar el corazón de un hombre... ¿Conviniste con las hadas, al nacer, algún misterioso pacto?

—¡Claro que sí! —contestó resueltamente la niña, con gran sorpresa de Allan—. ¿No te ha contado nunca *El Torcido* que las hadas fueron muy buenas con mamá, y que cuando yo era una nenita pequeña le prometieron que todo el mundo sería siempre bueno y cariñoso conmigo?

Allan jamás pudo suponer que *El Torcido* mantuviera las ilusiones de aquella niña con fantasías tan hermosas. Al pensar en aquel hombre que le había salvado la vida, no pudo ocultar unas lágrimas.

## Capítulo VIII

---

### En el umbral de la selva

---

ALLAN y la niña fueron los únicos viajeros que se apearon en la insignificante estación de Roscommon, humilde edificio que se levantaba entre un abigarrado conjunto de casas oscuras y pequeñas que formaban el pueblo.

Cuando el tren reanudó su marcha en dirección a Mackinac, en el andén de la estación de Roscommon sólo había tres personas: Allan, la niña y el jefe de estación. Éste era Williams, Alegrías, que desempeñaba simultáneamente las funciones de telegrafista, factor y mozo, todo en una pieza. Allan se dirigió a este individuo, de aspecto simpático y cordial, y le preguntó dónde estaba el bosque.

—Por cualquier camino que vaya —le contestó Alegrías— irá usted a parar a lo poco de bosque que nos ha quedado... Todavía encontrará alguna nieve en la espesura, pero no creo que dure ya mucho... Mal camino para la niña —agregó como si hablara solamente para él—. ¿Va usted a ir con ella?

—Francamente —contestó Allan—, no sé con toda certeza hacia dónde vamos. Lo que sí sé es que los dos estamos saturados de la atmósfera de la ciudad, y que estoy decidido a pasar una temporada en plena naturaleza salvaje. Mi deseo es no separarme de la niña, pero temo, sin embargo, que al principio no pueda resistir la caminata.

—Verá usted lo que he pensado —respondió Alegrías, interesado en ser útil a aquella pareja que había atraído su simpatía, e indicando a Allan que entrara en su despacho—. Esta gente se alegrará de verlos. Existen por estos andurriales una serie de colonos que luchan a brazo partido con la vida, no sé si porque son demasiado tercos para reconocer su fracaso o demasiado pobres para marcharse a otra parte. Pero, de vez en cuando, algunos descubren el secreto de vivir aquí. John Renny y su mujer, por ejemplo, son de estos últimos.

Alegrías entregó a Allan un pedazo de papel amarillo, en el cual había garrapateado:

*Este hombre es amigo mío. Ale.*

—Muchas gracias exclamó conmovido Allan, estrechando la mano de *Ale*. Y aquel apretón de manos en el gris amanecer de las tierras norteñas de Michigan, sellaba una amistad destinada a perpetuarse en la región de los bosques talados.

—Supongo que no habrán venido aquí por su gusto —dijo *Ale* cuando Allan y la niña se disponían a marchar—. Mi mujer y yo perdimos una como ella, no hace mucho.

Alegrías comprendió que su frase podía haber asustado a la niña, y volviéndose hacia *Pedrito* arrojó con la capita de ésta la muñeca que llevaba en los brazos, y le dijo:

—Ya puede usted tener cuidado, señora mamá, si no quiere que su hijita agarre una pulmonía. El airecillo de aquí es muy fresco para las hijitas pequeñas.

Después de despedirse del simpático jefe de estación, Allan y *Pedrito* abandonaron aquel lugar. Poco después se encontraban ante un arroyuelo afluente del *Au Sable*. A ambos lados del puente que cruzaban, el agua serpenteaba entre sauces, abedules y abetos. En mayestático aislamiento se alzaba un viejo pino de Noruega, demasiado pequeño para que hubiera podido interesar a los leñadores cuando arrasaron la comarca. Allí permanecía inmovible, como un monumento a la gloria de lo que había sido la herencia de Los Llanos.

Allan respiró con fuerza, contemplando con ilusión aquella bella imagen que le brindaban las norteñas tierras, y la niña se restregó los ojos soñolientos como dudando de tanta magnificencia.

Los dos caminantes se vieron obligados a dejar atrás aquel lugar encantado y apresuraron el paso. Por entre los pinos, las veredas se multiplicaban y se extendían en todas direcciones, despistando a cualquier persona poco acostumbrada a andar por aquellos parajes. Allan, siguiendo las indicaciones de *Ale*, escogió una vereda en la que se advertían huellas de pisadas más destacadas, y que conducía a la vivienda de Renny. Pero bien pronto la niña se cansó y Allan tuvo que cogerla en brazos y seguir así su camino.

Las matas de madroños, con sus hojas verdes y sus fragantes frutos en flor, medio ocultos por la espesura, se extendían en todas direcciones. Allan contemplaba con embeleso los millares de florecillas que eran nuncio de la belleza que pronto se extendería por aquel antiguo bosque de pinos.

La niña se despertó cuando el sol se encaramaba ya por el firmamento.

Allan empezó a darse cuenta de que no habían probado bocado, y cogiendo de la mano a la niña, reanudaron rápidamente su marcha. Por un altozano descendieron a un terreno casi llano donde a un lado había una ciénaga y al otro se extendía un bosque de árboles jóvenes. Después recorrieron una reducida meseta hasta tomar un camino bordeado de elevados pinos, supervivientes del exterminio de años atrás porque no producían aún madera. En las taladas tierras de Michigan no es raro hallar esta clase de oasis.

El camino torcía de nuevo, y a la vista de los caminantes apareció un denso

bosque cuyas múltiples veredas invitaban a adentrarse en él. Los senderos se perdían en la semioscuridad que persistía, aun en pleno día, bajo aquel nuevo bosque de verdes árboles.

Al llegar a la cima de otro cerro, Allan contempló con deleite un gran anfiteatro de praderas, rodeado de colinas de suaves vertientes, cubiertas de espesos bosques. A lo lejos, las copas de los pinos gigantes se alzaban silenciosas, doradas por el sol de la mañana, tras los tiernos abedules, los álamos y los arces, que constituían un espléndido marco de vegetación.

Aquel cuadro debió crearlo Dios para que sirviera de sedante a los excitados nervios y para revelar a los hombres que no han creído en Él cuál es la Verdad. Las oscuras pinochas contrastaban con los vibrantes colores de los árboles jóvenes, que empezaban a lucir las galas primaverales, y una bruma violácea se extendía en el lejano horizonte.

Allan observó que a la izquierda la pradera se hallaba bordeada de salientes agrupaciones de árboles y matizada de numerosas flores silvestres. Aquel panorama selvático tenía una pincelada agrícola: la de los almiarés de paja que debieron quedar abandonados años atrás, cuando la falta de facilidades de transporte impedían su venta con garantía de lucro. El sendero descendía hacia el centro como una estrecha cinta blanca y continuaba en dirección al ángulo más apartado del anfiteatro, donde parecía perderse, milla tras milla, en la espesura.

Escasamente a media milla de aquel lugar se levantaba una casa de campo cuya chimenea diseñaba en el límpido azul del firmamento continuas espirales de blanco humo. Era la única edificación que se alzaba en aquel valle rodeado de pequeñas colinas, semejante a un enorme tazón. El establo de la casa quedaba casi oculto a los ojos de Allan por álamos y pinos, pero en un declive, no lejos de la casa, vio un manzano. Realmente, los habitantes de aquella casa debían ser muy felices, como le había dicho *Ale*, viviendo en aquel espléndido escenario de la Naturaleza.

—¿Te enfadarías si te dejase en esa casita unos cuantos días, mientras yo busco otra para que podamos vivir en ella? —preguntó Allan a la niña.

—No, no me enfado —contestó *Pedrito* después de inclinarse sobre la muñeca graciosamente, como si le pidiera parecer—. Me gusta mucho, muchísimo, todo este paisaje. No había visto cosa igual en mi vida... Pero no quiero que estés mucho tiempo solo, sin nadie que te cuide.

Allan sonrió complacido y feliz. Aquella preocupación que sentía la niña por él le hacía completamente dichoso.

Cuando giraban en dirección a una senda que conducía a aquella casa de campo se oyó un alarido profundo.

Allan titubeó un instante en tanto que la pequeña *Pedrito* se agarraba fuerte a él, temblando de miedo.

Instantes después pudo comprobar Allan que aquellos alaridos eran los del perro de que les habló *Ale*. Era un can huesudo, medio sabueso y medio mastín, y de

desiguales proporciones. En la puerta de la casa, una mujer reñía a grandes voces al perro causante del alboroto. Al observar a los caminantes que se acercaban dejó de gritar y esperó a que llegaran a la casa.

En el rostro curtido de aquella mujer se reflejaba la bondad y la simpatía. Su traje, aunque de tejido basto, estaba limpio e impecablemente planchado, y en la cabeza llevaba un gorro, a guisa de turbante, que hacía juego con el traje.

—Buenos días —exclamó la buena mujer al acercarse Allan y darle el amarillento mensaje de *Ale*.

Y después de leer aquel papel y de mirar sonriente a la niña, agregó:

—Los amigos de *Ale* son nuestros amigos. ¡Entren, entren ustedes!

Allan y la niña entraron en la casa mientras el perro ladraba desafortadamente, pugnando por desasirse de la cadena a la que estaba sujeto, para dar su bienvenida a los recién llegados.

En la cocina, la señora Renny, que había advertido claramente la fatiga en los semblantes de los viajeros, ofreció a Allan y a la niña sendos vasos de leche, insistiendo después en que descansaran mientras les preparaba algún alimento. Allan aceptó con gratitud la hospitalidad que se le brindaba.

Mientras comían, Allan explicó el motivo de su viaje y habló de la dificultad que representaba la niña hasta encontrar un lugar a propósito para instalarse. Y cuando se refería a la proposición que le había hecho *Ale* apareció en la puerta un hombre pequeño, calvo, de barbilla roja y ojos azules que brillaban animadamente.

—Juan —exclamó la señora Renny—, te presento a Allan. Campbell, un amigo que nos ha mandado *Ale*. Quiere dejar aquí con nosotros, durante unos días, a su niñita, mientras él va en busca de un sitio fijo. ¿Qué te parece...? Estoy tan aburrida los días que tienes que abandonarme...

—Naturalmente que puede quedarse aquí —exclamó Juan Renny cautivado en un instante por el encanto de aquella criatura—. Jim no viene por aquí muy a menudo con sus nenes, y necesitamos alguien que nos distraiga. Si no, nos vamos a volver unos viejos gruñones. Campbell —agregó, dirigiéndose a Allan después de una rápida ojeada—, por lo que se ve, no va usted muy bien equipado para el viaje que ha proyectado... Esas ropas no son para la selva. Lo mejor será que permanezca usted aquí un par de días, mientras le arreglamos alguna ropa de nuestro hijo y le preparamos algunas provisiones. Los Llanos son una maravilla en esta época del año, pero para el hombre que va equipado. Hay que tener en cuenta que las nieves todavía no han desaparecido de la selva y que las noches son todavía demasiado frías para dormir a la intemperie, a menos que se tengan buenas mantas. Y... sobre todo, me parece que está usted rendido de cansancio.

Allan comprendió que Juan Renny tenía razón. Como un relámpago, pasó por su mente la idea de que quizás el telégrafo le había ya delatado, pero sacó la conclusión de que no había probabilidades de que la policía le atribuyera la muerte de *El Grandote* a no ser que Scarfell o Tricker le denunciaran. Pero esto no era posible,

pues uno y otro se hubieran comprometido poniendo aquel crimen en conocimiento de la policía. Además, el mundo del hampa arregla las cuestiones a su modo y todos, incluso Scarfell y Tricker, tienen que sujetarse a sus normas. Ni el supremo dictador de aquel elemento ni su lugarteniente, por otra parte, podían sospechar que estuviese en aquel lugar apartado de los Estados Unidos. El único hombre que le había visto llegar a Roscommon era *Ale* y de él no tenía temor alguno.

Allan, pues, sacó la conclusión definitiva de que nada le podía ocurrir allí, y ante la perspectiva de una noche de descanso en lugar tan atrayente accedió a la proposición de Renny. Aquella noche Allan durmió como en los mejores días de su infancia.

# Capítulo IX

---

## Damon, la ciudad fantasma de los llanos

---

UN poeta de inspirada musa decía una vez que en los días maravillosos de primavera el cielo desciende hasta la tierra y posa suavemente su oído en ella, para comprobar si existe alguna nota discordante en la armonía que la preside.

Aquel vate no debió pensar, al componer sus versos, en las norteñas tierras de Michigan, donde se extienden los nuevos bosques de árboles jóvenes. Allí todo es armonía desde abril hasta noviembre y en su suelo privilegiado no existe ni una nota discordante. Allan, morador de aquellos parajes desde su llegada a Roscommon, había podido comprobar cuán equivocada era la bella imagen del poeta...

Había establecido Allan su centro de actividades en un grupo de casas que se alzaban a lo largo de una desaparecida calle, cubierta de hierba y de helechos: Se trataba de una de las muchas «ciudades-fantasma» del norte de Michigan. Habían constituido comunidades que murieron repentinamente, casi violentamente, al desaparecer la vegetación de sus bosques de pinos. La tala de los millares de árboles coincidió con el éxodo de los moradores de aquellos parajes.

Allan recordaba que aquel pueblo se llamaba Damon y que había desaparecido veinte años atrás. Era, pues, casi imposible que los secuaces de Monaker dieran con su paradero. Sólo Jenssen conocía su proyectado viaje, pero ignoraba exactamente adónde se había dirigido. Lo único que sabía es que se proponía descender en Roscommon.

Aquel caserío muerto se hallaba situado cerca de uno de los rarísimos arroyos de agua helada que discurren alegremente a través de las espesuras de los bosques de tiernos árboles. Era uno de los lugares más sugestivos y atrayentes de las norteñas tierras de Michigan, y daba la sensación de que la Naturaleza se había complacido en derramar sobre aquellos parajes sus más espléndidas preseas.

Antes de dirigirse a Damon había permanecido Allan una semana con la familia Renny. En aquel breve lapso, las mejillas de la niña se habían ya coloreado y el carmín se advertía en su rostro, a pesar de lo atezado que ya estaba por el sol.

El lugar hacia el cual se había dirigido Allan se hallaba situado en el centro de una comarca que parecía totalmente despoblada. Pero unos senderos que se advertían

al avanzar, y que se dirigían lejos de la ciudad fantasma, revelaban que la región estaba en parte poblada.

A medida que se aproximaba al abandonado pueblo, Allan sintió con angustia la sensación de la soledad. Antes, la sublime quietud de los bosques había sido como un bálsamo para sus torturados nervios, pero ahora, la tristeza que envolvía el sueño de aquel pueblo dormido pesaba con fuerza irresistible sobre su espíritu. Y al llegar a las ruinas de lo que había sido la primera casa del pueblo, quedó casi suspenso por el imponente silencio que regía aquellos lugares.

Allan se aventuró poco después a descifrar el misterio de aquel pueblo. Al aproximarse a la inmediata casa, el viento abrió de par en par su puerta, chirriando los oxidados goznes. Desde fuera contempló Allan la habitación principal del edificio. Se advertía que en sus tiempos aquella casa debió ser mejor que las restantes, pero las lluvias y los vientos la precipitaban también a la ruina. De una pared más resguardada pendía el retrato de una joven, cuya amable sonrisa parecía dar la bienvenida al viajero. Al aproximarse a la casa inmediata tropezó Allan con una silla de niña, abandonada en la vereda de entrada, que se caía materialmente a pedazos. ¡Todo era desolación y ruina!

Aún no había terminado Allan sus exploraciones en el pueblo cuando las sombras del crepúsculo invadieron aquellos parajes. Allan decidió pasar la noche en una casa de dos pisos, no tan derruida como las que había visto, y allí se acomodó lo mejor posible hasta que concilió el sueño.

Siguieron a aquél otros días de actividad durante los cuales Allan examinó minuciosamente todos los rincones y escondrijos de Damon, con la misma ilusión de un mozalbete explorando los misterios de una oculta cueva. Allan llegó a sentir cariño por aquel pueblo, aunque debía permanecer oculto. Pensando en la tragedia que había empujado a los habitantes de aquel lugar hacia otros destinos, Allan alejaba las preocupaciones que tanto le habían absorbido últimamente.

Después de explorar toda la ciudad, se dedicó a examinar todos los senderos y caminos que circundaban Damon, acompañado del fiel perro de Renny, que le seguía en su excursión.

Las primeras exploraciones confirmaron a Allan en su opinión de que aquel lugar era apropiado para establecerse con la niña, pero, indudablemente, había mucho que trabajar antes. Por ello le fue necesario hacer varios viajes a la granja de Renny en busca de herramientas y materiales. El colono había adquirido un caballo de carga y dos canastas grandes que, a guisa de alforjas, se sujetaban sólidamente a los lomos del animal, pues no podía pensarse en trasladar vehículo alguno a varias millas de Damon. Hasta las ciudades pobladas de las regiones taladas, excepto aquellas próximas a las carreteras generales, tenían caminos malos y escasos.

Allan había escogido una casa que tenía el techo casi intacto, que era lo principal, pues de otros edificios podía traer puertas y ventanas. Había necesidad, además, de arreglar la chimenea, procurarse una pequeña cocina de petróleo, instalar anaqueles,

construir el precioso mobiliario y, por último, adquirir ropas, alimentos y muchas cosas más. Todo aquello preocupaba grandemente a Allan, cuya vida se había complicado extraordinariamente al tratar de crear un hogar. De todos modos, decidió limitar sus compras a las necesidades más imprescindibles, pues tema el propósito de hacer con la niña vida al aire libre.

Allan gozaba extraordinariamente trabajando, y contemplaba ufano y con emoción cómo se iba transformando aquella casa que había escogido para vivir. Nunca había supuesto que de sus manos pudiesen surgir tantos muebles y objetos. De vez en cuando, al apropiarse de algo que necesitaba, se detenía a pensar que quizá cometiese un acto ilegal. Y en seguida sonreía tristemente al considerar la puerilidad de que un ladrón y un criminal como él se preocupase por el desvalijamiento de unas viviendas abandonadas. Todo se debía a que los hechos más insignificantes y las cosas más triviales ocurridas en aquel rincón del mundo le emocionaban de modo sorprendente. ¡Qué cambio más radical el de su vida! Para Allan la existencia era una cosa preciada y digna de conservar, cuyo valor no había sabido apreciar hasta entonces.

Poco antes de terminar la instalación de la casa, Allan encontró en la carretera a un amigo de Renny, que vivía a una milla de Damon, con el que convino el suministro de los víveres para el diario sustento de él y de la niña.

Cuando, por fin, dio Allan por finalizados sus trabajos en Damon, emprendió la marcha en dirección a la granja de Renny, acompañado de su fiel *Boots*.

Después de despedirse de los esposos Renny, Allan, acompañado de la niña y de un mozo de labranza llamado Larry, salió de nuevo para Damon. La pequeña caravana la formaban dos caballos, que transportaban las primeras provisiones, sobre todo comestibles. Allan había ya convenido con los Renny que Larry iría todas las semanas a Damon con las provisiones que necesitasen, de modo que no había necesidad de que volvieran a estar en contacto con el mundo durante varios meses. Allan y Larry llevaban mochilas y herramientas, y caminaban cantando alegremente. El camino era duro, pero el buen humor de aquellos dos hambres lo hacía soportable. La niña, por su parte, correteó unos kilómetros jugando con *Boots*, pero a medio camino tuvo que descansar, y continuó la jornada colocada convenientemente en uno de los caballos.

La extraña caravana entraba en Damon a la caída de la tarde. Allan cogió a la niña, que se despertó en el momento de llegar a Damon, y entró triunfalmente con ella en la casa, colocándola sobre unas mantas extendidas en una cama de mullido ramaje. Poco después *Pedrito* dormía de nuevo profundamente. Larry, que no había estado nunca en Damon, exclamó sorprendido al poner su pie en el abandonado pueblo

—¡Dios mío, Campbell! ¿Va usted a quedarse aquí? ¡Juraría que los fantasmas están rondando toda la noche!

En aquel momento *Boots*, que corría por allí husmeándolo todo, lanzó un

prolongado y lastimero aullido.

—Éste no es un sitio para las personas —agregó Larry, temblando de miedo—. En cuanto hayamos descargado esas cosas me largo más que de prisa. ¡No me quedaría aquí por nada del mundo!

—¡Bah! ¡Qué disparate! —respondió Allan sonriendo con convicción—. Durante el tiempo que he permanecido aquí, no he visto ni un solo aparecido... Se ocultan, a los ojos de los escépticos, Larry.

El trabajo de descargar las caballerías se hizo rápidamente y Larry se dispuso a volver a la granja.

—No se preocupe —contestó Allan, sonriendo de nuevo—; son los hombres y no Dios los que han abandonado a este pueblo. Además, tengo razones para que éste me guste más que ningún otro.

—Puede estar seguro —agregó Larry, mirando fijamente a Allan, mientras le estrechaba la mano— que por mi parte nadie ha de saber que está usted aquí. No sé por qué ni de quién se oculta, pero eso no me atañe. Es usted un hombre honrado, y eso me basta.

Momentos después, Larry saltaba a su caballo, alejándose de la ciudad fantasma.

Allan se sentó en el quicio de la puerta, llenó la pipa y se dispuso a gozar de la suavidad de aquella noche de verano, mientras velaba el sueño de la niña.

Cuando las sombras de la noche envolvían todo el pueblo, Allan seguía sentado en la puerta de la casa. Pensaba con plácida nostalgia en su infancia en la granja; en su adorada madre, que tanto le quería, y en su padre, que no pudo vencer el fatídico destino; en el hogar deshecho, en su lucha por adquirir una educación, allá en la Universidad...

De pronto, de entre las sombras surgió un sonido de ilusión y de esperanza que hacía muchos años no oía. ¡Era el canto de aquel pájaro que alegró los días felices de la infancia!

Allan recordó entonces con emoción a la pequeña Mary y le parecía que la tenía a su lado, temblando de miedo al escuchar el canto singular.

Aquel sonido fue para Allan clarín de esperanza que le infundía nuevos alientos, que le prestaba fuerzas para seguir sin desfallecimiento el áspero camino que había iniciado.

Cuando los reflejos de la luna empezaban a platear las copas de los árboles, Allan penetró en la casa, y minutos después quedaba sumido en un profundo sueño.

# Capítulo X

---

## Hilga Novak reaparece

---

HABÍAN transcurrido varias semanas después de su definitiva instalación en Damon, y Allan se consideraba el más feliz de los mortales, como no recordaba haberlo sido nunca. Todos los días se levantaba al rayar el alba, y cuando los polluelos y los patos empezaban a rebullir por el corral ya se hallaba trabajando en una de las múltiples ocupaciones que le absorbían la jornada.

La rústica vivienda había sufrido una transformación radical que enorgullecía a su propietario. Escogida como refugio temporal, había llegado a ser un hogar confortable, con muchos refinamientos insospechados. Allan consiguió instalar nada menos que tres dormitorios, una combinación de cocina y comedor y una espaciosa sala. Verdaderamente, las casas vecinas habían quedado desnudas, pues de una se llevaba una puerta, de otra una ventana y de otra, en fin, unas maderas con que reparar los suelos o la escalera. También había sacrificado varios álamos jóvenes, con objeto de atender a la construcción del mobiliario. Su última obra era una mesa, provista de estanterías en cada extremo, para colocar libros y revistas, verdadera ilusión de lector sin lectura.

El tiempo pasaba rápidamente, y los largos días de verano llegaron casi de improviso para los moradores de aquella casa.

*Pedrito* parecía interesada de veras en aquella aventura y desempeñaba con seriedad las funciones de un ama de casa. Cuando Allan entraba en la vivienda a la hora de las comidas, la niña tenía preparado ya el yantar, confeccionado en su mayor parte con huevos y conservas llevadas por Larry. Allan columpiaba a la niña en sus brazos y ambos reían con gozo inefable, revelando el mutuo cariño que se profesaban. *Boots*, el simpático can, era también feliz en Damon. Hasta entonces nunca había gozado de tal libertad, y campaba a sus anchas por todos aquellos contornos. Durante el día apenas se le veía, pero antes de la puesta del sol estaba ya en la casa de regreso de sus correrías. Y allí permanecía hasta el día siguiente, sin separarse en toda la noche de Allan y de la niña.

A primeros de julio, Larry se presentó en busca de la niña, y ambos marcharon seguidamente en dirección a la granja de los Renny. *Pedrito* se proponía pasar una

semana al lado de «Tía Marta», como llamaba a la mujer de Renny.

Allan experimentó una sensación de tristeza y de desasosiego al quedarse solo. Damon, sin la niña, era para él una cosa completamente distinta. Con objeto de distraerse, a la mañana siguiente se preparó una merienda y se alejó de la casa, en dirección al bosque con el propósito de recorrer sus alrededores y volver a la puesta del sol.

La caminata terminó mucho antes de lo que había pre-visto y a eso de las cuatro de la tarde volvía al pueblo. Allan, silbando alegremente, se paró al borde del arroyo para envolver en unas ramas mojadas las flores que había recogido en su camino. Su optimismo era grande y ya no temía a la banda de Monaker y menos aún a los fantasmas que la fantasía popular había creado.

De repente, al arrodillarse en la orilla del arroyuelo, comprobó pisadas recientes en un lugar de la hierba sobre el cual no había pasado nunca él. Examinando con atención las huellas pudo comprobar que no se trataba de pisadas de hombre, pues la señal de los zapatos era más pequeña. Sabía, con seguridad, que no podían ser de la niña, aparte de que en aquel momento estaba a varias millas de aquel lugar. ¿Quién era, pues, la persona que acababa de pasar por allí?

Allan siguió el regreso a su casa con la mayor precaución y dispuesto a hacer frente a cualquier emboscada. Cuando se hallaba ya próximo a aquella casa en la cual había visto el retrato de una mujer, se detuvo y sacó el revólver de su bolsillo. Al aprisionar coja su mano el frío acero de la culata, no pudo evitar un estremecimiento. ¿Se vería obligado otra vez, por la fuerza de las circunstancias, a matar a un semejante? Y en aquel instante recordó con toda claridad las palabras de aquel médico que viajaba en el tren: «Tal vez sienta al principio remordimientos de conciencia, pero se desvanecen y sigue precipitándose al abismo. Y si ha matado una vez, volverá a matar otra...». Allí volvió sobre sus pasos para deslizarse alrededor de la casa, aproximándose así a la suya por la parte posterior. La precaución estaba justificada, pues si el intruso de Damon era un emisario de Monaker, dispararía sin contemplaciones. Más que en su propia existencia pensaba Allan en la vida de la niña, y para defenderla se hallaba dispuesto a matar si fuese preciso.

En aquel instante se dibujó en la puerta de la casa abandonada la esbelta silueta de Hilga Novak. La alarma de ésta al ver a un desconocido que apuntaba un revólver con ánimo de disparar, se reflejaba claramente en su semblante.

Hilga era una mujer de belleza sorprendente, cuyos ojos grandes y pardos establecieron un singular contraste con su cabello rubio como el oro. En aquel momento llevaba un vestido de chaqueta, de color rojo oscuro, de punto de lana, tan elegante y sencillo como el de cualquier *sportman* de la ciudad. Se calzaba con botas altas de campo, ocultadas en parte por la corta falda, y no llevaba nada en la cabeza.

Cuando los ojos de Hilga se enfrentaron con los de Allan, salió de sus labios un murmullo de asombro, y durante unos segundos permanecieron ambos mirándose fijamente, sin acertar a pronunciar palabra. Allan había quedado tan atónito al

descubrir aquella encantadora criatura de áureos cabellos, que no podía hablar. Y en su mente rebullían los pensamientos. ¿Qué hará en mi ciudad fantasma —se preguntaba— esta muchacha tan hermosa? El parecido con la joven que había admirado en el café de Tricker le sorprendía extraordinariamente, pero dudaba de que fuera la misma. Suponía, pues, que se trataba de una joven que vivía en aquellos contornos, y que se había aventurado a penetrar en el silencioso recinto de Damon. Observó, finalmente, que aquélla no era tan alta como supuso primeramente al admirar la serena dignidad y la prestancia de la misteriosa desconocida.

—Haga el favor de dejar las flores o el revólver —exclamó Migar, sin afectación—. Le aseguro que no me asusta la idea de morir joven, antes al contrario, tal vez fuera un bien; pero me parece mucho sarcasmo que el verdugo traiga las flores.

Allan, dándose cuenta de lo cómico de la situación, sonrió con complacencia, apresurándose a guardar el revólver en el bolsillo.

—Ignoraba que otro mortal visitara mi ciudad —prosiguió la joven con acento de disgusto—. Cuando los habitantes de Damon abandonaron el pueblo, dejaron a mi madre la herencia de sus recuerdos, que he recogido yo con el mayor cariño... Pero hasta hoy no había tenido que advertir a ningún intruso que se alejara de aquí... Tendré que venir más a menudo y vigilar con mayor cuidado...

Allan pensaba que muchas mujeres, en un trance como aquél, hubieran llegado a desmayarse, o a demandar socorro a grandes gritos. En cambio, aquella joven encantadora había logrado desarmarle con su simpatía y le ordenaba además que se marchara inmediatamente. Su valor era tan grande como su belleza, y ésta bastaba para hacerle enmudecer. Mientras Hilga continuaba hablando... Allan iba contemplándola con admiración, cada vez más sorprendido por la entereza de carácter y la resuelta energía de la joven.

—Le pido mil perdones —exclamó al fin Allan— por la forma alarmante en que me he presentado a usted. Le aseguro que ignoraba estar profanando un lugar que es para usted sagrado... Yo vivo aquí cerca, con una niña que es un encanto. Vivíamos en Detroit y, como estaba muy delicada, decidí venir a estas tierras para que se repusiera. La verdad, yo creía que había descubierto esta ciudad, y veo que no es así... ¿Quiere usted honrarme visitando el hogar que he creado...?

Hilga Novak aceptó la proposición, y minutos después recorrían ambos las habitaciones de la casa, cuya instalación mereció de la joven cumplidos elogios.

—Le ofrezco humildemente —exclamó Allan, al terminar la visita— rendirle vasallaje; pagarle un maravedí anual de renta y servirla lealmente toda la vida, como todo noble caballero debe servir a su dama.

Hilga se apresuró a conceder el privilegio solicitado, pero lo rechazó firmemente, aunque sin acritud, cuando Allan quiso llevar adelante la escena medieval arrodillándose para besarle la mano.

—Me alegro mucho de que le guste Damon —dijo Hilga—. A mí me parece que está tan vivo como los incipientes bosques que rodean la ciudad. He estado ausente

mucho tiempo, pero mi madre me habló tanto de sus gentes, de sus esperanzas, de sus temores y de toda su vida, que me hace el efecto de que he estado aquí siempre. Ahora he vuelto, y puedo vigilarlo de cerca. Voy a dar clase a una escuela que hay por allí —y señalaba en dirección al Este—. Le llaman escuela, aunque en realidad sólo tendré dos o tres alumnos. Aquí, en las tierras taladas, está la gente tan diseminada que a veces no hay una sola escuela organizada en todo un distrito, y los escasos vecinos que quieren educar a sus hijos tienen que solicitar un maestro del partido. Daré las clases en casa de mis abuelos. Allí vivo con ellos ahora. —Y añadió, con voz velada por la emoción—: Son lo único que tengo en el mundo...

De repente, la joven se detuvo. Se había dado cuenta de que estaba facilitando a un desconocido demasiados detalles sobre su persona, pero al observar a su interlocutor comprobó que Allan la escuchaba sin el menor asomo de extrañeza.

—Estoy hablando mucho, ¿no le parece? —agregó, frunciendo graciosamente los labios. Es una cosa que no puedo remediar. Es tanto el cariño que siento por Damon, que el hecho de que usted viva aquí me hace considerarle como un antiguo amigo.

—Confío en que seremos buenos amigos —respondió Allan, con convicción—. ¡Debe usted de saber de Damon tantas cosas que yo ignoro y quisiera conocer! Ahora me siento vinculado a este pueblo con el mismo sentimiento que un muchacho ama a su patria y a su bandera... Pero me parece que para querer de verdad a cualquier pueblo, es preciso antes conocer su historia, su presente y su porvenir. Una lealtad ciega y sin bases razonadas me parece poco en armonía con las modernas concepciones de la libertad individual. Cuando creo en algo o en alguien, lo hago porque estoy convencido de que la persona o la cosa, por lo que ha hecho o por lo que se puede esperar de ella, merece mi amor y mi respeto... Dígame, ¿quién es la sonriente joven cuyo retrato pende de una de las paredes de la casa en que tuve la dicha de encontrarla? Le confesaré que he estado tentado de llevármelo a mi casa... ¿Y a quién perteneció aquella vistosa corbata? Quisiera saber algo de la mujer que usaba aquel pañuelo tan femenino, del cual hallé un pedazo, y qué se hizo del nene propietario de aquel zapatito que quedó abandonado en la casa, frente al camino, en donde yacía una silla. ¿Quiénes vivían aquí y dónde se han ido? ¿Cuál era la vida de los vecinos de Damon? ¡Oh, quisiera hacer mil preguntas! ¿No puede usted sentarse un momento y contarme algo de lo mucho interesante que debe de saber de este pueblo?

—¡Imposible! —exclamó Hilga, cortando la anhelante palabra de Allan—. Hoy, no. Quizás otra vez pueda hacerlo. Pero ahora debo darme prisa, pues el sol va abandonándonos y mi abuelita se alarma cuando no he llegado al anochecer.

—¿Me permite usted que la acompañe hasta su casa? —preguntó Allan—. Francamente, no puedo permitir que vaya usted sola, pues puede haber peligro para usted marchando de noche por el bosque. Mientras se ajustaba un pequeño sombrero de fieltro sobre la diadema de sus doradas hebras, Hilga hizo, sonriendo, un gracioso mohín negativo. Comprendía que el desconocido estaba más preocupado por el temor

de no volverla a ver que por la posibilidad de que le ocurriera algo en el camino.

—No, gracias. No me pasará nada —respondió Hilga—. Le agradezco mucho su atención, pero ha caminado usted ya durante casi todo el día, y el paseo de aquí a mi casa, y regreso, le resultaría demasiado largo... Por aquí no hay gentes que puedan molestarme. ¿Voy a tener miedo de los puercos espines, de las ardillas, de los conejos, de los gamos?... Si supiera usted que estoy aquí más segura que en...

Hilga calló repentinamente, comprendiendo que casi había descubierto a un extraño aquel secreto con tanto celo guardado. Pero en el acto notó que su interlocutor, al menos aparentemente, no había entendido el significado de las últimas palabras. En realidad, los pensamientos de Allan giraban en torno de su promesa de volver a verla, y no se detenían en otra cosa.

—Pero supongamos —exclamó rápidamente él— que no vuelvo a verla. ¿Cómo me las arreglaré para saber dónde está?

Allan se sentía cada vez más atraído por aquella bellísima muchacha hallada de modo tan singular. Sin embargo, a pesar de su aspecto casi infantil y de su mirada serena, el acento de su voz parecía revelar disgusto y amargura. ¿Qué significaba aquello que había dicho dando a entender que no le asustaba la muerte? ¿Y por qué sus ojos le habían mirado con temor al intentar aludir a su pasado? Sin duda aquella joven había buscado aquel destierro empujada por algún drama íntimo. Hilga movió la cabeza y sonrió otra vez; y estrechando la mano de Allan se despidió de él con un simpático *Au revoir*.

—Soy Hilga Novak —exclamó cuando había dado unos pasos—. Volveré la semana próxima, para conocer a *Pedrito*.

Allan vio con tristeza desaparecer a Hilga en la oscuridad del bosque, aunque no abrigaba ningún temor respecto a ella. Se avergonzaba de haberse conducido como un hombre vulgar que hubiera intentado hacer una conquista de verano aprovechando la ocasión de un encuentro casual, y no osó suplicar a la joven que le dijera dónde podría encontrarla.

Al obscurecer, Allan seguía sentado en los peldaños de la escalera de su casa, completamente abstraído. No advertía que la noche tendía su suave manto ni sentía el embriagador perfume de las flores que empujaba hacia él, la brisa del bosque. Allan no pensaba más que en aquella criatura que acababa de conocer. «¿Por qué —se preguntaba— no habré conocido a esa encantadora joven, tan parecida a la imagen que mi alma tiene de la mujer en que debió transformarse Mary, antes de cometer el crimen que hace imposible la realización de mis sueños?». Allan pensaba que la sombra de su pasado se alzaría siempre entre él y aquella mujer. Mads Jenssen había tenido razón. Había sido siempre una bala perdida, un inconsciente sin conocimiento de la realidad de la vida. Su deber era alejarse de allí y no volverla a ver jamás. El continuar su incipiente amistad sería tan triste para él como para ella. Había decidido que su vida fuera útil a la sociedad, y se convencía que ello era una falsa ilusión y que sólo podía considerarse como un fracasado. Debía luchar solo en la vida, sin hacer a

nadie participe de su fracaso.

—Me iré, sí exclamó Allan en su soliloquio y no la haré desgraciada revelándole el secreto de mi vida.

Pero cuando ya se creía fuerte para adoptar aquella determinación, de la oscuridad surgió un sonido dulce y acariciador. ¡Era el canto de aquel pájaro que le arrulló en la infancia!

Su acento tenía un dejo de doliente dulzura, como si lamentara los pasados extravíos de Alían, pero la suave melodía de aquel sonido parecía estimularle para que rehiciera su vida, para que buscara su felicidad allí mismo.

El agudo y repetido canto llenaba de emoción a Allan, estremeciéndole como en los días de la infancia, cuando se sentaba junto a la valla del prado.

—No, no me moveré de aquí —exclamó—. Aquí se respira el bienestar y la tranquilidad, y si me quedo puedo ser útil a Hilga. Con tenaz constancia lograré resolver mis problemas, y los sueños se convertirán en realidad...

# Capítulo XI

---

## Días felices

---

CUANDO Allan partió en dirección a la granja de Renny, para recoger a *Pedrito*, el sol había recorrido buena parte de su jornada a través de la celeste bóveda, de la que parecían pender unas blancas nubecillas.

Allan marchaba silbando alegremente, y *Boots* le seguía con diligencia, sin dejar de husmear con presteza a su alrededor.

¡Qué maravillosos días aquéllos, exuberantes de cuanto puede apetecer el hombre sano de cuerpo y de espíritu! Aquello campos, prontos a fructificar, entonaban una triunfal sinfonía al goce de vivir, y vibraban de luz y de color. En el alma de Allan Campbell el encanto de las tierras norteanas de Michigan había dejado huella indeleble, y la felicidad inundaba todo su ser. Cada vez le oprimía menos el remordimiento por aquella insensatez que estuvo a punto de destrozar su vida, y al aspirar la dulce caricia de la brisa y el maravilloso efluvio de las flores, su alma se ensanchaba de gozo. Toda la tierra parecía sonreír al caminante como si, suspensa, esperara el elogio de aquellas galas que la adornaban durante el verano. Y Allan seguía avanzando sin distraer la mirada, reflejo de dulces anhelos, en la contemplación de aquel soberbio espectáculo de la Naturaleza.

¿Habría sabido apreciar todo aquello *El Torcido*, de saber que existía? ¡Qué contraste el de los alrededores de la barraca a la que el pistolero llamaba «hogar» con aquel suelo privilegiado! Indudablemente, *El Torcido* había sido un ser desgraciado, juguete de la adversidad.

Allan estaba convencido de que su infortunado amigo murió antes de que llegara la policía y descubriera su cuerpo informe tendido sobre el pavimento. Seguramente Dios habría acogido en su seno a aquel hombre, bueno en el fondo, que había sido un verdadero padre y un hermano para la niña. Aunque *El Torcido* —pensaba Allan— hubiera arrebatado la vida de una docena de personas, el haber dado la suya en holocausto de la amistad, le eximía de todas sus culpas. Y *El Torcido* no sólo había dado su vida por Allan, sino que la había sacrificado al mismo tiempo pensando en aquella niña que tan amorosamente había cuidado.

Allan se entristeció al pensar que llegaría el momento en que tendría que revelar a

la niña el trágico fin de su padre adoptivo. Pero adoptó el firme propósito de explicarlo a *Pedrito* de modo que el infortunado pistolero dejara en el alma de la niña un recuerdo imperecedero. Y con mayor firmeza aún prometió ser para la niña lo que *El Torcido* se habría esforzado en ser toda la vida.

Al llegar Allan a la granja de Renny, *Pedrito*, que se hallaba en el camino del manzano, corrió a su encuentro. Allan cogió en sus brazos a la niña, y ambos se besaron con efusión.

—¡Oh Allan —dijo la niña con acento anhelante— qué bien lo he pasado aquí! No sabes lo contenta que estoy de poder vivir en el campo. Además, «Tía Marta» es muy buena y me quiere mucho. Pero no creas que no tengo ganas de volver a mi casita.

La niña, como pudo apreciar Allan, estaba hermosísima, y los aires del campo habían obrado el milagro de devolverle casi por completo la salud.

Allan contó también a la pequeña todo lo que había sucedido en Damon durante su ausencia, sin dejar de incluir su inesperado encuentro con Hilga Novak.

No tardó en aparecer «Tía Marta», y, después de saludar a Allan, entraban los tres en la granja.

—He oído los alegres gritos de *Pedrito* —dijo la señora Renny dirigiéndose a Allan— y en seguida le he visto venir por la carretera. No es necesario que me diga —agregó señalando a la mesa, pletórica de viandas— qué es lo que más apetece un hombre después de una caminata de diez millas.

Allan agradeció la indicación, y mientras la nena iba a buscar sus cosas, comió con excelente apetito unas lonchas de jamón, queso tierno recién hecho y un pedazo de pan blanco y tiernísimo. Deseando saber quién era aquella joven encantadora que había conocido en Damon, preguntó a la señora Renny por ella, pero la buena mujer no sabía nada, aunque sí tenía noticia de un anciano matrimonio, apellidado Novak, que, según le habían dicho, vivía por Los Llanos, alrededor de West Branch. Lo único que sabía de cierto es que los Novak, a raíz de una desgracia de familia, vivían muy retirados. En las selváticas regiones del Norte las noticias se ex-tienden muy lentamente, y los Renny no habían sabido nada de Hilga.

Durante el regreso a Damon, Allan habló también a la niña de su encuentro con la bella muchacha, anunciándole que pronto iría a verla a ella. A la nena, aquella noticia le produjo verdadero alborozo, y ardía en deseos de conocer a su nueva amiga.

Allan y la niña llegaron a Damon cuando declinaba la tarde. Habían hecho el recorrido en menos tiempo que otras veces, a pesar de que se entretuvieron mucho en la despedida, pues los Renny habían instado reiteradamente a Allan para que se quedara en la granja unos días. Pero Allan no pudo aceptar el ofrecimiento, pues tenía verdaderos deseos de regresar a Damon por si volvía Hilga a su casa.

Poco antes de anoecer, la niña dormía profundamente en su lecho de perfumado ramaje.

Allan se sentó en el quicio de la puerta y se puso a reflexionar sobre los acontecimientos desarrollados en tan breve tiempo y sobre el cambio radical que se

había operado en su vida. Y entre sus pensamientos, lo mismo que el tema que Penélope tejía en su interminable tapiz, surgía la imagen de Hilga Novak. Durante muchos años él se había apropiado de todo lo que necesitaba, o de lo que creía necesitar, sin respeto para quienes despojaba de lo que les pertenecía, y sin apreciar en lo más mínimo la delincuencia de sus actos. ¿Por qué había de titubear ahora en arrebatar lo que significaba su dicha suprema, colocada al alcance de su mano? Y, sin embargo, no se atrevía a hacerlo. Ningún caballero, y él sabía que por su vida anterior había perdido ese título, intentaría conquistar el corazón de una mujer como Hilga Novak, sabiendo que su cariño no habría de aportar a ella más que penas, convirtiendo su vida en la de un fugitivo. ¡No! Aquella mujer sólo podía ser para él un sueño, una quimera. Una vez más tenía que maldecir la tremenda equivocación de su vida. ¡Qué insensato había sido!

*Boots*, dormido a los pies de Allan, suspiró con fuerza dando un resoplido que trascendía a satisfacción. ¿Soñaba el perro comparando su esclavitud anterior con la dulce libertad de que gozaba?

—Amigo mío —exclamó Allan, dando una suave palmada en la cabeza del perro — con poco te basta para ser feliz. ¡Te envidio de todo corazón!

Como ocurre frecuentemente en las costas, de pronto se levantó un viento muy molesto, y negros nubarrones comenzaron a alzarse sobre el bosque.

—El tiempo ha sido demasiado bueno para que durase exclamó Allan, como si dialogara con *Boots* Vámonos para adentro... Me parece que tendremos una verdadera tormenta, y que durará algunos días.

Los pinos, azotados por el viento, gemían ya bajo el látigo del creciente vendaval, y un delgado arce que se levantaba solitario próximo a la casa se inclinaba violentamente hasta tocar el suelo. Los estampidos de los truenos, sordos y lejanos al principio, se hicieron después más concretos, hasta convertirse en un continuo rugido, mientras los relámpagos y el resplandor de las exhalaciones iluminaban a intervalos aquellos contornos.

Cuando Allan se detenía unos momentos en la puerta de la casa, un relámpago iluminó intensamente el espacio libre frente a ella, descubriendo la presencia de un hombre que, apostado a la entrada del bosque, espiaba atentamente. Allan presintió que aquel hombre estaba allí para matarle, y muy de prisa entró en la casa, cogiendo su revólver. Con la misma rapidez salió al exterior por una puerta lateral de la casa, con el arma apercebida para disparar.

Allan, agitado visiblemente, exploró por entre los matorrales, confiado en que la tormenta y la oscuridad habrían impedido que el desconocido se diera cuenta de su maniobra, pero por más que buscó y rebuscó no pudo encontrar el menor rastro de aquel hombre.

Desorientado, entró nuevamente en la casa, en el preciso momento en que la lluvia se hacía más copiosa, degenerando en verdadero diluvio. Esta circunstancia le hacía perder a Allan toda posibilidad de descubrir la más ligera huella del intruso,

convirtiendo aquel hecho en un misterio indescifrable. Dispuesto, pues, a afrontar cualquier agresión, se sentó en el borde de una de sus rústicas sillas, y, a oscuras la habitación, permaneció allí con el revólver en la mano, escuchando atentamente por si percibía algún ruido delator del intruso. A pesar de su vigilante atención, el constante repiqueteo de la lluvia y el estampido de los truenos le amodorraron prontamente, y desechando su temor de una represalia, decidió acostarse en su lecho de ramaje, donde pronto quedó entregado al más plácido sueño.

Allan se despertó bien entrada la mañana, cuando el radiante sol del nuevo día iluminaba toda la casa. Entonces se sintió más optimista y comprendió que la alarma de la noche anterior era infundada. Era una locura pensar que los secuaces de Monaker hubieran podido seguirle la pista hasta aquel pueblo dormido, hasta aquella ciudad fantasma donde nadie le había visto entrar.

El día continuó para Allan y la niña del mismo modo que se habían desarrollado otros muchos, y nada turbó la tranquilidad del hogar. Allan tenía la esperanza de recibir la visita de Hilga, pero transcurrió el almuerzo sin que la bella desconocida se hubiera presentado.

Cuando se entregaba con placidez a la siesta, unos gritos de la niña le despertaron rápidamente.

—¡Ahí viene, Allan! ¡Ahí viene! —exclamó la niña al entrar en la habitación de éste—. ¿Crees que le gustaré?

—Es irremediable que le gustes —respondió Allan con júbilo mientras alzaba a la niña entre sus brazos—. ¿Quién se resiste ante una niña tan encantadora como tú?

Allan se acercó a la ventana, viendo cómo Hilga se acercaba a la casa.

En los labios de ésta se dibujaba una tenue sonrisa y en sus ojos brillaba una luz, demasiado recóndita para que pudiera observarla Allan desde la ventana, La joven iba discurriendo sobre la personalidad de Allan, y recordaba el encuentro de ambos, tan original. «Sin duda alguna —pensaba—, ese joven no es oriundo de Los Llanos, como tampoco lo soy yo. Aquella actitud belicosa que reveló al darse a conocer recordaba un poco los días de luchas coloniales, pero estaba, desde luego, fuera de lugar en la paz de las tierras taladas». De ello dedujo que aquel hombre se había refugiado en Damon huyendo de la muerte, pero su sonrisa bondadosa era muy atrayente, y su corazón no le engañaba: se trataba de un soñador dispuesto a vivir libremente, como ella, en un mundo lleno de egoísmos y de falsedades, pero bello al fin. Hilga tenía predilección por los soñadores y opinaba que nunca le han sido ofrendadas, a un materialista las doradas llaves que abren las puertas de la felicidad.

Allan y *Pedrito* salieron al encuentro de Hilga, y poco después se hallaban los tres reunidos.

—¡Hola! ¿Cómo está usted? —exclamó Hilga, sonriente, mientras estrechaba cordialmente la mano de Allan.

—¿De modo que ésta es mi vecinita? —agregó con acento cariñoso, volviéndose a *Pedrito*—. ¡Qué niña más preciosa y más encantadora!

Si bien Allan se hallaba cohibido y molesto, recordando todavía el encuentro con Hilga, la niña, por el contrario, recibió a la joven revelando gran contento, y pronto le explicó toda su vida en aquella casa de Damon.

Aquella tarde fue feliz para todos. La niña, que ignoraba que Hilga hubiese visto la casa, hizo los honores de ella como una verdadera señora, enseñando a la joven todas las habitaciones. Hilga escuchaba complacida las explicaciones de la niña, que con gran ilusión hablaba de su casa y exponía los proyectos de mejora que tenía. Sin embargo, la forastera encontró a faltar algunas cosas necesarias para la casa, y prometió a la niña traérselas en la próxima visita.

Después de ver las habitaciones bajaron los tres al exterior, y entonces Hilga preguntó:

—¿Les gustaría conocer la historia de Damon? Estoy dispuesta a contarla ahora mismo.

Allan y la niña asintieron complacidos, estimando que el momento no podía ser más oportuno. A Allan le complacía extraordinariamente retener allí a Hilga el mayor tiempo posible, y *Pedrito*, por su parte, estaba encantada con ella. La niña posó tímidamente su mano en el dorado cabello de Hilga, y ésta la estrechó suavemente entre sus brazos como premio a su caricia. Allan notó que la voz de la desconocida ya no tenía aquel dejo de acritud que advirtió al verla por primera vez, y al contemplar de nuevo su hermosura, se sintió feliz.

—Damon fue bautizado con el nombre de uno de sus vecinos —empezó diciendo Hilga Novak—. Se llamaba Phineas Damon y era uno de los socios de la razón social «Cutting & Damon Company». Esta compañía explotó un molino cerca de Beaver Lake, en el sitio donde existe hoy un apeadero de la línea del ferrocarril Central Michigan, entre West Branch y Santa Elena. En unión de tres hermanos, apellidados Hendrie (uno de los cuales se quedó a residir aquí mismo), fundó un municipio, llamado también Damon. Los hermanos Hendrie establecieron un pequeño comercio hacia el otro lado del riachuelo.

»Pero la comunidad —prosiguió Hilga— creció rápidamente y los Hendrie llegaron a poseer un gran edificio, construido enteramente de troncos. Parece esto paradójico, en una región donde tanto abundan los árboles, pero era el único construido de troncos. Antes de que se iniciase el éxodo de Damon, un incendio destruyó aquel edificio, sin dejar el fuego el menor vestigio de su existencia. Este espacio abierto entre las casas que ven a derecha e izquierda es lo que queda de lo que fue una antigua carretera. Era una carretera de primer orden en aquellos días, pero hoy, en los tiempos del automóvil y de las pistas asfaltadas, no pasaría de ser, a lo sumo, una vereda más o menos ancha. Dicha carretera partía de West Branch, atravesaba la nueva ciudad de Damon, incluso los campamentos madereros recién establecidos, y moría en el bosque. Existía un servicio de diligencias, para pasajeros y correo, y no tardó en construirse un hotel para viajeros, que pronto se convirtió en un negocio tan floreciente como el establecimiento de los Hendrie. Allí —añadió Hilga,

señalando con el índice— descansan sus ruinas, y sin mucha imaginación puede deducirse que la carretera atravesaba una especie de plaza Mayor, continuando en dirección noroeste.

»Más tarde se estableció en la plaza, frente al hotel, una tienda de herramientas y accesorios. Desde aquí mismo pueden verse las paredes de la casa, laterales y posterior. El techo se ha derrumbado, y alguien debió derribar la característica fachada, que indicaba claramente la índole del edificio.

Hilga se hallaba sentada en aquellos momentos en un porche que había sido reparado utilizando precisamente la madera de aquella fachada. Pero Allan se abstuvo de decírselo pensando que no era el único que había contribuido al despojo de la finca.

—Esas piedras grandes —prosiguió Hilga— que deben haber observado a la izquierda del arroyo, indican el lugar donde se levantaba el molino. Empezó a construirse unos meses después de establecida la tienda de ferretería, pero fue desmontado y trasladado a otro lugar al abandonarse Damon por primera vez... En aquellos días el arroyo más bien parecía un manantial protegido por los espesos bosques, y suministraba el agua necesaria para los diversos usos de la ciudad. Además, cada casa disponía de un pozo y de una cisterna. Jaime Youngblood, padre del nido sobre el que me preguntó usted el otro día, creyó encontrar el medio de ganar dinero fácilmente, y denunció el arroyo como de su propiedad. Pero aquello tuvo un desenlace muy en consonancia con la época y el lugar. Quiero decir que Jaime Youngblood desapareció una noche y no ha vuelto a saberse más de él. Es un suceso tan desagradable que vale más no relatarlo por entero.

»Detrás de esa casa, en lo que fue una calle secundaria de Damon, se alza la finca maldita por todo el pueblo. A pesar de que la vida de Damon era floreciente, su bienestar no se reflejaba en esa casa, que aparecía ruinoso, casi en el mismo estado que ahora. Ello se debió a que un día se hizo correr por el pueblo la voz de que la casa estaba embrujada. Forjada la leyenda, pronto se extendió por toda la comarca, y como nadie reclamaba la propiedad de la finca a la muerte de su propietario, los rudos leñadores aprovecharon la coyuntura para reunirse bajo sus carcomidos techos. Aquellos hombres se burlaban cuando les hablaban de fantasmas y aparecidos, pero ninguno de ellos se atrevió a entrar solo en la mansión después de anochecido. Y es que los hombres se envalentonan cuando se hallan acompañados, pero solos no pueden disimular su pánico. Así ocurrió, que un día, al introducirse en la casa dos mozos del pueblo, cubiertos hasta los pies con largas vestiduras blancas y lanzando lúgubres lamentos, huyeron presos de pánico cuantos habían osado penetrar en los misterios de aquel recinto maldito. Desde entonces, “la casa de Edwards” ha permanecido muda años y años, sin que ningún mortal se atreva a franquear su entrada. Se halla tan desolada como el derruido mesón que se levantaba en el lugar donde la antigua carretera bordeaba la orilla del lago Clear, a unas cinco millas hacia el Norte.

»Poco antes de que Damon empezara a poblarse fue encontrado en el mesón el cadáver de un desconocido, y desde entonces aquel lugar fue conocido por “el del hombre muerto”.

*Pedrito* escuchaba el relato de Hilga con interés y en su mirada se reflejaba la sorpresa y el espanto. Pero ni Hilga ni Allan, absortos en la evocación de la ciudad fantasma, se dieron cuenta de la actitud de la niña.

—Después de la casa de Edward —continuó diciendo Hilga—, al doblar la esquina, se encontraba la de John Bacon, que vivía allí solitario. Vino a Damon algunos años después de la fundación de la ciudad, y estableció una tienda en la que, en apariencia, vendía de todo. Pero en realidad, el artículo que expendía era *whisky*, aunque tenía que hacerlo clandestinamente, pues por ser ex presidiario no podía obtener el permiso para ello. No sé cómo llamarían en aquel entonces a esa clase de establecimientos, que tan pintorescos nombres tienen hoy en las ciudades modernas.

»Una noche, cuando llevaba ya casi un año en Damon, llegó Bacon, gravemente herido, arrastrándose hasta la casa de su hija, que se hallaba en la acera de enfrente. Cuando le recogieron explicó que le habían asaltado tres hombres, robándole y produciéndole las heridas que sufría. Una semana después, dejó de existir. En su delirio, el moribundo acusó a su vecino Edwards, que falleció en presencia únicamente de un sobrino que tenía, completamente idiota. Éste contó por el pueblo espantosas fantasías de las horribles visiones del difunto en las que el diablo, según decía, aparecía para llevárselo. Aquellas patrañas fueron la causa de que la casa de Edwards fuera declarada embrujada por todo el pueblo.

Hilga hizo una breve pausa, mientras en sus ojos se adivinaba una mirada evocadora, como si su espíritu se hubiera trasladado al nebuloso pasado y permaneciera en contacto con aquellos que vivieron en Damon.

—¡Válgame Dios! —prosiguió Hilga, como si se despertara de un sueño repentino—, mi relato parece la primera página de cualquier periódico de Detroit con sus espeluznantes noticias de crímenes, sucesos y otras cosas desagradables. ¿Por qué han permitido que siguiera? Reconozco que en Damon vivía mucha gente feliz y abundaban las cosas cómicas y pintorescas, y que no todo eran sucesos dramáticos. Pero no sé por qué, nunca nos parece que los hechos que no son dramáticos encierran interés para contarlos. Los periodistas deben tener experiencia de las informaciones que interesan al público, pues de otro modo no llenarían columnas y columnas de esos relatos trágicos. Pero, de todos modos, me siento avergonzada.

»Allí los colonos levantaron un edificio que se utilizaba como ateneo, como escuela y, a veces, hasta de iglesia. Ahora no queda ni una piedra de sus cimientos. Ese edificio era un verdadero centro de la comunidad, donde se forjaban dramas y nacían dulces ilusiones. En su corta existencia, Damon sufrió muchas penas y gustó muchas alegrías.

»Mi abuelo me había contado muchas veces los conmovedores litigios que se suscitaban ante el “Juez Hobart”, como la gente del pueblo llamaba al alcalde y juez

de paz, No abundaban los días de juicio, pero cuando se ventilaba cualquier querrela por asuntos de dinero o de jurisdicción, toda la comarca seguía con interés el pleito. De vez en cuando informaba en las causas un abogado, pero en general los litigantes defendían sus propios asuntos como mejor les parecía y desfilaban ante el tribunal, para declarar, los vecinos de mayor relieve en Damon. Las sentencias del “Juez Hobart” eran inapelables.

»En aquel edificio —prosiguió Hilga— predicaba algún domingo por la tarde el Padre Monroe. Sus sermones, la mayoría de las veces, tendían a poner de manifiesto ante los fieles los horrores del pecado y las penas que el infierno guarda para los pecadores, pero también hablaba de las bondades del Padre Eterno y de las abundantes recompensas reservadas a aquellos que reconocen sus culpas, que tienen fe en el Creador y que procuran vivir con arreglo a las doctrinas de Cristo. “El Padre”, como así le llamaban todos, era un cura de distrito cuyos feligreses se hallaban desparramados en un radio de más de treinta millas. Pero, a pesar de ello, conocía íntimamente a todos los que vivían en Damon y sabía todo lo que ocurría en el pueblo, gozando de general estimación. Mamá y yo solíamos ir a visitarlo en su pequeña casa de Detroit, en donde se recluyó cuando su salud y avanzada edad le impidieron seguir ayudando a sobrellevar las penas y gozar de las sanas alegrías de sus feligreses.

»¡Cuántas bodas se celebraron en ese edificio! Una de las primeras fue la del sobrino del cura con la maestra de Damon. Entonces las palabras “hasta que la muerte os separe” significaban algo más que ahora; tanto, que no recuerdo que se haya separado ningún matrimonio de los que se casaron en Damon.

»Aunque tal vez nos parezca extraño ahora, es lo cierto que los habitantes de Damon no se recataban en celebrar bailes o funciones teatrales entre los aficionados, en el mismo local en que predicaba el Padre Monroe. Y hasta, según tengo entendido, el cura tomaba parte en alguna función.

»Las calles de Damon (mejor dicho, las tres únicas calles) estaban ocupadas por numerosos chiquillos, cuyos alegres gritos resonaban en los linderos del bosque. Cuando este pueblecillo se hallaba en su apogeo asistían a la escuela unos cincuenta niños... La vida se deslizaba tranquilamente casi siempre. Los vecinos hacían su vida normal y pacífica y en la mayoría de los hogares se respiraba el bienestar y reinaba sana alegría. Tenemos que convenir que la verdadera fuerza de una ciudad la constituyen ciudadanos como éstos. Durante diez años ningún vecino de Damon pensó en el mañana, creyendo que aquellos bosques eran inagotables. Pero a todo le llega su fin, y un día la gente de Damon tuvo que buscar la subsistencia de modo muchísimo más duro.

»Ese drama para los habitantes de Damon se presentó inopinadamente. La tienda de Hendrie, que seguía en importancia a aquella mezcla de iglesia, escuela y teatro, fue pasto de las llamas una madrugada. Bien pronto circularon rumores de que el incendio había sido intencionado, con objeto de cobrar el seguro y poder hacer

frente a los descubiertos de otras tiendas de Hendrie.

»Semanas después cerraban los molinos de Cutting y Damon, dejando a centenares de obreros, de Damon y sus alrededores, sin trabajo. Ambas Compañías, que habían abarcado demasiados negocios, no podían disponer de fondos, y quebraron. Los depositarios judiciales (unos extranjeros, a los ojos de los vecinos de Damon) se presentaron poco después, dispuestos a obrar rápidamente, con ausencia de todo sentimentalismo. Únicamente buscaban recobrar el dinero que otras personas habían invertido en los negocios de Damon, y por ello se apropiaron de todo lo que la ley les autorizaba a enajenar, sin tener en cuenta que al propio tiempo destruían la ciudad. Seis meses después, los vecinos emigraban en masa, y desde entonces sólo quedan en Damon los vecinos que yacen enterrados en su suelo durmiendo el sueño eterno.

»Aquí reposa para siempre el hermano de mi abuelo, Ralph Herrick, en cuya tumba crece una solitaria planta de pensamientos amarillos, y su mujer, la sonriente joven del retrato que vio usted. Vivían en aquella casa derruida en donde nos encontramos la primera vez. Yo había pensado restaurarla, pero lo reflexioné y he decidido abstenerme, pues lo mejor es respetar el pasado. Los esposos se adoraban y vivían felices en su hogar, ni envidiados ni envidiosos. Tenían todo lo que se puede apetecer... ¿Qué más desear?

Hilga permaneció un rato sentada, en silencio, mientras Allan la contemplaba, apoyado en una de las columnas del soportal. Durante el relato, la niña había hecho esfuerzos para no dormirse, pero la quietud de aquel largo atardecer de verano la rindió por completo. Estaba sentada en su silla, con la cabeza apoyada en el busto de Hilga, que la tenía cogida dulcemente.

Los ladridos de *Boots*, que regresaba entonces de sus diarias andanzas, despertaron poco después a la niña y advirtieron a Hilga y Allan que el día se hallaba declinando.

Hilga se levantó lentamente y besó con cariño a *Pedrito*, instándola a que fuera a verla pronto, acompañada de Allan. Después de estrechar la mano de éste se volvió rápidamente y empezó a caminar en dirección de los pinos.

Antes de entrar en el bosque, Hilga se apartó un poco del sendero, arrodillándose ante la tumba de aquella joven por la que había preguntado Allan. Después de musitar una oración, se levantó, prosiguiendo su camino.

—¿Verdad que es muy buena? —preguntó *Pedrito*, Impresionada por la dulzura y el encanto de la joven—. ¿Vendrá a vernos a menudo...?

Allan, sin contestar, se levantó mirando profundamente a los ojos de *Pedrito*. Pensaba en que, muchas veces, el Destino juega cruelmente con los hombres. Y, sin acertar a pronunciar palabras, penetró en el interior de la casa.

Aquella noche Allan volvió a sentarse en el soportal, con los ojos fijos en la lejanía, mientras las sombras envolvían lentamente el cercano bosque. El silencio era profundo y nada turbaba la paz del lugar.

Poco a poco, Allan fue tranquilizándose, y al retirarse al interior para descansar, en su mente se había borrado el recuerdo de pasadas locuras y de penas amargas.

## Capítulo XII

---

### El destino de Allan

---

ALLAN y la niña acordaron ir a ver a Hilga el domingo.

Aunque la joven no les había dicho cuándo podían verla, Allan comprendió que el domingo era el día más apropiado. Los afortunados que viven parte del año en las residencias veraniegas que se alzan a orillas del *Au Sable* pueden recibir sus visitas cuando les place, pero aquellos que arrancan su sustento de la tierra de Los Llanos disfrutan de pocos días de fiesta entre abril y noviembre, y los días laborables apenas les bastan para dar cima a su trabajo.

Allan se levantó aquel domingo más temprano que de costumbre, dispuesto a terminar pronto las labores habituales. Cuando contempló la belleza del amanecer y recibió la caricia del sol, se sintió más feliz que nunca. Aquel día era para él uno de los más dichosos de su vida, y no recordaba desde la infancia jornada de más dulces ilusiones.

Allan se había adaptado completamente a la disciplina de la milicia, y todos los días se afeitaba y vestía con aseo. Aquel día, la labor de alisarse el cabello resultó más laboriosa: que otras veces, y hasta la niña intervino en los últimos toques del peinado. A pesar de sus espantosas listas de bajas, la guerra hace más hombres de los que destruye. Allan, al acercarse el momento de partir, volvió a sentir su agradecimiento por cuanto había aprendido diez años atrás en las filas del ejército. El magnífico arte de tener confianza en sí mismo, lo debía a su servicio militar. Sin su experiencia de la guerra en las trincheras de Francia, pronto habría descuidado el aseo de su persona como tantos habitantes de Los Llanos, y hubiera considerado su aislamiento como una infranqueable barrera a la costumbre de afeitarse y de bañarse diariamente. Quien pierde esta costumbre del aseo pierde su propia estimación, y sin ésta no puede ejercitarse la fuerza de voluntad y el dominio sobre sí mismo, tan esenciales en una vida sana en plena naturaleza salvaje. Aquel domingo, pues, no se había diferenciado de los demás días de la semana. Allan únicamente se vistió con su mejor americana, se puso la mejor corbata que tenía, y cambió la gorra por el sombrero de fieltro.

*Pedrito* se había cepillado cuidadosamente el cabello, peinándolo en dos largas

trenzas, sedosas y relucientes, que caían sobre sus finos hombros. Se había vestido con su mejor traje, y aunque era de esperar que el vestido se arrugara y manchara durante el camino, ella quería tener la seguridad de que había salido de su casa pulcramente vestida. La muñeca, por supuesto, iba también vestida con sus mejores galas.

Allan y la niña salieron de su casa poco antes de las diez, con tiempo sobrado para caminar despacio y llegar un poco antes de la una, hora acostumbrada del almuerzo, los domingos, en la comarca. A medida que avanzaban en su camino, Allan y *Pedrito* contemplaban con gozo las grandes extensiones de árboles jóvenes y la exuberante vegetación del camino, bañados por el alegre sol de la mañana. Entre los árboles se distinguían las ondulantes praderas blanqueadas de margaritas, que ponían una nota más sugestiva aún en el panorama.

Al volver un recodo y entrar en la carretera, cerca de un bosquecillo de tiernos robles, Allan y la niña descubrieron la casa de campo de los Novak. Ésta gozaba de la sombra de grandes arces, y a su alrededor crecían millares de flores. Allan y *Pedrito* quedaron maravillados, y ambos se detuvieron unos momentos para gozar del magnífico cuadro. Allan no pudo por menos de reconocer que aquella casa era digna de la belleza de Hilga. Y se felicitó, además, por su gran conocimiento de los bosques, pues con unas escasas indicaciones de Hilga había conseguido llegar a su casa admirablemente orientado.

Cuando se hallaban a unos metros de la casa vieron a Hilga que se hallaba inclinada en el suelo, cortando unas flores. La niña, al ver a la joven, echó a correr hacia ella, loca de alegría. En aquella ocasión Allan hubiera corrido también con todas sus fuerzas, pero no tuvo más remedio que fingir circunspección, y siguió en dirección a ella con artificiosa naturalidad.

Allan sólo había visto a Hilga Novak vestida con sencillez y por ello quedó gratamente sorprendido, casi suspenso, al contemplar a la bellísima joven ataviada con sus mejores prendas. Llevaba un vestido de tejido vaporoso, color verde, estampado de flores, que se ajustaba graciosamente a su finísima figura, realzando su belleza. Un collar de menudas perlas, que besaban el sedoso nácar de su garganta, prestaban majestad a aquella deliciosa figura. Sus menudos pies se escondían en unos zapatos de tafilete verde. Y su áureo cabello estaba recogido en una amplia trenza arrollada sobre la nuca, mientras unos pequeños rizos, alrededor de la cara, luchaban por romper su suave contorno.

Allan fue acercándose poco a poco a Hilga, mirándola fijamente, asombrado. Por primera vez reconocía en ella a la bellísima criatura que tanto había admirado aquella noche en el *cabaret* de Tricker. Hilga recibió a Allan con la mirada llena de ilusión, pero al ver que él la observaba con detenimiento, se ruborizó y bajó la vista.

Allan se hallaba verdaderamente impresionado y miraba, receloso, a su alrededor, temiendo hallar algún indicio de una posible traición. Estaba tan vinculado a su dramática existencia en Detroit, que no podía olvidar a los pistoleros de Scarfell. En

unos momentos había perdido toda la tranquilidad y esperaba cualquier emboscada de aquellos que habían jurado matarle.

—Esperaba que vendrían ustedes hoy —exclamó Hilga, sin darse cuenta de la actitud recelosa de Allan—. Por eso me ha parecido que debía vestirme, en honor de mis invitados, como si estuviera en la ciudad. ¿Quiere usted entrar, y le presentaré a mis abuelitos?

Allan rechazó de su mente, con resolución, aquellos temores que volvían a dominarle a pesar de todos sus esfuerzos, pues percibía la sensación de que en aquel rincón del Paraíso no podía haber nada que justificara sus reservas. ¡Una muchacha tan encantadora como aquélla no podía estar corrompida por la viciada atmósfera que rodeaba al villano de Scarfell...! No, no es posible, se repitió a sí mismo, una y otra vez. La presencia de Hilga en el *cabaret* no suponía nada contra la joven. Además, no creería nada malo de ella, fuese quien fuese el que lo dijera y a pesar de todas las pruebas.

Allan entró resueltamente en la casa, detrás de Hilga y de la niña.

Los abuelos de la joven eran de baja estatura y ambos tenían el cabello blanco por completo. Se parecían mucho, como se parecen las personas que han vivido juntos muchos años de felicidad... Los dos recibieron a los visitantes cordialmente. Sus palabras, amables y acogedoras, tenían acento sincero, franco. En los ojos de ambos ardía aún la llama que debió iluminarlos desde que eran novios. Allan sintió profundo respeto por aquellos dos ancianos que habían tenido el valor de crear su hogar en medio de la selva, y arrancar su existencia del producto de la tierra.

Poco después se sirvió el almuerzo, que transcurrió en un ambiente simpático y cordial. Allan y la niña, acostumbrados a unos platos más sencillos, se deshicieron en elogios del menú.

Terminada la comida, Hilga se retiró a la cocina, y los ancianos esposos entretuvieron a Allan y a la niña contándoles anécdotas de Damon, en las que se revelaban las penalidades que sufrieron los pobres colonos.

La tarde pasó muy de prisa para la niña, que no había podido estar más que un rato a solas con Hilga. Y más rápidamente transcurrió para Allan, que no tuvo ocasión, ni una sola vez, de hablar a Hilga como él hubiera deseado.

Pero cuando llegó la hora de la despedida, Allan se retiró satisfecho, encantado por la amabilidad de los ancianos y por el tranquilo embeleso de aquel hogar.

Allan tuvo que marcharse solo, pues, accediendo al ruego de los viejecitos, dejó con ellos a la niña, por unos días... *Pedrito* estaba realmente encantada de poder permanecer con Hilga en aquella casa, y los ancianos no podían disimular su ilusión por gozar de la compañía de aquella alma infantil.

Hilga, que no podía disimular su dicha, y la niña, que charlaba alegremente, salieron a acompañar un pequeño trecho a Allan. Cuando llegaron a los robles en donde se iniciaba el sendero que terminaba en Damon, el sol se hundía en el firmamento tras las copas de los árboles. Allan besó con fervor a la nena y después

estrechó la mano de Hilga. Ambos quedaron contemplándose fijamente unos segundos, sin acertar a articular palabra, embelesados.

Con el alma henchida de ilusiones, Allan se alejó de allí rápidamente. Antes de que el sol hubiera desaparecido por completo, llegaba a un lugar distante media milla de su casa, donde el camino rodeaba una pequeña extensión de bosque. Allí observó que al lado de un árbol se hallaba de pie un hombre, más bien viejo, en actitud expectante. La presencia inopinada del desconocido sorprendió a Allan, pues le pareció que aquella figura había surgido como por encanto.

El desconocido era un hombre de estatura baja, de unos cincuenta años de edad, y vestía muy modestamente. Sus ropas, de color gris, hacían juego con la curtida tez, y el aspecto general era el de un hombre simpático y acogedor. Allan se acercó al desconocido, contemplando atentamente sus ojos pardos, brillantes y vivarachos como los de un muchacho. Observó, asimismo, que el cabello y la barba de aquel sujeto se hallaban mucho más cuidados de lo que es corriente entre los habitantes de Los Llanos.

—No acoge usted muy bien a los visitantes, ¿verdad? —exclamó el desconocido, alargando su mano a Allan, a quien observaba con serenidad, sonriendo—. Apostaría algo a que es usted de los que disparan primero y preguntan luego, ¿eh? ¡Bah! ¡Quién sabe! ¡Quizá sea ése el sistema más seguro!

Por la imaginación de Allan desfiló raudamente el recuerdo de aquella noche tormentosa en que observó que un desconocido le acechaba a unos pasos de su morada. Pero el acento sereno y tranquilo con que le hablaba aquel hombre y las penetrantes miradas que le dirigía le hicieron desistir de contestarle en tono de burla o de desdén.

—¿Había venido usted a visitarme? —preguntó Allan, cortésmente.

—¡Naturalmente que vine a visitarle! —contestó el viejo con alguna aspereza al observar la actitud recelosa de su interlocutor—. Por estos andurriales no abundan los hombres capaces de hacer el trabajo, y por eso no puedo dejar de pasar por alto aquel que parece más inteligente que los demás... Pues por poco me pegan un tiro en pago de mi interés... Bueno, ¿qué le parece? ¿Qué tiene usted que decir en su descargo? ¿Por qué me dio aquel susto? ¡Ande, hombre, hable!

Allan estuvo a punto de molestarse por el desenfado del desconocido, pero la mirada cordial de éste detuvo sus ímpetus.

—Pues la verdad exclamó Allan, sonriéndose le tomé a usted por alguien a quien yo tenía el derecho de hacer huir. Antes que nada, supuse que la sombra que se movía alrededor de mi casa era la de un hombre, pero cuando desapareció tan misteriosamente llegué a creer que lo que había visto era un duende con toda la barba. Desde entonces, siempre que he dialogado con mi perro a propósito de aquel sucedido, le he llamado a usted *El Duende*... ¿Quiere usted ahora acompañarme hasta casa?

—No hay que ponerse serio por eso —respondió *El Duende* advirtiéndole la

convicción y la vehemencia con que acababa de expresarse Allan—. Nunca me ha gustado la gente seria, excepto para una determinada clase de trabajo. Y bien sabe Dios que para eso es para lo que la necesito... ¿De modo que me llamó usted *El Duende*? Pues no está mal el nombrecito, no está mal. Es cierto: soy un duende, el duende de muchas cosas. Desde luego, ese nombre es tan apropiado como otro cualquiera. Siga llamándose así, si le parece. Venga a verme mañana —prosiguió, prescindiendo en absoluto del ofrecimiento de Allan—. Venga con la niña, si quiere. Es una preciosidad de criatura. Quizás esté un poco delgada, pero es muy bonita. ¿Es hija de usted? Si quiere visitarme no tiene más que seguir este camino hasta el arroyo, y después de seguir su curso unas dos millas, encontrará mi casa. Allí estaré todo el día. No se olvide de ir. *El Duende* dio a Allan una cariñosa palmada en el hombro, y se alejó de aquel lugar tan rápida y silenciosamente como había llegado.

Allan se quedó absorto, creyendo que todo lo que le había ocurrido era una pesadilla y que sus ojos y sus oídos le habían engañado. Pero pronto se repuso y continuó su camino.

Al llegar a su casa, Allan se sentó un rato en el portal oyendo el canto de aquellos pájaros nocturnos mientras su imaginación evocaba la adorable figura de Hilga Novak. Allan se preguntaba, perplejo, por qué Hilga Novak llevaba residiendo tanto tiempo en aquellos agrestes parajes sin mostrarse disgustada de estar alejada de la ciudad. Y llegó a la conclusión de que Hilga, al saber que los suyos pertenecían al mundo del hampa, había huido aterrorizada de su lado. Él tenía la seguridad de que la joven procedía así, pues la amaba y creía en ella. Por ello no quería aumentar su infortunio revelándole, hasta que llegara el momento oportuno, sus relaciones con Tricker y con el mundo del hampa de Detroit.

Ya cerrada la noche, Allan se retiró a dormir Sin dejar de pensar en su adorada Hilga y en aquel simpático Duende de cabellos grises y vivarachos ojos a quien acababa de conocer.

Al día siguiente, por la tarde, Allan cerró su casa y se encaminó a la casa de *El Duende*. Aquel hombre excéntrico y singular le había atraído grandemente y tenía verdadera curiosidad por saber cosas de su persona y de su «trabajo». Después de haber andado más de lo que había supuesto llegó Allan a una cabaña construida de troncos, de aspecto muy pintoresco por sus alrededores agrestes.

Detrás de la casa, y a poca distancia, se hallaban, muy bien disimuladas por la maleza, tres grandes cubas de madera y una gran caldera de cobre con un serpentín que terminaba en una vieja tinaja. Entre ésta y la caldera había otra cuba más pequeña. Debajo de la caldera ardía un fuego que había ennegrecido con su humo el barril casi hasta el borde.

Allan quedó sorprendido al advertir la existencia de dichos utensilios. ¡*El Duende* era un contrabandista de licores! ¿Se hallaba predestinado a vivir siempre al margen de la ley? Allan sintió de repente una sincera antipatía por aquel hombre, pues consideraba poco noble dedicarse a una ocupación tan poco en armonía con la belleza

de la tierra de Michigan. Entonces recordó lo que le había dicho *El Duende* respecto a la poca abundancia de hombres para realizar aquel «trabajo». ¡Indudablemente *El Duende* no debía pretender que Allan trabajara con él! ¡No era lo mismo el ofrecimiento del jefe de un poderoso sindicato de contrabandistas de Detroit que el de un vulgar matutero pueblerino! ¡Cómo se habría divertido Mads Jenssen al saberlo!

*El Duende*, que se hallaba en la puerta esperando a Allan, se adelantó y le saludó con afabilidad.

—Ahí tiene usted un amigo mío —exclamó, señalando a *Boots*, que se hallaba tendido cerca de la puerta—. Ha estado visitándome todos los días a esta misma hora, desde hace algún tiempo. No sé de quién es ni de dónde viene, ni me importa saberlo. Pero su compañía me es muy grata.

—*Boots* está ahora con nosotros respondió Allan Es de un amigo mío que vive cerca de Roscommon: de John Renny. Me prestó el cachorro por una temporada, pues temía que me encontrara al principio muy solo en Detroit. Me parece que no lo soltaré, si puedo.

—Buenos amigos los perros... y también los Renny. Ya sabía yo que no me equivocaba al invitarle a usted a venir aquí. Si es usted amigo de Renny, es usted buena persona... ¿Está usted pensando en eso que tengo aquí?

Allan asintió con un movimiento de cabeza.

—No soy aficionado a hablar de mí, pero si está usted obligado a trabajar conmigo estoy obligado a decirle cómo he llegado a establecerme en estas tierras... Yo vivía en Kentucky. Allí tenía un gran alambique, pero tuve un disgusto con uno de mis vecinos. Y cuando estaba dispuesto a pegarle un tiro me enteré de que mi hija estaba enamorada de él. Y, como en casos así todo es inútil, decidí largarme. Desde entonces estoy viviendo en el Norte. Me parece que fue una buena, solución, y estoy satisfecho de estar aquí. Estuve trabajando primeramente en algunos aserraderos y luego, fui labrador, hasta que me convencí de lo terriblemente duro que es el mundo cuando no quiere dejarse arrancar un pedazo de pan de sus entrañas. Ahora, a hacer contrabando... ¿Siente usted escrúpulos?

—No; no gran cosa respondió Allan, opinando que a pesar de su antipatía por los contrabandistas de alcohol no estaba francamente en situación de censurar el oficio a nadie El hábito no hace al monje. Con tal que uno sea honrado y no haga daño a nadie, basta.

—¡Ajajá! —exclamó *El Duende*—. Ésa es una acertada opinión. En realidad, me siento orgulloso de mi trabajo. Ya sé que infrinjo las leyes, pero en cambio hago buen licor y no el veneno que tanta gente está vendiendo.

—Yo creí que todo el licor de contrabando era aproximadamente igual dijo Allan, con aire distraído.

—¡Pero, hombre —arguyó *El Duende*— ha hecho usted bien en venir a verme! Si desconoce lo que es el *whisky*, no tardará en irse al otro barrio... Bueno: voy a explicarle cómo elaboro el licor. Primero coloco la mezcla de maíz, azúcar y levadura

en una cuba de madera. Desde el momento en que la masa toma un color lechoso y empieza a fermentar, no cesa mi vigilancia. Y cuando la fermentación empieza a disminuir, está listo para la destilación. La mayoría de mis competidores no conocen el punto exacto de fermentación y de ahí que el producto sea de calidad ínfima. Ha de tener usted en cuenta que el licor destilado cae en un recipiente de barro. Éste es otro punto muy esencial, del que pueden derivarse los mayores peligros. Si el caldo entra en contacto con algo que no es madera, cristal, cobre o barro cocido puede originar el envenenamiento del bebedor. Y lo peor es que muchos de los contrabandistas de ahora no son nada escrupulosos en lo referente a dicho punto... Mi licor da siempre, en el análisis, la proporción exacta de alcohol que se considera como perfecta. Todo cuidado que se ponga en ello es necesario, pues un litro que tuviera mayor cantidad mixtificaría todo el contenido. Los bebedores que se quedan ciegos o mueren envenenados por haber consumido licor de contrabando (cosa que leemos constantemente en los periódicos) es por haber bebido un caldo destilado en tuberías galvanizadas o en alambiques contruidos con estaño u otro metal que no es cobre. Otras veces la responsabilidad de estos accidentes puede atribuirse a la utilización de materiales usados, pero por lo general estriba en el proceso de destilación. Basta con agitar la mezcla con una cuchara de estaño para que uno se envenene. Asimismo hay que cuidar constantemente el alambre de cobre y el serpentín para que no se ensucien o se oxiden. Aparte de dichas precauciones, yo siempre paso el licor por un papel de filtrar y después por carbón de leña, para eliminar las sustancias deletéreas.

»Como va usted viendo, joven, el trabajo no consiste únicamente en poner a fermentar el maíz o el trigo con azúcar o levadura. Para hacer un buen licor hay que trabajar mucho y tener exquisitos cuidados, y gracias a eso puedo lucrarme algo... Sin embargo, ése no es el motivo principal de mi estancia aquí. Sólo se trata de una ocupación secundaria para obtener el dinero destinado a la empresa que más deseo llevar a cabo. Hay que tener dinero para todo, como usted sabe, y pronto dispondré de fondos necesarios para acometer la verdadera obra que está pidiendo a gritos que alguien la lleve a cabo; alguien que no haya sido un comerciante sin escrúpulos y sin conciencia; alguien que no haya matado a nadie, *El Duende*, abstraído, no advirtió el estremecimiento que sus últimas palabras habían producido en Allan.

—¿Y de qué trabajo se trata? —preguntó éste.

—¿No lo ve usted? —respondió *El Duende* volviéndose hacia su interlocutor con ademán violento—. No tiene más que mirar a su alrededor para observar qué es lo que hace falta. ¿O es usted igual que todos los demás? Yo creí que sería usted el hombre... ¡Dios mío, joven! ¿No siente usted la necesidad? ¿No oye usted los lamentos de estos bosques de árboles incipientes pidiendo una política austera de conservación? Estas taladas tierras —prosiguió *El Duende* adoptando ademanes de tribuno— florecerían como el jardín más cuidado. Los bosques surgirían de donde hoy no se advierten más que quemaduras, y la vida salvaje aumentaría el céntuplo. Si no los mataran despiadadamente todos los años, a pesar de algunas leyes que de vez

en cuando se hacen cumplir, los venados llegarían a ser tan dóciles y tan mansos como su perro... Los miles y miles de millas cuadradas de esta región norteña recompensarían al Estado con una suma cincuenta veces mayor de la que ahora invierte en nosotros. Los turistas afluyen ya a millares, y bien sabe Dios que no tenemos mucho que mostrarles... Otra vez se alzarían los bosques enormes y la explotación realizada a conciencia nos dejaría cosecha eterna.

Allan, al escuchar a *El Duende*, sintió la sensación de hallarse al borde de un hondo precipicio, y le pareció que un fuerte vendaval le despojaba en absoluto de sus dudas y temores, librándole completamente de los errores y locuras del pasado. ¡Acaso era aquélla la verdadera ocasión que había estado anhelando!

Allan no podía presumir que aquel excéntrico personaje poseyera en tan alto grado el don de la palabra, y escuchaba con ansia, emocionado, aquella oración tan elocuente.

—Créame —prosiguió *El Duende*—, estas tierras taladas se convertirían fácilmente en un verdadero vergel, orgullo de nuestro país. Mi pobre palabra tratará de describir a usted lo que sería esta tierra de promisión... Las rosas silvestres, en junio, y poco más tarde las margaritas amarillas de corolas negras, convertirían Los Llanos en una inmensa paleta de donde extraer los más sugestivos colores. Luego, en su estación, los ranúnculos alzarían sus sonrientes rostros amarillos, y las flores de las cerezas silvestres nos saludarían con su jocunda fragancia. ¿No conoce usted las lágrimas de Job, esa flor de rojos pétalos que dura apenas unas horas y que sólo se encuentran en los parajes húmedos y umbrosos y en el corazón de los bosques incipientes? Son flores que se convierten en grandes gotas de una sustancia extraña, y hacen el efecto de que la Naturaleza llora su amargura al comprobar la incompreensión de los hombres. Los lirios del bosque continuó *El Duende*, con acento apasionado —proclamarían con sus atezadas cabezas su felicidad infinita, y la balsamina silvestre repetiría su matizado canto a través de los arroyos y de las lagunas. Los cardos, rodeados por doquier de campanillas, mezclarían sus suaves tonos rosados y violáceos con el delicado tinte de las jaboneras, y las linarias realzarían con su color gualdo la blancura de las margaritas. La vellorita, en fin, ondularía sus delicadas flores en las suaves brisas de junio, derramando su fragancia ufanamente... ¡Ah! ¿Y las flores de rojo oscuro, matizado de violeta, que crecen en las umbrías y musgosas marismas? Sus hojas, extendidas en forma de jarro, son un verdadero cepo para los incautos insectos que se acercan. Algunos le llaman «la planta jarrón», pero yo la he bautizado con el nombre de «la copa del cazador». Es una glotona de la caza, en su pequeña esfera, y tan traidora y tan poseída del insaciable deseo de destruir vidas inútilmente como cualquier mortal.

»¡Qué admirable espectáculo, amenizado por el canto sugestivo de los pájaros de toda especie...! Créame, amigo: aquí hay un verdadero porvenir. Por si fuera poco, en los pantanos profundos las condiciones son ideales para establecer un albergue de caza, muy fácil de estimular. La Naturaleza, siempre pródiga, suministra el sustento a

las aves, aun en las épocas más difíciles. ¿Cómo no pedir apoyo para que estas inmensas tierras se conviertan otra vez en riqueza forestal? Todo este territorio podría transformarse, además, en un vasto campo de caza, verdaderamente organizada. La caza mayor y la menor serían abundantes y los ríos y los lagos nos brindarían de nuevo el fruto inagotable de su pesca. Con sólo que los hombres cooperaran a borrar los obstáculos que ellos mismos han levantado, esto se convertiría en la verdadera tierra de promisión, y de todos los rincones del mundo vendrían turistas para admirar la magnífica creación de la Naturaleza.

*El Duende* y Allan estuvieron hablando casi hasta el anochecer. *El Duende* procuró convencer a su interlocutor de que aquella ocasión era la mejor que se le podía brindar, por lo cual debería aprender inmediatamente todo lo relativo a aquella región y enterarse de todas sus necesidades. Entendía *El Duende* que debían derogarse todas las leyes perjudiciales a la pesca y a la caza, y recomendó a Allan que estudiara todos los programas de repoblación forestal proyectados anteriormente, para proceder en consecuencia.

—Mi verdadera nombre —dijo *El Duende* al final de la conversación— es William Brent. Yo tenía proyectada una gran campaña para convencer a todo el mundo de que no soy un soñador ocioso, un viejo inútil, pero me hago cargo de que por mi edad, por mi falta de adaptación y por mi carencia de dotes para dirigirme a las grandes multitudes es preciso contar con otra persona más apta que yo en esas lides. Por eso deseo que otro hombre que esté inspirado por igual ardor y que sepa dirigir la palabra a las masas, proclame ante toda la región la única verdad.

Cuando el sol se hundía ya tras los árboles, Allan abandonó la compañía de Brent. Y al estrechar la sarmentosa mano de su nuevo amigo declaró solemnemente que aceptaba el acometer la obra cuya ejecución se le encomendaba.

Mientras Allan avanzaba rápidamente en dirección a Damon, William Brent permanecía inmóvil, mirando al cielo en actitud de orar. Confiaba en Allan y esperaba que, gracias a él, sus sueños se convertirían en realidad.

## Capítulo XIII

---

### Mads Jenssen, en Damon

---

LOS días se sucedían plácidamente en Damon, acariciados por la sonrisa de aquel cielo azul y arrullados por el armonioso canto de los pájaros.

Allan pasaba la mayor parte del día fuera de su casa, aprovechando todo lo posible la luz natural. Se dedicaba con afán a recorrer los lugares que *El Duende* le había indicado, con objeto de buscar todo lo necesario a la proyectada labor. Por la noche, antes de retirarse a descansar dedicaba un buen rato a leer los folletos y las informaciones del Gobierno, que El Duendé le proporcionaba. Poco a poco, Afilan iba adquiriendo los datos que le eran necesarios, reteniéndolos fácilmente en su memoria. El entusiasmo de Allan no decrecía, y cuando las flores del otoño volvieron a iluminar Los Llanos se consideró capacitado para lanzarse a la empresa que iba a encomendarle William Brent.

La niña distribuía sus jornadas entre la casa de Damon y la granja de los Novak, pero Hilga, a medida que el verano avanzaba, la retenía cada vez más. La pequeña era feliz, pero de vez en cuando mostraba su extrañeza por la ausencia del infortunado Torcido. Una vez quiso saber concretamente cuándo vería a su padre adoptivo, y como Allan le dijera que aquella misma noche recibirían visita, exclamó:

—¡Eso es que viene *El Torcido*! ¡Qué alegría!

Allan se quedó suspenso, sin saber qué decir. Le faltaba el valor de confesar a la niña la espantosa verdad. Y hasta llegó a creer que *El Torcido* se había salvado y que se presentaría de improviso.

—No, *Pedrito* —contestó al fin Allan—, hoy no espero a *El Torcido*. No sé con certeza cuándo vendrá —agregó mientras alzaba a la niña entre sus brazos procurando consolarla—, pero, ¿no me tienes a mí mientras tanto?

La niña sonrió ligeramente, y abrazó con efusión a Arfan. Desde entonces, no volvió a hablarse de la ausencia del infortunado pistolero.

El cariño de la niña por Hilga aumentaba de día en día y llegó a convertirse en verdadera adoración. Por su parte, Hilga había llegado a querer a la niña de tal modo, que la consideraba como una hermana. *Pedrito*, estimulada por Hilga, procuraba instruirse, y cada mañana concurría a las clases de la escuela.

Las tardes transcurrían alegres para aquellos seres, entre los jardines y los caminos de los alrededores. Algunos días, Hilga y la pequeña se dirigían a los quemados, para coger gayubas, y volvían al atardecer con sus cestos rebosantes del sabroso fruto. Continuamente caminaban a la ventura por el campo para contemplar su belleza y aspirar los aires puros, tan necesarios para la niña. Hilga sabía que hoy en día no son frecuentes los milagros, pero el aspecto de aquélla, cada vez más llena de vida y de alegría, le inclinaban a esperar el milagro de que *Pedrito* recobrar por entero su salud.

En las postreras semanas del verano, los jaramagos, las siemprevivas y las margaritas seguían poniendo en los campos su nota sugestiva. Mientras, las campánulas y los cardos se alzaban todavía sobre la tierra a pesar de lo avanzado de la estación. En unión de las rojas espigas, aquellas plantas contribuían a realzar la exuberante belleza de Los Llanos.

Aquella niña, cuya vida desconfiaba salvar Allan y su amigo, podía disfrutar del magnífico espectáculo que le brindaba la Naturaleza, y cada día se encontraba más fuerte. Los aires puros de las taladas tierras iban tonificando sus pulmones y purificaban su sangre, que corría ya vigorosa por sus venas. Se estaba realizando el deseado milagro.

Una noche de las primeras de octubre se sentó Allan al lado de la chimenea, donde ardían, crepitantes, los leños amontonados. La lámpara, colocada sobre la mesa, irradiaba a todos los rincones una tenue luz, mientras Allan se dedicaba a la lectura repasando sus conocimientos y planes para el porvenir.

Recordaba con intranquilidad el sueño de la noche anterior. Aquella pesadilla llegó a inquietarle, turbando la serena paz de su vida. Vagamente, como en todos los sueños, Allan tuvo visiones de un peligro que amenazaba a Hilga y a él, alejando a la niña de los dos, como empujada por una fuerza misteriosa. La pesadilla le había desvelado varias veces, pero nunca pudo concretar cuál era el peligro que le señalaba su sueño. Cuando los rayos del sol entraban a raudales por la habitación se despertó sobresaltado, pero ningún peligro aparente se cernía sobre él. La única sorpresa la encontró en el panorama de los campos. Durante su sueño había caído la primera helada del otoño, y las mágicas pinceladas de la escarcha habían engalanado Los Llanos. Contrastando con el oscuro fondo de los pinos, sombríos aún en la luz mañanera, vio Allan el carmesí de las hojas de los arces, el oro de los abedules y los álamos y el matiz tenuemente bermejo de los severos robles. Todas las facetas del rojo y del carmesí se reflejaron en su retina, con destellos áureos que variaban desde el amarillo pálido hasta el anaranjado más oscuro. En las taladas tierras de Michigan el otoño nos brinda un panorama divino.

Aquel día Hilga volvió a casa de Allan después de haber estado en la escuela, y logró convencerle de que era preciso que la niña se trasladase a casa de sus abuelos para pasar el invierno. Opinaba la joven que no era conveniente exponer a la pequeña a los rigores del invierno derivados de aquella vida primitiva que llevaba en Damon.

Allan, por su parte, accedió muy gustoso, en primer lugar porque *Pedrito* estaba deseando irse con Hilga, y luego porque su trabajo con *El Duende* le hubiera tenido alejado de ella durante muchos días. Aquella noche, pues, sería la última que iba a pasar la niña en Damon hasta la llegada de la primavera.

De repente, Allan oyó unas fuertes pisadas en el soportal. Segundos después, una voz imperativa demandaba permiso para entrar en la mansión.

Antes de que Allan tuviera tiempo de levantarse para averiguar quién era el que se disponía a entrar en su casa, se abrió la puerta de par en par y penetró en la habitación su amigo Mads Jenssen.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Allan, estrechando la mano de Jenssen—. ¡Quién iba a decir que se dejara usted caer por estas tierras!

Allan, solícitamente, ayudó a su amigo a quitarse el abrigo y acercó una silla al calor del fuego, invitándole a sentarse.

—Pues nada, aquí estoy —empezó diciendo Jenssen—. Yo no me olvido de los buenos amigos y deseaba estrechar su mano y charlar con usted un buen rato. Antes de nada le diré que opino que esto tendrá todos los encantos que usted quiera, pero también creo que ha venido usted a refugiarse en el lugar peor del mundo. Créame, Allan.

—Pero ¿es posible que todo un artista opine de ese modo? —preguntó Allan irónicamente al advertir el tono zumbón y cordial de su amigo.

—Desde luego, soy un admirador de la belleza y del encanto de la campiña. Además —añadió echando una ojeada a su alrededor— el trabajo de usted arreglando esta casa en ruinas, ha sido meritorio. Hay que reconocer que siempre tuvo usted gran maña para todas estas cosas... Pero, por el amor de Dios, Allan, emplee usted la cabeza y piense un momento lo que ocurrirá cuando los pistoleros de Monaker logren dar con usted. No se engañe a sí mismo creyendo que les será imposible encontrarle. Desde luego, reconozco que es difícil llegar hasta aquí, pues yo mismo he pasado las de Caín para convencer a Larry Henderson y a ese jefe de estación tan original de que tengo derecho a saber por dónde anda ese gran amigo que es usted. Créame: no puede negarse que esa buena gente son amigos adictos suyos.

Allan, al escuchar a su amigo presumió que Mads trataba de aconsejarle que abandonara Damon y buscara un nuevo refugio, pero dudó un momento y no se atrevió a decirle que estaba imposibilitado de hacerlo. Allan quería decir a Jenssen que allí le retenía la ilusión por el cariño de una mujer, el dulce encanto de un hogar feliz, pero la confesión no salía de sus labios.

Mientras Allan seguía titubeando, Jenssen se levantó, dirigiéndose hasta la entrada de la habitación donde dormía *Pedrito*. Mads se detuvo ante la puerta y se puso a contemplar a la niña. En el rostro de ésta se dibujaba en aquel momento una sonrisa, pero durante unos segundos sus labios se contrajeron en un rictus de dolor, como si el dios de los sueños hubiera arrebatado a la pequeña un juguete de las manos. El artista se volvió reflexivamente; regresó al lado del fuego y exclamó en

voz baja:

—¿Qué le sucederá a esa nena cuando le pesquen a usted?

Allan escuchó la pregunta sorprendido, como si no admitiera la posibilidad de que se la formularan. Una vez más la disciplina del ejército le prestaba ánimos, y al recordar que un soldado no debe acobardarse nunca ante el enemigo, recobró su serenidad.

—Es imposible, Mads —respondió al fin, después de titubear unos segundos—. Yo no puedo alejarme de aquí. Ahora que soy feliz, cuando voy a realizar las más caras ilusiones, sería una traición a mí mismo... Estoy enamorado, Mads, como nunca lo había estado. «Ella» es la mujer: más buena y más encantadora que he conocido... y me quiere. ¡Estoy seguro, sí! ¡Me quiere!

Su cariño por la niña es el de una madre, y precisamente mañana se va a llevar a *Pedrito* para que pase el invierno con ella en su casa. Hay, además, otro compromiso que me impide el desertar de este puesto. Es un proyecto en el que cifro mis mayores esperanzas y sería una pena abandonarlo... Créame que no tengo miedo a los pistoleros, Mads. Pero sí hay algo que me preocupa mucho y que creo puede tener graves consecuencias.

Allan, después de hacer una descripción minuciosa de todo lo ocurrido en Detroit, terminó diciendo a su amigo:

—Tenía usted razón una vez más. Seguí adelante hasta manchar mis manos con la sangre de un semejante. Una vez me dijo usted: «Al final, ni *El Torcido* será el peor», y se aproximó usted a la verdad. Digo esto porque mi crimen pesa de un modo tan abrumador sobre mi conciencia, que a veces creo que en vez de una persona he matado a una docena. Sin embargo —agregó Allan, a quien escuchaba Jensen atentamente—, estábamos muy equivocados en una cosa al opinar sobre *El Torcido*. Creíamos que su cariño por la niña era una pasión mezquina y egoísta, que sólo la quería a su lado, viva o muerta. Sin embargo, cuando llegó el momento, *El Torcido* inmoló su vida con un estoicismo y una convicción de verdadero héroe. Mató al Sueco y atacó al Grandote en defensa mía, aparentemente, pero en realidad lo que él defendía, consciente del todo, era a la nena. Estaba herido de muerte y siguió luchando con bizarría sin pensar en su vida, hasta que yo maté al siciliano...

—¿Qué dice usted? —exclamó el artista interrumpiendo el relato—. ¿Qué mató usted a ese asesino y forajido de *El Grandote*? Pues no hizo usted más que darle lo que se merecía muy ricamente. La lástima es que no le hubiesen matado antes. Así, pues, usted huyó para burlar el castigo de la ley, sin pensar que ni a *El Torcido* ni a usted les hubiera costado gran trabajo conseguir una sentencia absolutoria. Francamente, estoy sorprendido. Yo creí que había usted huido de la venganza de la gente de Monaker, y ahora me entero de que ha estado usted ocultándose todo este tiempo y dándose de cabezadas contra una piedra en un frenético esfuerzo de eludir una pena que jamás estuvo en el trance de sufrir. ¡No lo dude, Campbell, esto es la mar de divertido! ¡Un verdadero paso de comedia!

—Pues no veo en ello nada que sea motivo de diversión —exclamó Allan—. La verdad es que no tengo que hacer esfuerzo alguno para contener mi alegría.

—Allan: no tiene usted que temer a la ley —agregó Mads, abandonando el tono burlón—. La bala que truncó la vida de aquel asesino salió de la pistola de *El Torcido*. ¡No es posible la duda sobre este extremo! Sé que es usted un excelente tirador al blanco, pero con seguridad, no es usted tan bueno en plena excitación y disparando en un oscuro pasadizo. Si intentó usted matar al siciliano, falló el tiro. En todo el cadáver no se apreció más que un orificio de bala, y el proyectil que el forense extrajo del cuerpo era, sin ningún género de duda, de la pistola de *El Torcido*. Esa bala, que fue comparada con otras veinte, iguales, obtenidas del mismo modo, descifró el misterio de otros tantos crímenes que la policía no había podido descubrir. ¡Ojalá pudiera usted decir que las razones que tiene para temer a Scarfell son las mismas que le hacen temer a la policía!

Allan, que había escuchado a Jenssen con creciente interés, oyó sus últimas palabras sin atreverse a creer la afirmación de su amigo. Era como si un negro nubarrón se hubiera desgarrado súbitamente, mostrando los maravillosos reflejos del sol. Y es que creía imposible aquello, pero no dudaba de la sinceridad de Jenssen, y su pecho se abría a la esperanza.

Cuando oyó la última palabra, Allan suspiró con fuerza y se recostó de nuevo en su silla. El condenado a muerte más miserable, que hubiera sido indultado en el último segundo, no habría bajado del patíbulo con más alegría de la que rebosaba en aquellos momentos el alma de Allan.

Ahora podía aspirar ya al cariño de Hilga. Una vez más veía en el jardín que rodeaba la casa de campo su maravillosa figura, como una joya magnífica en un perfecto engarce. ¡Era una criatura de una feminidad tan seductora! A Allan no se le escapaba ningún detalle y admiraba lo mismo las largas pestañas que sombreaban sus claros ojos, que aquellas mejillas tenuemente rosadas y aquellos pies encantadoramente minúsculos. Sin duda alguna, era la mujer más divina de este mundo y él estaba seguro de que no le era indiferente y que hasta le quería un poco. ¿Qué razón se oponía a que le declarase por fin el inmenso amor que por ella sentía?

—¡Ojalá —exclamó Mads, despertando a Allan de su bello sueño— pudiera decir que tiene usted las mismas razones para temer a la gente de Monaker que las que tiene para temer a la justicia...! Arkos, el único hombre del hampa que sabía que *El Torcido* había hecho traición, desapareció de los lugares que frecuentaba, y me figuro que no se le verá en algún tiempo. Le diré, además, que toda esa gente cree que usted y los que mangonean en la banda de Monaker llegaron a un acuerdo el invierno último, cuando se hablaba tanto del atentado que no llegó a consumarse. Ninguno de los clientes del «Oasis» cree que *El Torcido* matase al Sueco y al Grandote y considera que todo aquello fue una fábula inspirada por la policía a la Prensa para justificar una serie de atentados que no había sabido descubrir.

»Le diré también que entre toda esa gente de Detroit se tiene la firme convicción

de que usted ha sido también un traidor. Todo esto, unido al odio que le guarda Scarfell, no presenta ningún buen cariz para usted. Estoy enterado de que, con el mayor sigilo, se están haciendo averiguaciones para dar con usted, y me temo que no tarden mucho tiempo en descubrir el escondrijo. Tengo el temor de que Monaker se venga en la niña, aunque no creo que Scarfell llegue a hacer eso, puesto que sus motivos, más que vengarse de su supuesta traición, son los de eliminar una posible amenaza.

Antes de salir de Detroit, Mads hizo uso de los poderes que le había conferido Allan, y retiró del Banco todo el saldo que éste tenía en su cuenta corriente.

—Aquí traigo todo su dinero —agregó Mads—. Es preciso que salga usted de aquí inmediatamente. Un muerto no puede defender a la niña y no es fácil que despierte interés alguno en el corazón de una muchacha bonita, aunque ésta corresponda de momento a su cariño. Me brindo a llevar a la niña y a usted en mi coche. Partiremos inmediatamente en dirección al Canadá, y allí pueden ustedes tomar pasaje para Europa, en donde estarán bastante seguros. Los pistoleros americanos saben que allí ahorcan o guillotinan a los criminales, y no quieren que los europeos tengan el placer de deshacerse así de un americano. Mientras siga usted aquí, en los Estados Unidos, su vida no tiene valor alguno. Créame: ni Scarfell ni Tricker descansarán hasta verle muerto. En Detroit se está formando otra asociación para dedicarse al tráfico de estupefacientes y alcohol, indistintamente, y Scarfell no quiere dejarse escapar la dirección del negocio. Por eso es más cauto ahora para todas las cosas y cree posible que usted pueda anularle. ¡Medite, Allan! ¡Piense en ello, aunque sea un instante! Tiene usted que irse de aquí. No vea en ello el menor atisbo de cobardía. El huir es ahora únicamente una cuestión de sentido común. Campbell, está usted loco de atar —exclamó Mads al comprobar por el semblante de Allan que éste no parecía muy dispuesto, a atender sus consejos—. Se ha empeñado en que le maten, y nadie le saca a usted de sus casillas. Yo nada tengo ya que hacer aquí, y me vuelvo a Detroit. —Jenssen se incorporó lentamente, se colocó el pesado gabán, y mientras se dirigía a la puerta, agregó—: Allan, una vez más: ¿no hay nada que pueda hacerle variar de ideas?

—Oiga, Mads —respondió al fin Allan mientras se alzaba lentamente de la silla, mirando con fijeza a su amigo—. Hace mucho tiempo me dijo usted en Detroit que estaba convencido de que un día u otro me reintegraría yo a la sociedad y llegaría a ser un hombre útil y honrado. Es preciso, pues, que justifique la confianza que tenía usted puesta en mí... Ahora estoy a punto de empezar de nuevo mi vida. He encontrado mi agujero, como usted encontró el suyo. Y ahora debo recorrer a solas el áspero camino en que he sentado mis plantas. Y en ese camino ni usted mismo puede ayudarme, como no sea con su amistad y con su aliento. Si huyo ahora, mi vida se convertirá en una fuga constante, y quizá no muy larga, pues la gente de Scarfell me encontrará tarde o temprano adondequiera que vaya. Prefiero tropezarme con ellos luchando a que me cojan desprevenido al tiempo que huyo... Tengo, además, otra

razón para quedarme aquí. Durante años y años he afirmado que en el eterno designio de las cosas los hombres no significamos nada, y que una fuerza irresistible creaba o destruía nuestra vida. Y ahora estoy aprendiendo a saber lo equivocado que estaba, Mads. En esta maravillosa tierra, pletórica de la alegría y de las ilusiones de la juventud, he descubierto que puedo llegar a ser el dueño de mi porvenir. ¿No es verdad —añadió estrechando con efusión la mano de su amigo— que comprende usted cuáles son mis aspiraciones?

Los dos amigos salieron juntos de la casa y se dirigieron por el camino que conducía a la carretera hasta el punto en que se hallaba el automóvil de Jenssen.

—Si alguna vez me necesita —dijo Mads—, mándeme recado por mediación de Larry Henderson. No le explico cómo logré llegar hasta aquí, pues es una historia muy larga y complicada, derivada de un presentimiento, que no vale la pena de que se la cuente. Claro que fue él quien me dijo cómo podía llegar a este rincón. De todos modos es un hombre del que podemos confiar en absoluto, lo mismo que en *Ale*. Arrostra usted muchos peligros, Campbell —añadió Mads, estrechando con efusión la mano de su amigo—, pero el mayor peligro de todos, el que existía dentro de usted, ha desaparecido para siempre...

Segundos después, el automóvil de Mads se ponía en marcha.

Allan contemplaba pensativo cómo se alejaba el coche de su amigo, que no tardó en confundirse con el polvo de la carretera de Roscommon.

## Capítulo XIV

---

### El amor de Allan

---

ALLAN estuvo vagando sin rumbo por el bosque que rodeaba a Damon, hasta que la luz del amanecer borró las sombras postreras de la noche. Pensó en volver a su casa, donde el fiel *Boots* protegía el sueño de *Pedrito*, pero convenciéndose de que ningún peligro acechaba a la niña. Quien tenía que temer era él, y se rendía a la evidencia. Le constaba que Mads le había dicho la verdad, y que no exageraba al augurarle una muerte próxima.

Cuando llegara el momento del atentado, ni *Boots* ni él podrían defender a la niña. Los secuaces de Scarfell o Monaker no combatirían como hombres. Todo se reduciría a un disparo hecho por un criminal emboscado en la maleza o protegido por las sombras de la noche, que daría fin a su existencia.

Allan intentó convencerse a sí mismo de que su propósito de quedarse en Damon obedecía al deseo de reconstruir su vida, convirtiéndose en un hombre útil a la sociedad, digno de sus semejantes. Pero al pensar en la niña su conciencia le acusaba. ¿Por qué sacrificar a su egoísmo aquella vida inocente? Los pistoleros, tarde o temprano, llegarían a Damon para eliminarle. No era posible pensar otra cosa. El mundo del hampa no perdona al que ha sentenciado a muerte. El temor a las consecuencias y la falta de oportunidad para llevar a cabo el atentado, pueden retardar su ejecución, y son las únicas excusas que se aducen en el hampa, pero a la larga el hombre a quien se condena cae acribillado por los balazos de sus antiguos amigos.

Allan pensó que si el emisario venía mandado por Scarfell, nadie se metería con la niña, pues seguramente Scarfell no llegó a saber ni que existía la pequeña. Y entonces, aunque él muriera, sabía que *Pedrito* no quedaría desamparada, pues Hilga o los Renny la recogerían para siempre. Pero, en cambio, si se trataba de Monaker, abrigaba el temor de que éste pudiera ver en la niña un objeto para su comercio, como Tricker lo vio en Hilga. Allan no sabía exactamente qué se proponía hacer Tricker con Hilga, pero conocía de sobras lo solicitadas que eran en el mundo del hampa las mujeres hermosas; su efímera y espantosa vida y su muerte triste y cruel.

Clareaba el día cuando Allan, sumido en un mar de confusiones, entraba de nuevo

en Damon. Durante la última hora de su camino había apresurado el paso, pues deseaba a todo trance llegar a su casa antes de que la niña se despertara, pero no se había apartado de su espíritu la idea concreta de su situación. Sin embargo, al entrar en Damon tenía ya formado el decidido propósito de no moverse de allí. Lucharía denodadamente, si era preciso, para defender su hogar y para forjar su porvenir.

Allan se adelantó hasta la puerta de la casa, llamó en voz baja al fiel *Boots* y juntos se dirigieron al montón de leña que se levantaba cerca de la cocina, para coger algunos maderos. *Boots*, consciente de su obligación, se acercó a un pequeño tronco sarmentoso y lo cogió entre sus dientes como la más preciada presa. El inteligente perro jugaba con el madero lanzándolo al aire y saltando rápidamente para cogerlo entre sus dientes antes de que cayera al suelo. El animal intentó varias veces la misma maniobra, pero nunca acertaba a coger en el aire el madero. Tan preocupado y nervioso parecía el perro ante su fracaso, que Allan no pudo por menos de soltar la carcajada. Pero en aquel mismo momento *Boots* lograba coger el madero. La sorpresa del perro corría parejas con la de Allan, y durante unos segundos permaneció inmóvil, con la pieza de madera entre sus fauces.

—*Boots* —dijo Allan, con aire perplejo—, he estado intentando llevar a cabo algo tan difícil para mí como lo era para ti eso que acabas de lograr. ¿Podré yo tener la misma suerte que tú has tenido?

El primer movimiento de ataque del hampa se consumó aquella mañana. La primera escaramuza se reducía al amable saludo del afable caballero de Grosse Pointe, pero el incidente era tan significativo como lo es el primer contacto entre las avanzadas de dos ejércitos enemigos que buscan un campo de batalla que convenga al alto mando. El señor de Grosse Pointe no era otro que el temible Tricker. Apareció en el camino, a unos pasos de Hilga, la contempló unos momentos, sorprendido, y seguidamente se quitó el sombrero y la saludó de un modo ceremonioso.

Hilga, al cerciorarse de que aquél era el canalla que había intentado destruir su vida, se quedó paralizada por el terror, sin poder pronunciar palabra. Inmediatamente pensó en Allan, que tenía que llegar de un momento a otro con la niña, y cobró ánimos. Si Allan llegaba no tenía nada que temer de aquel hombre, que era la síntesis de la vileza, de la bastardía y de la ignominia.

—Es inútil esperar ayuda —advirtió Tricker, como si leyera los pensamientos de la joven—, pues tardará todavía un buen rato... Pero no necesitas auxilio de ninguna clase, Hilga. Soy más amigo tuyo que nunca. Además, el hacerte daño sería producírmelo a mí mismo.

Tricker se había hecho tan egoísta y duro, tan insensible a todo cuanto hay de bello en el mundo, que no sabía fingir cariño ni bondad. Y en aquellas bocas palabras reflejaba ya lo malvados que eran sus propósitos.

El canalla se acercó un poco más a Hilga, sin que ésta pronunciase una palabra.

Pero si las miradas matasen, Tricker hubiera caído allí muerto instantáneamente.

—Claro que tú no sabías —añadió Tricker— que yo tenía una casita en *Au Sable* hace unos años. Nunca tuve necesidad de decírtelo y olvidé incluso que tus parientes viviesen tan cerca... Las cosas no han ido muy bien este verano por Detroit. Lynn Venetre va a formar una banda exclusivamente suya, y ello me ha tenido muy preocupado. He hecho lo posible para impedirlo sin violencia, pero ahora ya sé que no puedo evitar eso a menos que tú vuelvas allí antes de noviembre, dispuesta a llevar a cabo el plan que habíamos proyectado. Si no haces eso, no hay remedio. Créeme, lo he intentado todo. Lynn está tan locamente enamorado de ti que no atenderá a razones, y está dispuesto a eliminar a Scarfell, y a mí mismo, con tal de llegar a realizar sus ideas de independencia... Vuelve a Detroit, Hilga. Hay muchos hombres en el mundo peores que Lynn Venetre... reflexiona y verás que tienes una deuda por cuanto he hecho yo por ti. No lo olvides.

Hilga evocó los días del pasado en Grosse Pointe, como huésped de un acaudalado y culto señor. Pero al mismo tiempo recordó la repugnante hipocresía de Tricker y sus taimadas artes, y pensó en lo feliz que hubiera podido ser en el hogar de sus abuelos. Ya no tenía para nada en cuenta la vida amable y regalada al lado de Tricker y sólo veía la aversión que le inspiraba aquel hombre nefasto para su vida.

—He venido a menudo —agregó Tricker— a la casa de campo. Ha habido muchos asuntos que estudiar, y aquí podía resolverlos con más sencillez. Hace dos meses que descubrí que tú estabas aquí, lo cual ocurrió por verdadera casualidad. Te lo aseguro, Hilga. Y hasta anoche mismo no se lo dije a Scarfell. Está allí con Peggy, que me pregunta mucho por ti. Mañana volvemos a Detroit en el coche y excuso decirte que siempre hay un hueco en el auto para ti.

Hilga apenas podía dar crédito a sus ojos y a sus oídos. ¿Era posible que aquel rufián de Tricker estuviera a su lado? ¿Por qué Dios la castigaba de aquel modo? ¿Qué delito había cometido para que su pasado se alzara ante ella amenazando malograr sus dorados sueños?

—Hace un mes —añadid Tricker, que suponía que la joven estaba enamorada de Allan— me tropecé con Campbell, o, mejor dicho, le vi a cierta distancia paseando por el bosque. Vive cerca de aquí, en el sitio que mejor le ha parecido. Y lo hace descaradamente, como si no se diera cuenta de que le aguarda una cadena perpetua en cuanto la policía averigüe dónde está. En estos tiempos, mi querida Hilga, somos muy poco respetuosos con las vidas ajenas, sobre todo cuando sabemos que eso no tiene castigo. Pero Allan Campbell, cuando siente necesidad de matar, ya sea por capricho ya por compromiso, lo hace sin el menor asomo de piedad y sin preocuparle la forma o el sitio. He aquí por qué lo busca la policía y por qué concederá una buena recompensa a quien le suministre datos que permitan su captura. En cambio, a mí, nadie me busca. La razón es que yo soy más inteligente que Allan, que no es más que un pobre aficionado. Lynn Venetre también sabe lo suyo. Si cualquiera de nosotros se hubiera cargado a Pioggi no se habría dejado el revólver al lado del muerto, sobre

todo si cualquiera de nosotros hubiera estado fichado, como poseedor del arma, en el archivo de la policía.

En el semblante de Hilga se reflejó el espanto que le habían producido las palabras de Tricker, y ya no se adivinaba en su mirada el desprecio con que observaba antes a su interlocutor. ¿Había pronunciado Tricker al azar aquellas palabras o tenía sus razones para sospechar los sentimientos de ella hacia Alían Campbell? Pero fuera o no así, ya no podía caber duda en lo que su impasible mirada había expresado y en lo que su acerada palabra acababa de pronunciar. Si no consentía en volver a Grosse Pointe y entregarse a Lynn Venetre, Allan moriría a manos de aquellos bandidos.

Antes de que Hilga ordenara sus pensamientos para contestar a Tricker, éste se había descubierto de nuevo y, después de una fórmula de despedida, se alejaba en dirección al bosque.

¿Cuál debía ser su respuesta? ¿Debía ella sola desafiar a Tricker, a Scarfell y a Venetre? Indudablemente, no harían nada por llevarla a Detroit por la violencia. Eran demasiado inteligentes para pensar que de ese modo conseguirían sus propósitos. Pero ella ignoraba que tan pronto como se convencieran de que nada conseguirían, la matarían también, pues lo que acababa de saber por Tricker era un arma contra ellos. También ignoraba Hilga hasta qué abismos de crueldad, de deshonor y de crimen habían resbalado Tricker y sus asociados. Realmente Tricker no había dicho que el consentimiento de Hilga salvase a Alían, ni había amenazado con denunciarlo a la policía si ella se negaba, pero tácitamente había dado a entender ambas cosas. Y aunque Hilga sabía muy bien el escaso valor de la palabra de aquel hombre, pensó que quizá de aquel modo podía salvar la vida de su amigo. Sin duda alguna, le denunciarían en cuanto lo creyeran conveniente, pero, ¿ocurriría así si ella se rendía a sus exigencias? Seguramente, sólo Tricker estaba enterado del refugio de Allan, y ella podría ejercer algún dominio sobre aquél.

Por otra parte, no debía olvidar que Allan estaba dispuesto a defender a tiros su libertad. Bien claramente lo demostró en su primer encuentro con ella.

Evidentemente, aquel hombre a quien ya amaba era responsable de la muerte de un semejante, pues de otro modo Tricker no habría pronunciado el nombre de la víctima con aquella indiferencia que reflejaba la culpabilidad de Alían. Tricker había hablado del crimen como si supusiera que ella, lo mismo que otras personas, conocieran de sobra los antecedentes de Allan.

¿Qué debía hacer? Hilga tenía la seguridad de que él se hubiera sacrificado del mismo modo por ella. Pero Alían iba a ir aquel mismo día a su casa, y era preciso que le quedara tiempo para recapacitar a solas. Y como esto no podía hacerlo ni en su casa ni en Damon, embocó rápidamente un sendero, sin rumbo fijo. Era uno de los senderos que tanto abundaban por aquellos parajes, y no era aquélla la primera vez que sus pies lo hollaban.

Hilga siguió vagando un buen rato y no tardó mucho en obtener una clara visión

del problema que se le había planteado. Ello le infundió ánimos para llevar a cabo lo que su criterio le dictara.

En casa de Campbell se desayunó temprano aquella mañana, y mucho antes del mediodía Allan y la niña estaban preparados para marchar a la granja de los Novak. Tanto el joven como la pequeña estaban llenos de alegría y de ilusiones. En las taladas tierras de Michigan el otoño abunda en días maravillosos, y aquél era el más divino de todos. Al partir, Allan tarareaba muy contento una canción de su infancia..., como si todo le sonriera en la vida.

Uno y otra fueron más de prisa que otras veces y llegaron a la casa de los Novak mucho más pronto de lo que creían. ¡Con qué alegría divisaron aquella casita, que semejaba un nido!

Hilga los esperaba en la puerta de su casa, frente a los elevados árboles. Allan y la niña la vieron primero mirando al cielo en una actitud que expresaba su devoción casi pagana por aquel espectáculo maravilloso del otoño; después, con semblante pensativo, como si anhelara que alguien supiera aconsejarla sabiamente. Allan, a medida que se acercaba, contemplaba fijamente a Hilga, pero en cuanto ésta le vio cambió de actitud rápidamente. La niña corrió alborozada a su encuentro, y poco después ambas se abrazaban con efusión. Hilga dejó a la niña que entrara en su casa, para saludar a sus abuelos, y adelantóse hacia Allan. El semblante de la muchacha reflejaba una serenidad absoluta, pero sus ojos la traicionaban. Vibraba en ellos la llama que prendió en el alma de Allan, haciendo brotar de sus labios la dulce declaración de amor.

Éste avanzó unos pasos, trémulo de emoción:

—¡Escúchame, Hilga, te amo! —exclamó con voz apagada, mientras extendía sus brazos en ademán de abrazar a la joven.

—¡Te amo, niña preciosa de mi alma! Te quise desde la primera vez que nos vimos en Damon y...

Iba a decir más, mucho más. A sus labios aflucía un torrente de palabras, todas las que cabe pensar en un hombre joven y dichoso, seguro de verse correspondido por el cariño de su amada. Aquellas palabras vehementes, apasionadas y dominadoras iban ya a desgranarse en sus labios cuando en el semblante de la joven se reflejó repentinamente un profundo dolor. Aliar enmudeció, apartándose de Hilga. Una nube negra amenazaba oscurecer el cielo de su felicidad.

—¡Oh Allan, Allan! ¡Amigo mío! —exclamó Hilga—. ¿Por qué había de suceder esto precisamente hoy? Allan: yo no puedo quererte... He de ahogar los sentimientos de mi corazón. No me atrevo a quererte ahora... No, no me preguntes, no puedo decirte por qué. Hoy no lo conseguirás de mí. Quizás alguna vez te lo pueda decir, pero hoy no. ¡Por favor, Allan! Sé comprensivo y no desconfíes de mí.

Allan cogió las manos de la joven y las retuvo entre las suyas apasionadamente,

haciendo esfuerzos para no estrechar entre sus brazos a Hilga.

—Hilga... ¿qué te pasa? Nada me importa mientras me digas que me quieres. ¿Dudas de mí? Tu cariño me ha dado una fuerza que jamás había soñado y soy capaz de destruir todos los peligros que te acechen. ¡Dime que aceptas mi ayuda, Hilga! ¡Así me darás ocasión de demostrarte el inmenso cariño que siento por ti!

Gozoso por no tener que temer ya a la policía; feliz al saber que sus manos no estaban manchadas de sangre de un semejante, Allan había cobrado bríos y se hallaba dispuesto a arrostrar todos los peligros con tal de obtener el cariño de Hilga. Pero, impresionado por la actitud de la joven, sintió un extraño temor y su acento tornóse grave. —Escúchame, Hilga agregó—. Tengo que emprender una larga jornada. Probablemente partiré dentro de unos días y estaré ausente varias semanas. No sé aún las ciudades que tengo que visitar, pero la labor que me obliga a realizar ese viaje puede tenerme alejado de ti y de la niña una gran parte del invierno. Voy a tener que decir adiós.

Hilga escuchó aquellas palabras atemorizada. El peligro que había arrastrado a Allan hasta las taladas tierras le seguiría dondequiera que fuese, aun a los más apartados rincones del mundo. En el fondo de su alma sabía que amaba a aquel hombre, a pesar de haber matado a un semejante. Y le amaba tan intensamente, que le perdonaba aquel supuesto crimen.

—¡Oh Allan! —exclamó abatida por el dolor—. ¿Será prudente que te marches? Tengo el presentimiento de que ese regreso al mundo que abandonaste es un paso muy grave. ¿Debes darlo, verdaderamente? Yo creo que podrías hacer lo mismo escribiendo artículos en todos los periódicos de la región, o formando en Roscommon o en Grayling una organización cuyos delegados divulgaran tus iniciativas entre la gente. En todo eso veo un peligro para ti... y para mí. Por Dios, Allan, que no te ocurra nada.

Allan no se atrevió a decir que todo lo que hacía era para redimirse y que, el seguir ocultándose cuando podía ser útil, sería una cobardía que le ligaría aún con más fuerza al pasado.

—Hilga, debo ir —se limitó a decir—. Por favor, no te preocupes tanto de este pobre mortal. No ocurrirá nada. Te volveré a ver en cuanto pueda. Entre tanto, cuida de la pequeña, por favor. *Pedrito* te quiere y te necesita mucho.

—Claro que cuidaré de la niña —contestó Hilga—. Lo haré tanto por ella como por ti. Creo que me costaría separarme de ella, pues también yo la quiero y la necesito más de lo que tú te figuras. Ojalá pudieras quedarte aquí también. Pero si ahora te volvieras atrás, ya no serías el Allan Campbell que yo conozco. ¡Y eso que daría todo lo que tengo por alejar los temores que me abruman!

Allan y Hilga entraron en la casa, y poco después Campbell se despedía de la niña diciéndole que tenía que estar separado de ella varias semanas. Había estado tentado aquella mañana de quedarse todo el día en la granja, pero después de hablar con Hilga sólo sentía la necesidad de abandonar aquel lugar cuanto antes. Excusándose,

Allan dijo a Hilga y a la niña que tema que marcharse inmediatamente porque no sabía cuándo regresaría *El Duende*. Poco después se despedía del anciano matrimonio y besaba a la niña conmovido. Hilga le acompañó un buen rato en su caminata. El radiante sol de la mañana ponía un nimbo de oro en la cabeza de la joven y envolvía su grácil silueta en una divina aureola. Allan marchaba silencioso a su lado, admirando los encantos de aquella criatura a la que amaba con toda su alma. Al llegar al camino de Damon no pudo contenerse, y la estrujó entre sus brazos.

—¡Hilga! ¡Te amo! —exclamó apasionadamente—. ¡Quiéreme, por favor!

—¡No! ¡No! —dijo Hilga, desprendiéndose—. ¡No debo quererte...!

Allan, sin atreverse a pronunciar palabra, desalentado, estrechó fuertemente la mano de la muchacha y se alejó en dirección a su refugio. Hilga permaneció allí hasta que un recodo del camino hizo desaparecer a Allan de su vista. Quería llamarle, suplicarle que volviera a su lado, pero las palabras no llegaron a asomar a sus labios.

Volvió al jardín, y pasó allí un buen rato, muy ocupada al parecer. Pero sobre los pétalos de las flores cayó más de una lágrima.

# Capítulo XV

---

## La penitencia de Allan

---

PARA Allan había sido muy doloroso separarse de Hilga aquella dorada mañana de otoño, pero no era hombre que desoyera la imperiosa llamada del deber. Sin volver la vista ni una sola vez, y con los labios apretados hasta formar una línea apenas visible, Allan avanzaba resueltamente por el camino que conducía a Damon. Se hallaba percatado por completo de la edificante obra a la que se iba a lanzar y confiaba en el éxito de su labor, para ponerlo a los pies de aquella mujer que correspondía a su amor.

Sin embargo, a medida que se iba alejando de la casa de los Novak sus pasos se hacían menos rápidos y más vacilantes, y algo instintivo le empujaba a volver de nuevo a aquel lugar, al lado de la mujer amada. Cuando se separó de Hilga, advirtió Allan que por sus mejillas resbalaban unas lágrimas, y recordó la frase del poeta de que «el amor es aún más hermoso cuando lo perfuman las lágrimas». Para Allan la frase poética encerraba una contradicción, pues consideraba increíble que una mujer llorase precisamente cuando el ser amado le declara su amor. ¿Dudaba Hilga de su sinceridad? ¿Le consideraba indigno de su cariño? Allan temía que Hilga estuviese ligada a otro hombre, pues no llegaba a comprender por qué había rechazado el amor que le brindaba.

Durante todo el camino Allan formulóse a sí mismo, una y otra vez, las mismas preguntas, barajando en su mente todas las respuestas imaginables. Cuando llegó a Damon, todavía buscaba una solución a aquel problema.

A la entrada de su casa le aguardaban *El Duende* y otros tres individuos, que habían llegado momentos antes al dormido pueblo. Sin ceremonia alguna, *El Duende* presentó sus amigos a Allan. A éste le produjeron inmejorable impresión aquellos hombres, considerando que su apoyo y su cooperación había de influir mucho en el resultado de aquella campaña ideada por William Brent. *El Duende* ya le había hablado varias veces de sus amigos, a los que consideraba como los más leales de los que conocían sus doctrinas. Momentos después de la presentación, aquellos cinco hombres quedaron empeñados en un interesante debate. Se habló con amplitud, con minuciosidad, de la proyectada campaña en favor de una saludable política de

conservación para las norteñas tierras de Michigan. Se trataba de conseguir un plan que no estuviera ligado a la permanencia de determinado gobernador ni sujeto a las vicisitudes de la política. Los entusiastas defensores de aquella campaña propugnaban por una sana política que quedara vinculada al «código de la tierra» con la misma firmeza que, años atrás, había arraigado la política de la instrucción pública. Era preciso, además, desarrollar los proyectos y poner en vigencia las disposiciones con la misma regularidad que se cumplían las leyes sobre la cultura.

—Todo el mundo está de acuerdo —manifestó William Brent, en una de sus intervenciones en aquel debate— en que se ha tardado más de una generación en demostrar a los habitantes de Michigan los beneficios obtenidos con la política de instrucción pública. Pero el tiempo, por fin, demostró que era factible adoptar una política como aquélla y seguirla con constancia. ¿Por qué, entonces, no ponerse de acuerdo sobre los principios fundamentales de una política de conservación? Desde luego, esta campaña que tratamos de realizar beneficiará poco a la generación actual, pero si conseguimos llevarla a cabo, las generaciones futuras bendecirán esta obra. ¿Qué impedimentos existen para seguir esa política, ponerla en práctica y hacerla cumplir sin desmayo? Las condiciones pueden variar, naturalmente, y ser necesarias algunas modificaciones de vez en cuando. Pero el grave mal es que Michigan no ha tenido nunca ningún código relativo a las taladas tierras que durara más allá de cuatro años. La conservación de los bosques llegó a convertirse en plataforma política, y así vemos que, muchas veces, los miembros que componen la Comisión de Conservación no saben una palabra de estas materias. Esos hombres, cuando no son contrarios a una prudente política de conservación, están a merced de cualquier interés bastardo. Hasta ahora, las leyes que debían aplicarse a estas tierras fueron promulgadas sin método fijo y con ausencia absoluta de una visión real del problema.

No podía negarse que la idea básica de *El Duende* era excelente, y que sus planes para ejecutar aquella política carecían de defectos, pero todos los asistentes a aquella reunión, que más tarde se llamó la Conferencia de Damon, opinaron que el proyecto recibiría las más agrias censuras de las regiones interesadas. Todos esperaban hallar en Michigan una activa oposición al proyecto, y lo que era peor, la mayor inercia e indiferencia. Sin embargo, antes de que la oscuridad envolviera los contornos de la casa de Allan, aquellos cinco hombres habían concretado su plan y se disponían a obrar. Y al terminar la reunión quedaba redactado un manifiesto, conocido más tarde como la «Política Brent», y Allan Campbell era designado como su principal portavoz.

Los reunidos acordaron que el primer jalón de la campaña debía consistir en llevar a cabo los mayores esfuerzos para ganar a la causa Los Llanos y distritos de su comarca. Querían evitar a todo trance que la oposición esgrimiera el arma de que aquella política podía convertirse en una abrumadora carga para los habitantes de Los Llanos. Así no corrían el riesgo de que los adversarios de la campaña dijese que ellos sólo abogaban por la creación de algo parecido a lo que fueron los bosques de la

Inglaterra medieval. El transcurso de los siglos no ha podido aún extinguir el rencor popular que inspiran los atropellos que se cometieron con la creación y sostenimiento de aquellos cotos de caza.

Antes que nada, Brent y sus paladines debían obtener una prueba evidente de aprobación y colaboración de los vecinos de las taladas tierras y sus contornos, pues probablemente serían los más afectados por las restricciones sobre caza y pesca y, por tanto, los más reacios a abandonar sus hogares y a vender sus tierras al Estado para fines de repoblación forestal. Es tal el respeto que al pueblo americano inspira la memoria de sus antepasados, que hubiera sido funesto para aquella campaña el que se la tildara de anticonstitucional y contraria a los derechos naturales de los habitantes de Los Llanos.

El «cuartel general» de aquella cruzada quedó establecido en Roscommon por considerarse que era el lugar de la región con mayor facilidad de comunicaciones. En efecto, desde Roscommon era muy fácil el traslado en automóvil a los diferentes puntos de la comarca, y ello hacía más grata la tarea. El plan de propaganda, los discursos de Allan, sus artículos destinados a los periódicos, todo fue elaborado en Roscommon.

No había aún terminado el mes de octubre, cuando Allan ya había pronunciado numerosos discursos en las ciudades, pueblos y caseríos de aquellos distritos. El día de Difuntos habló en Frederick; de allí pasó al pueblo de Standish, en el distrito de Arenac, y a mediados de noviembre había completado ya un extenso recorrido hacia el Norte, a través de los distritos de Iosoc, Alcona Montmorency y Presque Isle. Después se dirigió a Apena, donde se verificó uno de los actos más importantes.

Los cazadores que habían acudido de las regiones del centro y del sur escuchaban con admiración a Allan y quedaban entusiasmados de sus discursos. En la comarca se le consideraba ya como un verdadero apóstol. Allan tuvo que luchar en sus discursos con las frecuentes interrupciones y las protestas de los elementos extraños, pero todos los finalizó en medio de entusiásticas ovaciones y después de proclamar libremente sus teorías, exponiendo la política que preconizaba.

Luego recorrió los distritos de Missaukee, Wexford, Manistee, Lake y Masson, llevando hasta los rincones más apartados el eco de su propaganda.

Los días de invierno se hicieron más crudos, y aquella eficaz actividad tuvo que suspenderse hasta la primavera. Allan había realizado toda su cruzada acompañado de Lucky Williams, a quien la Compañía del Michigan Central, interesada por aquella política, había buscado un sustituto.

En todas partes Allan habló con fervor y entusiasmo. Escogía palabras que persuadieran fácilmente a aquellas gentes sencillas e ilustraba sus propuestas y conclusiones con referencias de hechos y circunstancias que el auditorio conocía de sobra. Proclamaba sus ideas con agudo ingenio y lógica intachable, y sus réplicas eran espontáneas y concretas. Sus días de periodista, escribiendo para un público poco instruido en general, le fueron de gran utilidad.

Hombres y mujeres, en número muy superior al de los cálculos más optimistas de *El Duende*, se sumaron a la causa, prometiendo su apoyo al «Plan Brent».

La mayoría de los periodistas insertaban constantemente noticias de aquella campaña y publicaban artículos editoriales prometiendo apoyarla con todos los medios a su alcance. Las revistas solicitaban continuamente de Allan el envío de artículos, que éste escribía en los ratos que tenía libres.

Poco a poco, la salud del paladín, desgastado por aquel formidable esfuerzo, iba quebrantándose. Allan, que se encontraba sumamente fatigado, se disgustó al enterarse de que sus amigos habían acordado celebrar actos de propaganda durante los últimos días de noviembre y los de la primera quincena de diciembre en poblaciones tan importantes como Cadillac, Ludington, Big Rapid, Alma Moynt, Pleasant, Saginaw, Plint y otros lugares próximos. Se había apoderado de su alma el anhelo de volver a la granja de los Novak, y ya no deseaba otra cosa que ver a Hilga y a la niña, tan olvidadas por él durante la ardorosa campaña. Sin embargo, nada dejó entrever a sus aliados, y hasta el mismo *Ale* ignoraba los sufrimientos de Allan al soportar aquella penitencia que se había impuesto. A fines de noviembre nadie se aventura a emprender una jornada a través de las taladas tierras de Michigan, ni aun hacia los lugares situados cerca de las buenas carreteras, a no ser por imperiosa necesidad. Las tempestades de nieve borran los caminos y alteran por completo la topografía del terreno, siendo materialmente imposible a personas no conocedoras de las regiones norteñas atravesar aquellos parajes.

A pesar de que Allan se había convertido en una figura popular, las gentes hablaban más de William Brent, a quien conocían mejor. Los elogios a *El Duende* complacían a Allan, cuya estimación por Brent aumentaba hasta convertirse en verdadera amistad. En una de aquellas reuniones que se celebraban en West Branch, Allan se levantó a hablar, felicitando calurosamente a *El Duende*.

—Me siento orgulloso —dijo Allan— de seguir a tan entusiasta apóstol de la conservación de las taladas tierras y continuaré proclamando con fervor sus sanas y prácticas ideas... Lo que no me explico es cómo siendo usted tan conocido y elogiado en todas partes, me ha escogido a mí, que carezco de amigos y de antecedentes, para pregonarlas. Al oír aquellas palabras, William Brent exclamó con acento grave:

—«Entonces Moisés dijo a Jehová: ¡Ay, Señor! Yo no soy hombre de palabras porque soy torpe de lengua. Y Jehová le respondió: Yo estaré en tus labios y te indicaré lo que tengas que decir. Tú hablarás a Aarón, y él hablará en tu nombre al pueblo». Comprendiendo que no había transcrito fielmente las Sagradas Escrituras, o temiendo que el ejemplo no fuese adecuado, Brent se acercó más a Allan, le cogió por una mano, y agregó:

—Aquí hay demasiada gente que me tiene por un maniático empeñado en que se cace y que se pesque. Pero cuando un joven de su misma clase, aunque educado en lugares que ellos desconocen, les habla de lo mismo con ligeras variantes, empiezan a

creer que debe de ser verdad y que aquel viejo maniático no está tan loco como suponen. Tú tienes una agradable manera de hablar y sabes hacerte simpático a la gente. Transcurrida la propaganda de este otoño, podrás hacer de ellos lo que quieras... Por eso te he elegido a ti.

# Capítulo XVI

---

## El sacrificio de Hilga

---

EL maravilloso otoño de las taladas tierras de Michigan otorgaba su máximo esplendor al mes de octubre, como si desease coadyuvar al éxito de la obra que habían emprendido Allan y *El Duende*. Allan se hallaba entusiasmado con las maravillas de aquellos días otoñales, y cotidianamente pasaba un par de horas en la soledad de los salvajes lugares que tanto le atraían. Amaba su grandeza y se extasiaba ante la augusta soledad. La azulada bóveda del cielo apenas se vio manchada por la más tenue nubecilla, y día tras día los nuevos bosques de tiernos árboles, teñidos de rojo y de oro, sonreían bajo la caricia del sol. ¡Qué hermoso era poder disfrutar de aquellos días, gozando de la belleza derramada tan pródigamente en los talados campos!

Contrastando con los esplendores del otoño, Hilga Novak sentía sobre su cabeza cernirse negros nubarrones, tétricamente amenazantes. Ni la alegre risa de aquella niña angelical, ni el afecto sin cesar demostrado por sus abuelos, podían borrar las preocupaciones de la joven. Con la única obsesión de que iba a enloquecer, seguía sus quehaceres mecánicamente y jugaba con la niña sin darse cuenta de nada. Pero ni en sus palabras ni en sus gestos podía advertirse la tragedia que se agitaba en su alma. Hilga veía llegar con verdadero espanto las horas del crepúsculo y, sobre todo, las que precedían a la medianoche, cuando se hallaba sola en su habitación y tenía que aparentar que dormía. Después de medianoche lograba descansar algo, y el sueño se apoderaba lentamente de ella, pero dormía bajo el peso de espantosas pesadillas y se despertaba dominada por la congoja. Bastó un mes para que sus ojos se secasen de tanto llorar.

No transcurría un minuto sin que las horribles palabras de Tricker le torturaran la mente. ¿Era verdad que las manos de su amado estaban tintas en sangre, y que la policía lo perseguía como a un facineroso? ¡Cómo atenazaban el alma de Hilga aquellos espantosos pensamientos! ¿Le había engañado Tricker? Ella no veía justificación en aquella mentira, pues Tricker nunca la había engañado, ni aun cuando pretendió venderla en cuerpo y alma a Lynn Venetre. Con verdadera pena reconocía que existían indicios para suponer que era verdad lo que le había contado Tricker de

Allan. Hilga recordó la extraña conducta de Allan durante su breve amistad y reconoció que afirmaba cuanto le había dicho Tricker. ¿Por qué no le había confiado Allan el nombre de los padres de la niña, y no justificaba plenamente la afirmación de que su viaje a Damon obedecía al deseo de que aquélla se repusiera? ¿Cuáles eran sus medios de vida? Indudablemente, en los bosques no ganaba dinero alguno, y ella había obtenido la impresión, por lo poco que él le había hablado de su vida, de que en Detroit no trabajó nunca ni hizo nada de provecho. ¿Era un ladrón? ¿Podía un hombre en quien ella había puesto su cariño estar manchado con el estigma de Caín?

—¡Allan, Allan, amado mío! —exclamaba, en sus dolorosos monólogos—. Ven a mí ahora y dime que no es verdad. Debe ser una equivocación. ¡Allan, Allan! Creeré en ti y en tu amor. Tú piensas rectamente, dices la verdad y obras con honradez. Los hombres en quienes el crimen y el pecado han puesto su estigma no pueden ocultarlo a los ojos de su amada, y tú no lo llevas.

Después de aquellos arrebatos, el cansado cuerpo de Hilga se rendía al sueño, que restauraba en parte sus fuerzas físicas, pero no proporcionaba alivio alguno a su alma dolorida.

A pesar de todo, a medida que avanzaba el mes de octubre, Hilga deseaba cada vez más ver a Allan, y si entonces hubiera vuelto él habría creído todo lo que le dijese. En Hilga había nacido repentinamente un amor tan irresistible como el de Isolda por Tristán o el de Francesca por Paolo, y quería a Allan con toda su alma, fuese quien fuese y dijese lo que le dijese.

Hilga apenas sabía nada de Allan, pero en sus meditaciones recordó la sensación de seguridad que tuvo cuando se vio rodeada por sus brazos y murmuró quedamente, como si hablara con su amado:

—Allan, creo en ti. Sé que puedo confiar en ti como dicen que las doncellas de antaño confiaban en sus caballeros. Después de Dios, la mujer era lo más sagrado de aquellos tiempos. Los hombres luchaban y morían por ella. Si tú te hubieras acercado a mí en aquel entonces habrías empuñado tu lanza y luchado por mí, sin hacer una pregunta, sin exigir una recompensa y sin averiguar si yo era buena o mala. Te habría bastado saber que yo te necesitaba. Ahora tú me necesitas. ¿Debo exigir una prueba de que eres digno de mí? No puedo decirte, amor mío, lo que voy a hacer para protegerte, pues no lo permitirías. No lo sabrás nunca, o por lo menos lo ignorarás hasta que haya sido llevado a cabo. Pero cuando esto haya ocurrido y tú estés a salvo, ¡no me mires como una mujer indigna del amor que me profesas! Del mismo modo que tú habrías luchado por mí, a ciegas, lucharé yo por ti y sabrás que te amo, Allan, y que me he mostrado digna del cariño que dices atesora tu corazón.

En el reloj de la chimenea sonaron las campanadas de la medianoche, y poco después Hilga dormía profundamente en su lecho.

A la mañana siguiente, Hilga no tuvo el valor de decir a sus abuelos la determinación que había adoptado. Temía que no la comprendiesen, que trataran de disuadirla de sus propósitos. Se limitó, pues, a decir a sus abuelos y a la niña que

había sido llamada inesperadamente desde Detroit, y que ignoraba cuándo volvería.

Hilga dejó un sobre para que fuese entregado a Allan en cuanto volviese a la granja. En el interior de aquel sobre se encerraba una extensa carta que la joven había escrito para su amado. En aquellas hojas de apretada escritura Hilga hacía un resumen de su vida desde los últimos días de la infancia que recordaba hasta el momento en que conoció a Allan. En su epístola relataba la joven su inesperado encuentro con Tricker y los días de sufrimiento que habían transcurrido hasta adoptar la decisión que le empujaba hacia Detroit. «No sabes —terminaba la carta— cómo te quiero, Allan. Es un cariño hondo, sincero, inextinguible. Yo te juro que antes de entregarme a Tricker agotaré todos los recursos, y que sólo haré eso si realmente no hay otro medio de salvarte. Por favor, ¡no pienses nada malo de mí! Déjame obrar y ya llegará el día en que pueda explicarte mejor este paso que voy a dar. Tuya, Hilga». La muchacha encontró aquella misiva algo incoherente y un tanto melodramática, pero tenía la seguridad de que Allan, como enamorado, sabría comprenderla.

Después de besar a sus abuelos y a la niña, y de dar a ésta un beso más para Allan, Hilga partió para West Branch. Al llegar a este punto, y antes de partir para Detroit, expidió un telegrama.

Aquel despacho era entregado en Detroit, pocas horas después, a un hombre delgado, moreno, de mediana estatura, que se hallaba sentado en su habitación de uno de los últimos pisos del más moderno rascacielos de la populosa ciudad. El aposento se hallaba amueblado sencillamente, pero con exquisito gusto, y tenía el aspecto de las habitaciones que usan las personas de posición para examinar, unas horas al día, sus asuntos personales de interés. En la puerta, las letras doradas de un rótulo indicaban que aquella estancia era el despacho particular de Raoul T. Brigiac, importador. Pero el individuo que estaba de pie al lado de la tallada mesa de roble, retorciendo la gorra entre sus manos y visiblemente tranquilo se dirigía al señor que había leído el telegrama llamándole «señor Tricker». El nervioso visitante acababa de proporcionar determinada información que él esperaba iba a ser recibida con agrado e incluso recompensada.

Pero la expresión que se había reflejado en el semblante de Tricker advirtió a aquel individuo que había sufrido alguna equivocación.

Pelly, que así se llamaba aquel hombre, no era sujeto diestro en descifrar con exactitud las expresiones faciales o capaz de discernir qué sentimientos eran los verdaderos. Se limitó, pues, a sacar la conclusión de que Tricker no le creía y de que deseaba algunas pruebas para comprobar que lo que le había dicho era la verdad.

—Le digo a usted que yo mismo le he visto —insistió el exasperado joven—. Le oí pronunciar un discurso en un pueblecito del Norte llamado Frederick, anteayer. Estaba yo allí por otro asunto. Si aquel tipo no era Alán Campbell yo soy un...

—¿Y por qué cree usted que yo había de estar interesado en el paradero de un antiguo cliente de mi restaurante? Por cierto, era un buen cliente, aunque se murmuraba de él que era un pistolero. Repentinamente dejó de concurrir, pero no

creyó conveniente comunicarme sus razones. ¿Y por qué me iba a interesar esto? Otros cambian de costumbres o se marchan de la ciudad, y nadie viene a decirme adónde se han ido ni por qué.

—Oí decir que ustedes le buscaban y creí que la información podría valerme algo —contestó el molesto joven, que había ido al despacho de Tricker sin ser llamado—. Grant me dijo que había oído a Monaker decir eso en el «Oasis».

—Basta, señor Pelly —exclamó Tricker, fríamente—. Sus palabras suenan mucho a chantaje. No sé por qué se me ha de molestar con informaciones del sistema de espionaje del hampa. Estoy viendo que el día menos pensado se planta usted en el despacho del alcalde para informarle de las entradas y salidas de los ladrones favoritos. Y cuando él le pregunte de qué se trata, usted le contestará, tartamudeando, que suponía, por los chismes que sabe, que él tenía un profundo interés por ellos. ¡Salga de aquí y no vuelva en tanto yo no me digne llamarle!

Pelly se enjugó el sudor que abrillantaba su rostro e intentó hablar otra vez, pero acabó retirándose de aquel despacho con más prisa que dignidad. No comprendía lo que le había sucedido y opinaba que alguien debía estar equivocado. Siempre había tenido entendido que Tricker formaba parte de la banda, por encima de Monaker, y además Grant le había asegurado que Tricker andaba buscando a Allan Campbell. Al llegar a la calle se encogió de hombros y abandonó todas sus preocupaciones. Pero si hubiera oído la conversación que en aquellos momentos se desarrollaba por teléfono, y comprendiera la importancia de las cabalísticas palabras de Tricker, se habría dado cuenta de que algunas equivocaciones son peores que otras y habría huido de Monaker como alma que lleva el diablo.

Terminada su conversación, Tricker desplegó un cablegrama cifrado que acababa de recibir de Shanghai. Lo descifró en un instante, y se aprendió de memoria el despacho. Después destruyó aquella hoja de papel amarillo.

*Todo hace prever éxito. Material empezará a llegar pronto.  
Sigo hacia Manila de donde seguiré vía Cairo a Londres.  
Regresaré hacia Navidad.*

*Lynn Venetre.*

Tricker sonrió al comprender la importancia de aquel despacho. Inmediatamente extrajo de uno de los lados de la mesa un pequeño aparato receptor y transmisor, apretó un botón y transcribió el cablegrama a otra persona. Aquella línea no tenía ramificaciones ni pasaba por central telefónica alguna.

—¡Bravo! —exclamó Scarfell al escuchar la lectura del cablegrama—. Así ya no tendremos que depender de la gente de Toronto. Ya te dije que necesitábamos a Venetre. No le dejes escapar ahora.

—No; no dejaré que se escape —exclamó Tricker, antes de que terminara la

comunicación—. Oiga usted bien esto. —Y recogiendo de la mesa el telegrama que acababa de recibir de West Branch, leyó al dictador del hampa:

*Llegaré miércoles noche. Hilga.*

## Capítulo XVII

---

### La venganza del «hampa».

---

LOS discursos de Allan en Cadillac, Ludington y Big Rapid iban dedicados a importantes contingentes de hombres de negocios que habían llegado a interesarse en aquella campaña y acudían a los actos de propaganda. Allan estuvo muy elocuente, y aquellos discursos profundos de forma fueron tan bien acogidos como las modestas peroratas que había dirigido a las gentes sencillas de la comarca. Aunque hablaba con el fervor de un iluminado, había reducido bastante la fogosidad en la palabra y la grandilocuencia en el concepto, pues William Brent y sus amigos se lo habían aconsejado así. Gracias a esto, aun aquellos que habían acudido a oír los discursos con el ánimo de burlarse del orador se mantuvieron respetuosos durante el acto y salieron completamente convencidos de que aquel paladín de las taladas tierras era un verdadero caudillo cuyas ideas merecían toda consideración y apoyo.

Durante la semana en que había de celebrarse el *Thanksgiving Day*<sup>[2]</sup> no se señaló ningún acto de propaganda, y Allan pensó de nuevo con ilusión en Los Llanos. Acompañado de *Ale*, su inseparable amigo, volvió a Roscommon, pero *El Duende* decidió pasar aquellos días de asueto en Lensing y en Detroit, con objeto de buscar influencias para apoyar su campaña en los distritos del Sur. Al año siguiente debía elegirse un nuevo gobernador, y Brent deseaba promover una activa propaganda para obtener, por lo menos, un candidato adicto en los distritos del Sur, que sumaban muchos más votos que los que pudiera él lograr en el Norte. En el Sur la campaña había de hacerse con muchos meses de anticipación, pues la mayoría de los habitantes ignoraban lo que se refiriese a las taladas tierras.

Allan no se consideraba ya un extraño en las norteñas tierras de Michigan. Aunque sólo llevaba viviendo en la selva poco más de medio año, para él su hogar estaba allí. En tan breve espacio de tiempo, ¡cómo había cambiado! Sus músculos se habían hecho fuertes y resistentes y se había convertido en un hombre sano y fornido, tan incansable como el más intrépido natural de Los Llanos. Larry y *Ale* comprobaban claramente de visu aquella transformación exterior de Allan, pero ni uno ni otro podían imaginar el profundo cambio que se había operado en la vida interior de su amigo. Ni Mads Jenssen, que tan bien conocía a Allan, hubiera podido

darse cuenta de todo lo que había pasado a través del alma del fugitivo de Detroit.

Algunas veces Allan había estado a punto de decir a *Ale* cuánto habían hecho por él las taladas tierras, pero la vergüenza le hacía enmudecer y de sus labios no surgía la confesión. No podía soportar el peso de las imágenes de su pasado, que la acción del tiempo y el espíritu de la selva se esforzaban piadosamente en ocultar. Era como si en su cuerpo existiese una cicatriz o llaga repugnante que deseara ocultar, incluso al primero que le tendió su mano caritativa.

Aquel sentimiento de repulsión hacia su pasado aumentaba a medida que recobraba su fortaleza espiritual y física. Por ello, cuando la conversación recaía sobre cosas relativas a las ciudades, Allan procuraba, de un modo u otro, desviar hacia otro tema las palabras. En cierta ocasión, años atrás, éste tocó una flor de maravillosa hermosura que le produjo una erupción pustulosa en una mano. Sus años en Detroit habían sido lo mismo que aquélla: traidores y venenosos. Fueron tan atrayentes como lo había sido aquella flor, pero tan exentos de todo lo bueno y tan impuros como la planta aromática. Allan hubiera querido que *Ale* viniera en conocimiento de la honda transformación que había experimentado su vida, pero le horrorizaba la idea de que supiera hasta qué grado de degeneración había llegado antes de huir de la ciudad.

Antes de que Allan y *Ale* llegaran a Roscommon, el invierno había hecho su aparición en las taladas tierras. Durante algunos días azotaron los pinos unas ráfagas de viento frío, y después cayó la primera nevada, que envolvió el pueblo y los campos en un blanco y espeso sudario. Los campesinos podían utilizar todavía las amplias carreteras, pero todos los caminos vecinales y veredas que cruzaban el bosque habían quedado borrados por la nieve. La próxima tormenta no se haría esperar y poco después las taladas tierras se convertirían en extensiones desconocidas para los que, como Allan, sólo las habían conocido en los meses de esplendor.

Al día siguiente de su regreso a Roscommon, Allan se levantó muy temprano. Desde la ventana de su cuarto, en casa de *Ale*, Campbell contempló el espectáculo del paisaje blanqueado por la nieve, que refulgía bajo el sol de invierno que acababa de salir. Se vistió rápidamente, pues una habitación carente de estufa no era lugar para entretenerse en una mañana de invierno del norte de Michigan. Constituían su indumentaria una gruesa camisa de lana, sobre una afelpada camiseta; gruesos pantalones, que se unían debajo de la rodilla con unas medias de lana; gorra de piel, un pesado chaquetón y guantes forrados de lana.

*Ale* y su mujer estaban ya en movimiento cuando Allan se presentó en el gran recibidor. Un alegre fuego de troncos de pino, cargados de resina, chisporroteaba crepitando en la hermosa chimenea. Allan se detuvo un momento al lado de aquel confortable hogar cuyo calor invadía lentamente toda la casa, restregándose las manos y aspirando profundamente aquel aire, cargado de suaves aromas de resina y de bálsamo. Sin darse cuenta, observaba el ir y venir de la mujer de *Ale*, muy atareada en sus quehaceres domésticos. Los más mínimos detalles despertaban ahora en Allan

un espontáneo y atento interés. Y es que su alma se sentía feliz y satisfecha al contemplar la vida como él pensaba que debía ser siempre, esto es, compartida por el hombre y la mujer, unidos en sagrado consorcio.

—No hay necesidad de preguntarle si ha dormido usted bien dijo *Ale* al entrar en la habitación, terminadas sus faenas. —En efecto, he dormido espléndidamente.

—Pues espere usted a ver algo bueno cuando salga afuera. ¡Vaya día estupendo el que acaba de nacer! —añadió *Ale* señalando hacia una ventana por la que se filtraban los rayos del sol, que la escarcha de los cristales convertía en haces de oro y plata—. Creo que no hay nada tan maravilloso en el mundo como una mañana de invierno en las taladas tierras, cuando luce el sol de este modo.

La casa de *Ale* se hallaba enclavada en el límite de Roscommon, de modo que el bosque, llegaba casi hasta la cerca que rodeaba el huerto trasero. A un centenar de metros de la casa, los pinos mostraban ufanos el grato verdor de sus copas, y más allá las esbeltas ramas de los olmos, de los arces, de los álamos y de los abedules proyectaban su grácil silueta hacia el límpido azul del horizonte. Veíanse por doquier los gruesos robles, a cuyas ramas se asían aún las hojas muertas, con una tenacidad que sólo lograría quebrantar la primavera próxima.

Poco después del desayuno, Allan salió a dar un paseo por la cercana selva. Después de unos minutos de ligero caminar se detuvo admirado cerca de un pequeño espacio abierto rodeado de abetos. Allan creía haberse adentrado de improviso en un mundo fantástico, de sorprendente belleza, poblado por extrañas ninfas de nieve que se ocultaban espiando sus pasos.

No se oía en aquel maravilloso paraje el canto de un pájaro, ni el más feble aleteo turbaba el imponente silencio que rodeaba el lugar. Allan permanecía suspenso sin atreverse casi a respirar, como si hubiera llegado al límite del universo y fuera a hollar uno de los santuarios del Creador. Mientras permanecía en el umbral del bosque, mudo de admiración, fascinado por el misterio de aquel parque, su corazón latía con violencia, pero mezclado con el temor se despertaba en él su espíritu de aventuras.

Hasta aquel momento tenía decidido resueltamente no ir a ver a Hilga y a la niña, pero bastaron unos segundos, aquellos segundos de ensueño, para hacerle modificar su pensamiento. El deseo vehemente de volver a ver a Hilga y a *Pedrito* se había apoderado nuevamente de él, y quería cerciorarse de que nada había ocurrido a aquellos seres queridos durante su ausencia.

Allan llegó a intranquilizarse al pensar en una venganza de Monaker o de Scarfell, pero desechó sus temores de momento, creyendo que no cabía esperar una agresión de aquellos malvados.

Con tales pensamientos en su imaginación siguió vagando Allan por el bosque, hasta que adoptó la firme decisión de trasladarse al día siguiente a la granja de los Novak. Seguía creyendo que nada podía haberles sucedido a Hilga o a la niña, pero una voz interior le arrastraba a comprobar sus suposiciones.

*Ale*, al enterarse de la proposición de Allan, opuso objeciones de peso.

—Le aseguro que es una locura —decía *Ale*— emprender sin guía una jornada así, cuando cualquiera ve que es inminente otra tormenta de nieve. Existe el peligro de perderse por el bosque, y aunque esto no ocurriera, en invierno es penosísimo atravesarlo y puede ser de fatales consecuencias. ¡Qué duda cabe de que Hilga y la niña siguen allí tan buenas y santas! Es tonto dudar de esto, Alían. El viejo Novak tiene sus años, pero todavía goza de buena puntería tirando con el rifle o con la pistola. No hay nadie que se pueda acercar a aquella casa lo suficiente para poderse llevar a Hilga o a la pequeña.

Allan reconoció que *Ale* tenía razón, pero sus temores le abrumaban de tal modo que la lógica no le convencía.

—Tiene usted toda la razón, *Ale* —exclamó, cada vez más intranquilo— pero yo no puedo estar quieto aquí. Estoy enamorado de Hilga, quiero a la niña más que a una hija, y no estaré tranquilo hasta que yo mismo vea que nada les ha ocurrido. Es un caso de conciencia, reconózcalo, y yo debo ir. Puede decirse que Hilga y la niña, por lo que las quiero, están bajo mi custodia, y no puedo rehuir esa responsabilidad.

—Me ha llegado usted al alma —respondió con solemne tono *Ale*— y me brindo desinteresadamente a acompañarle.

—¡No! ¡Eso no! —exclamó Allan—. Iré yo solo. Se lo agradezco mucho, pero no hay necesidad de que me acompañe.

—Pero, ¡por Dios!, Allan; si yo dejara que usted se marchase solo no iba usted a llegar ni a la mitad del camino. Antes, mucho antes, se perdería usted. No tiene usted en cuenta que la mayoría de las señales están enterradas por la nieve y que las restantes tienen hoy otro aspecto que el que ofrecían la pasada primavera, cuando usted llegó a Roscommon. De eso no sabe usted ni una palabra, y voy a tener que darle algunas lecciones después de comer. ¿Es que no sabe usted que únicamente aquellos que conocen muy bien esto se aventuran a ir por el bosque? Usted mismo, por ejemplo, ¿no me dice que le duelen ahora las piernas, y sólo ha caminado unos metros sobre la nieve? Esto sintener en cuenta que dentro de muy pocas horas la capa de nieve será aún más espesa. Es inútil que porfíe, Allan; no le escucharé. Iré con usted, y antes se entrenará un poco a caminar con las raquetas.

Allan reconocía en su interior que *Ale* tenía razón, y aunque se abstuvo de confesarlo, agradeció mucho en el fondo el ofrecimiento de su amigo.

Poco después *Ale* sacó un par de raquetas y adiestró a su amigo en su manejo, haciéndole caminar sobre la nieve. Al principio Allan se enredaba los pies y sufría cómicas caídas, pero poco a poco fue aprendiendo lo que *Ale* le enseñaba. Cuando éste dio por terminada la lección, Allan se deslizaba con bastante soltura por la nevada superficie. Se hallaba jadeante, fatigado por aquel esfuerzo, pero satisfecho de su habilidad.

—Lo ha hecho usted muy bien —exclamó *Ale*, para animarle—. Dentro de quince días podrá ya usted andar sus veinte millas diarias... Esta noche nos iremos temprano

a dormir, y mañana, al amanecer, saldremos en dirección a la granja de los Novak. Yendo juntos podremos llegar al anochecer, sin perdernos ni helarnos. Conozco un atajo que nos acortará más de tres millas el camino. Y ahora, Allan, ¡nada de discusiones! Convéznase de que no es más que un novato.

A la mañana siguiente, cuando Allan y su amigo partieron para la granja de los Novak, la nevada seguía en toda su intensidad. Allan, al verse envuelto en aquel temporal de nieve, comprendió los peligros de la jornada, convenciéndose de que su amigo no había exagerado al ponderarle las dificultades del empeño.

Cuando apenas habían avanzado una milla, ambos se detuvieron para descansar.

—Por favor, regrese a su casa —reiteró Allan, intentando seguir solo el peligroso camino—. No me perderé. Yo mismo abandonaré el viaje si pudiera, pero algo me dice que debo seguir. Mas usted no debe hacerlo, pues puede resultar un paso inútil, y no es menester que se canse. Vuelva a su casa, y yo volveré dentro de un par de días. Dígale a Brent, cuando vuelva, que me espere.

—Le acompañaré hasta el final —repuso *Ale* moviendo la cabeza—. Si le sucediese algo, tendría ese remordimiento toda la vida. Además, este atajo no lo conoce usted. ¿Cómo iba usted a seguir un camino que no puede ver? Tampoco es necesario que se preocupe por mí. Soy de estas tierras, y las conozco bien. Y creo que no tengo nada de endeble.

Los dos hombres prosiguieron su camino, hasta que Allan perdió la cuenta de las horas que habían transcurrido desde su partida de Roscommon. Bastante trabajo tenía con seguir a Lucky Williams por aquellos desolados parajes. Durante la jornada se detuvieron para descansar tres veces, reponiendo sus fuerzas con los *sandwiches* y el chocolate que les había preparado la mujer de *Ale*. A medida que avanzaba, las dificultades y el cansancio eran mayores, a pesar de que había dejado de nevar al mediodía.

Después de un día plomizo, triste e interminable en el que no cesaron de avanzar, se hizo la noche. Cuando uno de aquellos dos hombres rompía a hablar, sus palabras resonaban misteriosamente, como si invadiesen un mundo incognoscible y de ensueño.

A las siete, los dos caminantes divisaron la granja de los Novak. Al advertir el resplandor de una lámpara a través de una de las ventanas, de la granja, Allan y Williams se miraron emocionados.

—Creí francamente que nos habíamos perdido —exclamó *Ale*—, pero henos aquí sanos y salvos. Y si esta noche no se levanta viento, podemos regresar mañana sin mucho trabajo.

—Jamás hubiera llegado yo aquí de no acompañarme usted —confesó Allan con gratitud—. Toda la vida tendré que agradecerle esta verdadera prueba de amistad. ¡Ojalá que en toda ocasión que me dispusiese a cometer un disparate, tuviera el apoyo de usted o el de Mads!

*Ale* silbó con fuerza, mientras llamaba a la puerta de la granja. Poco después, la

abuela de Hilga se acercaba a los cristales de la ventana, observando atentamente en la oscuridad de la noche. Al reconocer a sus visitantes, corrió diligente a abrirles la puerta, y les recibió con tan gran alegría que Williams y Allan llegaron a olvidarse del frío y de las fatigas de la larga jornada.

—¡Esta noche sí que no les esperaba! —exclamó, mientras les invitaba a entrar en la casa—. ¡Vaya caminata la que deben de haber hecho...! Jan salió hoy un momento, y encontró los caminos cubiertos por más de dos palmos de nieve. Es imposible transitar por ellos.

—Pues el objeto de mi viaje se apresuró a manifestar Allan, visiblemente nervioso es saber si están aquí Hilga y *Pedrito*. Estoy verdaderamente inquieto pensando en ellas, y quiero comprobar que no les ha pasado nada.

—¡La niña! —exclamó la abuela de Hilga, mientras palidecía intensamente—. Pero ¿no está con usted?

En el semblante de Allan se reflejó el espanto, y durante unos segundos no pudo articular palabra. ¡Había ocurrido lo que tanto temía! Una vez más Jenssen tenía razón, y él no había podido impedirlo. *El Torcido* depositó su confianza en él, y no había sabido hacerse digno de ella.

—¿Cuándo se marchó? —preguntó al fin anhelante—. ¿Con quién iba? ¿Dónde está Hilga?

—Hilga —respondió la anciana, mirando a Allan asustada— regresó a Detroit hace cerca de un mes, a casi de aquel señor que la protegió antes de venir a Los Llanos. Tuvimos una carta de ella la semana pasada. Y hace tres días un muchacho nos trajo una carta, firmada por usted, diciéndome que le dejáramos a la niña, pues se encontraba usted muy solo y no quería pasar todo el invierno en Roscommon sin ella. La carta decía, además, que no podría usted volver a Damon antes de la primavera, pero que entonces vendría a vernos. Nos dolió mucho, la verdad, dejarla marchar, pues le habíamos cogido mucho cariño, pero puesto que usted nos la pedía, le preparé sus cosas y aquella misma tarde partieron. El muchacho nos dijo que tenía un coche en la carretera, y que la niña no se cansaría nada. Aquella noche —añadió la abuela de Hilga, recobrando su confianza— cayó la primera nevada. Quizás se extraviaron por el camino y están ahora en Roscommon.

Al ver que Allan permanecía mudo, la abuela de Hilga lo comprendió todo y lanzó un grito desgarrador.

—¡Allan! ¡Allan! —balbuceó, sollozando—. ¿Quién puede haber sido? ¿Quién sería el malvado capaz de hacer daño a la nena...? ¡Nunca me perdonaré esto! ¡Nunca!

—No debe usted reprochárselo —respondió Allan dulcemente—. Usted no podía sospechar que no fuera yo el que enviaba a buscar a la niña. Ni creo que Hilga conozca mi letra para poder asegurar si aquella carta la había escrito yo. Además, no podía usted sospechar nada. Era yo quien tenía que habérselo dicho antes de marcharme. ¡Pero estaba tan confiado...! —Después de una pausa, agregó—: La niña

fue secuestrada cuando era muy pequeña. No tengo la menor idea de quiénes puedan ser sus padres. Un amigo mío la rescató de la «Mafia»: cuando se enteró de que no la trataban como debían. Pero llegó un momento en que tuvo que abandonarla, y cuando yo vine aquí, me la confió a mí. Seguramente la han vuelto a secuestrar. ¡Qué indigno y qué desgraciado soy! Créame —siguió diciendo—; usted no tiene la culpa de lo que ha pasado. Sin duda, el muchacho estaba aleccionado, y supo llevar bien a término la estratagema. Le repito que usted no es culpable de nada. Y, sobre todo, no se preocupe. Mientras esté fuera de aquí, tenga la seguridad de que no harán ningún daño a la niña, y yo le prometo que volverá a estar aquí aunque ahora se halle en el fin del mundo.

El tono de convicción que tenían las palabras de Allan devolvió la confianza a los ancianos esposos, a quienes también procuró animar, sin convencimiento alguno, el buen *Ale*.

—Campbell —exclamó *Ale*, deseando tomar parte en la conversación—, su corazonada tenía fundamento.

De no haber venido hoy, hubiésemos perdido un tiempo precioso. Ahora, no hay que apurarse. Para devolverle la niña... puede usted contar con todos los que vivimos en estas tierras. Nadie podrá con nosotros, sobre todo si lucha usted con la nobleza que reflejan sus actos. Ahora vayámonos a dormir unas horas, y en seguida regresaremos al pueblo. Allan y su amigo se sentaron a la mesa, y en pocos minutos dieron cuenta de la comida que los Novak habían preparado. Poco después, el anciano matrimonio se retiraba a descansar, no sin antes entregar a Allan la carta que Miga había dejado para él. *Ale*, por su parte, pensando que nada resolvía con quedarse en el comedor, subió a acostarse. Pero Allan se quedó allí, sentado, cerca del fuego, leyendo y releendo lentamente la extraordinaria carta que Hilga le había escrito.

Su mente fatigada parecía incapaz de comprender todo el significado de aquellas dramáticas letras que torturaban su alma. Era la primera vez que se encontraba en un caso semejante y le parecía mentira que existiesen seres tan adorables como Hilga. Nunca creyó que hubiera mujeres que suspirasen por la dicha de demostrar su fidelidad al hombre elegido en todas sus adversidades, que sacrificasen estoicamente lo más apreciado para ayudar al ser amado.

Allan cerró los ojos, y le pareció ver la imagen de Hilga a su lado, mirándole con sus grandes ojos amoratados por las lágrimas, pero exuberantes de ternura y de amor. Entonces pasaron por su mente reminiscencias de los días felices en que se conocieron: la visión de aquel primer encuentro frente a la abandonada casa de Damon; su menuda figura erguida en el umbral y su grácil, caminar por aquella senda, como una princesa de ensueño. Después recordó la primera vez que vio a Hilga en aquella misma casa. Parecía ver sus claros ojos, en los que brillaba la alegría de vivir; el rubor de sus pálidas mejillas; la trenza de dorado cabello, que aprisionaba un rayo de sol, y aquel vaporoso vestido verde que tanto realzaba sus encantos.

Luego se apareció ante Allan la imagen de aquella pequeña curva que señalaba el comienzo de la senda que se dirigía a Damon, donde la joven se dejó caer unos instantes en sus brazos. No olvidaría nunca aquella mirada de dolor que se reflejó en los ojos de su amada, aquel día para él memorable. Volvió a ver a Hilga a su lado, sentada en aquel cuarto, diciéndole todo lo que había escrito en aquella carta que aprisionaban sus temblorosas manos, contándole toda su vida triste.

Al fin, el cansancio lo rindió, entregándose al sueño, un sueño que fue continua y torturante pesadilla. Allan vio a Tricker hablando con Hilga en el camino, y se horrorizó al escuchar cómo el malvado relataba a ésta la trágica muerte de *El Grandote*. El fuego de la chimenea se había apagado, la habitación estaba helada, pero por el rostro de Allan caían gruesas gotas de sudor.

En vano luchó por levantarse y arrancar de Tricker la confesión de su impostura, obligándole a reconocer que él no estaba amenazado de ningún peligro y que el sacrificio de Hilga era inútil.

La pesadilla dejó paso a otra visión aún más espantosa. En su sueño vio Allan cómo una silueta contrahecha le espiaba tras una cortina. Aquel espectro se dirigió a él y con acento brusco le hizo presente que Hilga, a pesar de que hacía ya un mes que estaba en Detroit, nada había hecho para comunicarse con él. «Si hubiera logrado su empeño —oyó Allan decir al espectro— lo sabrías ya por ella misma. Es tonto preocuparse por su suerte, pues no corre ningún peligro. Además —siguió diciendo el espectro—, la carta que dejó Hilga no era más que una estratagema para averiguar si Allan se interesaba más por ella que por aquella campaña ridícula que le tenía danzando por las tierras taladas de Michigan. Hilga —escuchaba Allan en su pesadilla— no ha ido a entregarse a Venetre, como parecía que le exigieron Tricker y Scarfell a cambio de tu libertad. La carta de Hilga representa únicamente una suprema llamada para comprobar si tú lo abandonarías todo para correr a salvarla. Una infinidad de mujeres superficiales y poco constantes han hecho lo mismo más de una vez...». Aquel personaje de pesadilla llegó a adquirir tal aspecto de realidad en la mente calenturienta de Allan, que éste se despertó, lanzando un grito. Inmediatamente se incorporó y miró a su alrededor como si temiera una inminente agresión. Pero el espectro se había desvanecido en el brumoso mundo de dolor, de penumbra y de sufrimiento de donde había surgido para atormentar el alma dolorida del enamorado.

Allan atizó el fuego agonizante de la chimenea, colocó más leña en el hogar, y se dirigió seguidamente a la habitación que había ocupado la niña. Poco después cayó en un sueño profundo, no interrumpido hasta que la aurora empezó a iluminar los nevados campos. *Ale* se despertó casi al mismo tiempo, con el propósito de volver con Allan a Roscommon lo más pronto posible. Apresuradamente prepararon el desayuno con la comida que la abuela de Hilga les facilitó y antes de las siete de la mañana caminaban ya rápidamente por la vereda que habían seguido el día anterior. Como no había nevado durante la noche, no existía dificultad para orientarse, y se

limitaron a seguir sus propias huellas.

Durante el camino cambiaron pocas palabras y apenas hicieron alto para descansar. Ambos se profesaban gran respeto y su amistad estaba fundada en una mutua ponderación de sus excelentes, si bien distintos caracteres. *Ale Williams* había nacido y se había hecho hombre en Los Llanos, donde la vida es siempre una lucha tenaz, aun en las mejores circunstancias. La dura necesidad había hecho de él un hombre de acción cuyo dinamismo le había impedido meditar ampliamente para resolver sus problemas. En esta ocasión reconocía que era necesario obrar rápida y enérgicamente, pero no se le alcanzaba qué camino era el que debía emprenderse. Sentía, por tanto, la necesidad de que otra persona le diera la solución, y no abrigaba el menor deseo de discutirla. Se hallaba verdaderamente preocupado e inquieto, pues también él sentía cariño por aquellos seres arrebatados por el hampa. De momento opinaba que lo más urgente era volver a Roscommon, y para llevar a cabo esto era necesario caminar sin tregua y poner en el empeño toda la energía posible.

Allan, por su parte, se mostraba también reservado porque sus pensamientos afluían tan vertiginosamente a su cerebro y en tal confusión que le era imposible articular palabra.

La niña había sido secuestrada y Allan sabía por experiencia el peligro que corría en poder de Monaker. ¿Adónde la había llevado? Al principio pensó que se hallaría en Detroit, pero después de recapacitar sacó la conclusión de que ello era poco probable, pues estando Hilga en Detroit tenía probabilidades de enterarse del secuestro. Además, Tricker no habría permitido a Monaker que llevara la niña allí, por lo menos en algún tiempo. Era más probable que la pobre estuviera cautiva cerca de Roscommon. Pero ¿dónde? El pueblo se hallaba rodeado de una extensión de bosque de muchas millas cuadradas, inaccesible durante el invierno. Un millar de hombres apenas podían explorarlas bien, y aunque Allan sabía que los habitantes de Los Llanos le apreciaban de veras, y que la mayoría atenderían su ruego, comprendía lo inútil del esfuerzo.

Era inútil, asimismo, pensar en rescatar simultáneamente a Hilga y a la niña, a menos de que estuvieran juntas. ¿Por quién debía decidirse primero? Su corazón le dirigía hacia Hilga, pero su conciencia le acusaba de egoísta si se preocupaba más en su felicidad que en hacer honor al compromiso solemne que había contraído. Allan reconocía que la promesa que hizo a *El Torcido* era sagrada, pero no acababa de concretar su plan. ¿Cuáles debían ser sus primeros pasos? Además, si rescataba a una de las dos, ¿qué pesquisas debía seguir después? ¿Debía emplear la astucia contra los secuestradores o desafiarlos a pecho descubierto?

Pensaba también en la campaña de conservación de los bosques. Su puesto no podría cubrirse en unos meses, pues era necesario encontrar y adiestrar a otra persona apta. Allan temía que si abandonaba la campaña se perdería todo el terreno ganado. Al mismo tiempo se preguntaba si valía la pena continuar la labor mientras su corazón se hallaba angustiado y su imaginación perturbada ante el temor de que los

seres a quienes amaba estuvieran en peligro. Su estado de ánimo no le permitiría dirigir a las masas aquellos vibrantes discursos, y por ello opinó que lo mejor sería suspender su actuación.

El dilema atenazaba cada vez más el espíritu de Alían. ¿Qué resolución adoptar? Ante todos los caminos se alzaba un infranqueable obstáculo. Si se decidía a acudir primero en socorro de la niña, Hilga debería consumir el sacrificio que se había impuesto. Allan comprendía con dolor que ese sacrificio sería inútil, pues ningún cabecilla del hampa respetaba su palabra. Por otra parte si intentaba primero rescatar a Hilga, ¿el destino reservaría a la niña algo peor que lo que amenazaba a Hilga?

Durante todo el camino hacia Roscommon, Allan barajó en su imaginación una y otra vez aquellos pensamientos. Y lo único que decidió fue dirigir, en cuanto pudiera, un extenso telegrama a Mads Jensen.

El hampa había atacado a Allan indirectamente. Nunca había esperado un aviso previo de que fueran a hacerlo, pero se había sentido tan seguro de que los bandidos sólo se preocuparían de matarle a él, que ahora, viéndose indefenso, estaba abrumado por la desorientación. ¡Había dado tan poca importancia a la astucia de sus adversarios! Y, por su culpa, los seres a quienes más quería sufrían en su lugar... Entonces recordó los consejos de Mads Jensen, tan oportunamente formulados, y reconoció lo inconsciente que había sido.

## Capítulo XVIII

---

### Vence Hilga

---

CUANDO Hilga desapareció inesperadamente de casa de Tricker, sus amistades mostraron cierta extrañeza, pero aquél justificó la ausencia diciendo que Hilga había marchado al campo para descansar. La carencia de noticias de la joven produjo al principio sorpresa, pero poco a poco las amigas de Hilga dejaron de pensar en ella. Las muchachas que por fortuna no tienen que trabajar disponen, por extraña paradoja, de muy poco tiempo para pensar en sus amigas. Además, los constantes viajes de recreo que realizan las mantienen separadas unas de otras largas temporadas, y acaban preocupándose únicamente de ellas mismas. Desde que comienza mayo hasta los últimos días de octubre, las hijas de los millonarios norteamericanos realizan viajes a Europa, a las Montañas Rocosas, al Canadá y a otros muchos lugares, y apenas saben lo que ocurre en su hogar, si puede darse este nombre al sitio en que residen en sus rápidos retornos a la ciudad. Muchas de ellas, apenas han regresado del veraneo, salen de nuevo para las playas de invierno y se dirigen a Florida, a California o al Mediterráneo. De todo ello se infiere que a Hilga le fue fácil reanudar su antigua vida en casa de Tricker sin despertar su regreso demasiados comentarios. La vida de sociedad empezaba a entrar en actividad, y los días de noviembre transcurrieron muy rápidamente. La tregua derivada de la ausencia de Lynn Venetre y la grata perspectiva de que no volvería antes de Pascua proporcionaron a Hilga una agradable sensación de tranquilidad. Por ello le fue muy fácil hacer los honores de la casa y atender a los invitados con exquisita amabilidad, sin que nadie notara la tragedia que se desarrollaba en su alma. Únicamente cuando se hallaba a solas en sus habitaciones caía rendida por la pena que abrumaba su espíritu. Allí, humildemente postrada de hinojos, pedía a Dios que acudiera en su auxilio para salir de aquel antro.

La víspera del Día del Armisticio se celebró en casa de Tricker una reunión de amistades en la que reinó el mejor humor. Todos los invitados disfrutaban de aquella fiesta con la mayor alegría y hasta el lúgubre Mads Jenssen volvía a ser aquel feliz mortal satisfecho de la vida y de sus placeres. Mads había olvidado aquella noche la ingrata costumbre de observar y analizar a cuantos le rodeaban. Pasaba por alto la falta de sinceridad que se advertía en los elogios que mutuamente se formulaban los

invitados, y no experimentaba aquel sentimiento de repulsión que tan a menudo le embargaba en reuniones de aquella naturaleza. Hilga conoció a Mads poco después de su regreso, y como se enterara de que a Peggy Scarfell no le era indiferente, le incluyó aquella noche, por primera vez, en la lista de sus invitados. Mientras las parejas se deslizaban por el *parquet* a los acordes de una excelente orquestina, Mads permanecía tras unas palmeras observando con interés los diferentes aspectos que ofrecía aquella escena. Percibió las risas y la charla de los que bailaban, el rítmico chasquido de las pisadas y el suave murmullo de las sedas. Por unos instantes habían huido de su cerebro las deprimentes ideas que cada vez le atormentaban más y sólo veía amor, felicidad y fortuna. Una máscara de sinceridad ocultaba la disolvente pasión por el poderío, por la admiración, por los placeres físicos y por los frívolos goces de la vida que giraba a su alrededor.

Después de algunos momentos de silencio, cuando los lentos compases de su vals favorito llegaban a sus oídos, Jenssen advirtió que Hilga se hallaba cerca de él, y durante unos instantes comprobó que ella le observaba con atención. Hilga sonrió ligeramente y Jenssen se adelantó con el propósito de solicitar el honor de bailar con ella. El artista, al acercarse, quedó fascinado por aquella belleza y no acertó a articular palabra. Su sensibilidad percibió bien pronto que aquella joven no se avenía con el ambiente de la casa y que nadie de los que allí se hallaban era digno de ella.

Como movidos por un mismo deseo y sin que ninguno de los dos lo sugiriera, Mads y la joven se alejaron lentamente del salón de baile. Hilga se echó sobre sus hombros un abrigo, y juntos salieron al magnífico jardín que rodeaba la finca. Sin cambiar una palabra, siguieron en dirección a la orilla del lago Saint Clair, en cuyas oscuras aguas se reflejaba la luz de plata de la luna. A lo lejos parpadeaban las luces de dos buques, y hasta el lago llegaba el sonido de sus sirenas. Era una noche maravillosa y en el firmamento millones de estrellas centelleaban alegremente.

Hilga y Mads se detuvieron a pocos metros de la orilla del lago, sentándose en un banco rústico de los que abundaban en el espléndido jardín.

—Me figuro que sabrá usted quién soy —empezó diciendo Mads—, y que habrá oído hablar de mí. No es necesario, pues, que me presente. Sólo me atreveré a añadir lo que debe usted oír constantemente: que es usted muy bella, señorita Hilga. Yo no sé cómo expresar la admiración que siento por usted. No, no es sólo la belleza física, magnífica y perfecta. Estoy seguro, además, de que en su alma resplandece la bondad... Esta noche —agregó— estaba pensando en un amigo íntimo que se marchó al Norte para crear allí un hogar solitario, en medio del bosque. Cuando vivía en Detroit nos veíamos muy a menudo. ¡Cuánto me dolía comprobar que el espíritu maléfico de la ciudad empezaba a estrangular el hombre bueno que hay dentro de él! Por fortuna, se marchó de Detroit antes de que el daño fuese irreparable. Le vi hace unas seis semanas. Su nueva vida le ha sentado muy bien. La venda ha caído de sus ojos y empieza a ver la vida como realmente es y a apreciar las responsabilidades que todos debemos tener, queramos o no.

En el semblante de Hilga se reflejó el sobresalto, pero Jenssen no advirtió el profundo cambio y continuó su conversación.

—Últimamente ha desplegado un activo interés por la campaña de conservación de los bosques. Los periódicos de las taladas tierras vecinas a Grayling y Roscommon publican artículos de cuya lectura se deduce que ese hombre se ha convertido en una celebridad local. Hasta los periódicos de Detroit empiezan ya a publicar artículos de mi amigo en los que habla de sus proyectos. En cuanto me enteré de que estaba allí, pues no me avisó cuándo ni dónde se iba, le hice una visita. Aunque sabía que pensaba establecer su refugio en los nuevos bosques que rodean a Roscommon, me costó mucho encontrarle; estaba más escondido que un fugitivo de la justicia... Por lo visto, sus amigos de allí debían creer que, realmente, lo era, pues no me dijeron dónde podía encontrarle hasta que les di toda clase de explicaciones y respondí a unas docenas de preguntas.

El corazón de Hilga latía con tanta violencia que ella misma se sorprendió de que Mads no lo advirtiera. Repentinamente, recordó que el primer día que vio a Allan en Damon le habló éste de un amigo íntimo, artista, y que, después, muchas veces le había aludido en sus conversaciones. Adquirió, pues, la seguridad de que aquel amigo era Mads Jenssen, pero de momento prefirió mantenerse reservada sobre este extremo.

—Supongo, entonces —respondió Hilga—, que si su amigo se ha regenerado y encontró algo interesante a que dedicar sus actividades, volverá pronto a la ciudad. Debe usted traerlo alguna vez... Creo que los inviernos, allá en el Norte, son muy largos y tristes. ¿O es que tiene usted miedo?

Hilga quería enterarse de los proyectos de Allan, ya que los suyos habían sufrido tan radical transformación por la ausencia de Venetre. No tuvo en cuenta la posibilidad de que su sacrificio pudiera consumarse mucho después de enterarse Allan de su partida de Los Llanos. Después de escuchar a Jenssen supuso que Allan se aprestaría a rescatarla y ardía en deseos de conocer los proyectos de su amado.

Mads miró furtivamente a Hilga, pero la halló con la mirada fija en la lejanía de la opuesta orilla del lago. Para Jenssen, aparentemente, las palabras de la joven no tenían un significado especial. Consideraba natural que la dueña de la casa mostrara interés por conocer al amigo de uno de sus invitados, y no vio en ello nada de particular. No obstante, aquella mujer que ofrecía las apariencias de una mujer decente y distinguida, vivía bajo el mismo techo que albergaba a Tricker, es decir, a uno de los jefes de la banda que se había juramentado para matar a Allan. Era posible, sin embargo, que Hilga supiera que Raoul T. Brigiac, de Grosse Pointe, era el mismo Williams Tricker que regentaba un *cabaret* en Detroit... ignorando en cambio la existencia de la banda de Scarfell y el lugar que Tricker ocupaba en el mundo del hampa.

—Eso es lo raro del caso —contestó Mads—. Tenía miedo cuando tan de improviso abandonó Detroit la primavera pasada. Hasta cierto punto tenía miedo de

Detroit; miedo del demoledor espíritu de la ciudad y miedo de su propia filosofía, que le estaba despojando de cuanto sano y decente había en él. Pero sus mayores temores eran por una pequeñuela que le había sido confiada por un amigo moribundo; una niña en cuyo frágil cuerpecillo había hecho presa la tuberculosis. Se la llevó con él a la selva para que recobrarla la salud y al propio tiempo para despertar él a la vida y buscar una cura que hiciera sanar su alma.

Para Hilga empezaba a ser muy difícil mantener aquella actitud displicente, de cortés deferencia por su interlocutor. Sin embargo, el haber aludido Mads a una niña le ofrecía la ocasión que había estado esperando, y preguntó:

—¿Cómo sigue esa niña? ¿Han detenido la enfermedad los aires del campo para permitir que vuelva a la ciudad?

—Francamente, no lo sé —contestó Mads—. Le ha sentado muy bien, aunque no lo pude comprobar, pues estuve allí unos momentos, mientras la niña estaba durmiendo. Su rostro, de todos modos, pregonaba la mejoría experimentada.

—Entonces, si el verano en el bosque le ha ido tan bien a la pequeña, y su amigo ha recobrado el optimismo y las ilusiones, supongo que volverá. ¿No es eso? Deseo que venga usted la próxima vez con él. ¿Lo hará?

—Con mucho gusto dijo Mads con firmeza, seguro de que Allan encontraría a la joven tan encantadora como él la veía Pero no tengo la seguridad de que vuelva.

—¡Ojalá venga! —exclamó con vehemencia Hilga—. ¡Hay tan pocos hombres interesantes hoy en día...! Estoy segura de que en cuanto nos conozcamos nos haremos buenos amigos.

—Francamente, no sé si Detroit sería para él lugar seguro. Salió de aquí con precipitación, creyendo que había matado a un hombre (un sujeto que se lo merecía, por cierto), y los amigos del muerto han jurado tomarse a justicia por su mano en el caso de que Allan vuelva a Detroit.

Mads no se dio cuenta de que, inconscientemente, había pronunciado el nombre de su amigo, ni de qué. Hilga le observaba de nuevo con sobresalto.

—Aunque los amigos de la víctima no quieran creerlo, la policía está completamente convencida de que mi amigo no tuvo nada que ver con el crimen y...

—¿Qué dice usted? ¿Está completamente seguro? —exclamó Hilga sin poderse contener—. Dígame, Jenssen, por favor, ¿sabe usted con certeza que la policía no busca a Allan Campbell como autor de la muerte de Joe Pioggi? ¡Dígame la verdad! ¿Es cierto que Allan es inocente? ¡Es algo trascendental para mí!

Las palabras de Hilga demostraban la sinceridad del interés que demostraba por Allan. ¡Con qué violencia latía su corazón esperando la respuesta! Durante un largo rato ambos se miraron fijamente como si trataran de descubrir los secretos de sus almas, y los dos quedaron persuadidos de que su afecto por Allan era un lazo que les unía para siempre.

Mads condujo lentamente a la joven a otro banco de la orilla, se sentó a su lado y extendió su brazo con gesto protector a lo largo del respaldo del asiento. Sin omisión

de detalles le explicó todo lo que sabía de aquel suceso sangriento y por qué se hallaba tan seguro de que el matador del siciliano fue *El Torcido*. Reiteradamente aseguró a Hilga que la policía no había pensado ni una vez en que Allan fuera el autor de la muerte de Pioggi, ni jamás abrigó sospecha alguna. Entonces, Hilga Novak comprobó que Tricker le había mentado como un villano.

Hilga y Mads continuaron conversando bastante tiempo, mucho más del que prudentemente podía dejarse solos a unos invitados, aun en estos tiempos de moral acomodaticia y etiqueta escasa.

Al comprender Hilga que aquella sorprendente revelación echaba por tierra sus medios de defensa, se sintió sola y desamparada. Su pequeño mundo volvía a derrumbarse tan estrepitosamente como aquel aciago día en que Tricker le habló por primera vez de su venta a Venetre. Si Allan la hubiera visto en aquel momento no habría pensado, como cuando la encontró en Damon, que era una mujer de temple suficiente para hacer frente a la adversidad. Su plan meditado para defender a Allan se había venido abajo como un castillo de naipes, y al comprender lo cerca que se había encontrado del precipicio, Hilga se sintió débil e indefensa. ¡Cuánto anhelaba la presencia de Allan en aquellos momentos de incertidumbre! ¡Qué segura y animosa se sentiría en sus brazos! ¿Sería capaz de decirle lo torpe que había sido? ¿Sabría él comprender y perdonarla?

Completamente convencida de que se hallaba ante un amigo leal, Hilga relató a Mads su vida con Tricker y le habló de aquella espantosa mañana en que vio por primera vez a Venetre. Cuando empezaba a repetir lo que Tricker le había contado de él y de Scarfell, Mads interrumpió a la joven, para exclamar con acento grave:

—Tenga mucho cuidado, Hilga. No diga lo que le dijo Tricker aquella mañana respecto a la banda de Scarfell y sus principales secuaces, a menos de que esté usted segura de ello y dispuesta a repetir aquellas afirmaciones bajo juramento.

—¡Claro que lo repetiría bajo juramento siempre que fuera preciso! —contestó Hilga—. ¡Ojalá pudiera olvidar lo que escuché aquella aciaga mañana! Cada una de las palabras que pronunció ese malvado está grabada en mi memoria, y no hay poder humano capaz de borrarlas.

Hilga continuó hablando mientras el artista permanecía escuchándola en silencio, aunque poco atento al relato de ella. Hilga le habló de su fuga al Norte, de su encuentro con Allan, del cariño por *Pedrito* y de la declaración amorosa de Allan, pero Mads, ensimismado, no le prestaba atención. Sin embargo, cuando volvió a aludir Hilga a su encuentro con Tricker aquella inolvidable mañana de octubre, Mads volvió a interesarse profundamente.

Cuando la joven terminó su relato, el artista, cogiéndole ambas manos y mirándola fijamente, exclamó:

—Hilga, si ama usted a Allan Campbell tan sólo la mitad de lo que yo sé que él la quiere a usted, escúcheme con atención, pues debemos obrar con firmeza y prontitud. Durante algunos años he sabido por diversos conductos, especialmente por

confidencias de gentes que viven en el mundo del hampa, casi todo lo que usted me ha contado. Una buena parte de esa información me fue facilitada bajo palabra de honor de no revelarla, y no podría hacer uso de ella, pero lo principal lo he sabido por circunstancias y hechos que no me obligan al silencio. La confesión de Tricker a usted es todo lo que necesito, con lo que yo puedo aportar, para aplastar para siempre el poder de Scarfell. Y juro por el afecto que los dos sentimos por Allan Campbell que lo llevaré a cabo si usted continúa prestándome su ayuda.

Hilga prometió su cooperación sin vacilaciones, y Mads prosiguió la exposición de su plan.

—Mañana saldrá usted de aquí, diciendo que va a visitar a cualquiera de sus amistades. Pero, en realidad, donde irá usted será a casa de mi hermana, que vive en Monroe. En el camino se detendrá usted en el despacho de Jack Irwin, un amigo mío, que es abogado y se ha especializado en asuntos criminales. Allí la estaré yo esperando, y juntos redactaremos una declaración en la que contará todo lo que Tricker le dijo. Después la firmará usted ante notario y haremos de ella varias copias. Realizada dicha diligencia, Jack preparará unos escritos redactados con la habilidad e inteligencia que siempre ha demostrado. Dichos documentos los presentará en el juzgado del distrito y obtendrá unos requerimientos para que Scarfell y Tricker comparezcan ante el juzgado en la fecha que se indicará en los referidos escritos. Entonces usted prestará declaración y ésta se archivará para los efectos de cualquier proceso futuro. Mi amigo Jack, desde luego, cuidará de que la prensa no se entere de lo que está haciendo. No estoy seguro de que el plan que preparo sea legal. Desde luego, ese abogado amigo mío duda de que el juez autorice la declaración de un testigo destinado a surtir efecto en una causa criminal aún no formada y que quizá no llegue a formarse nunca. Pero de lo que sí está seguro es de qué puede obtener del juez las papeletas de citación. Y cuando yo las entregue a Scarfell y a Tricker les facilitaré al mismo tiempo una copia de la declaración jurada de usted y les diré todo lo que puedo probar además de eso. Asimismo les anunciaré que estoy dispuesto a enviar una memoria conteniendo mis pruebas y una copia de su declaración a la prensa de este distrito, en el caso de que ocurriera algo inesperado antes de la fecha fijada para la vista de la causa. Es indudable que tienen comprada a mucha gente, pero no a todo el mundo, y estoy seguro de que ambos huirán del país antes de ser desenmascarados. Cuando hayan desaparecido Scarfell y Tricker, los empresarios más poderosos del bandidaje en Detroit, la banda se dividirá en pequeñas cuadrillas de malhechores, sin una enérgica dirección, y la policía podrá manejar fácilmente a los supervivientes de las peleas que, fatalmente, se producirán entre ellos. Además, no hay nadie, excepto Scarfell y Tricker, que tenga motivos para eliminar a Allan. Tal vez, aunque no lo creo, quede algún secuaz de Monaker que crea que Allan traicionó a Pioggi, pero nada hay que temer de esta parte. Por lo demás, la reciente campaña de Allan en favor de la conservación de los bosques le ha convertido en un personaje popular, y es muy arriesgado ahora tratar de hacerle daño. Dígame, Hilga —agregó

Mads, mirando con fijeza a la joven—, ¿verdad que está usted dispuesta a secundar este plan? Hay muchas probabilidades de éxito. En cuanto al riesgo que usted corra (como puede haberlo), no he de ocultar que peligraría su vida. Pero creo que es preferible la muerte al destino que le estaba reservado.

—Puede usted contar conmigo —exclamó Hilga, con convicción—. Estoy dispuesta a ayudarle en todo.

Poco después, ésta y Mads regresaron al salón, en donde los invitados empezaban a extrañar la larga ausencia y mostraban deseos, por lo avanzado de la hora, de abandonar la tertulia.

A la una de la madrugada, después de abandonar la casa todos los invitados, la joven se retiró a sus habitaciones.

Al llegar a su cuarto, Hilga se despojó de aquel traje de soirée que había despertado la envidia de todas las mujeres, lo arrojó a un rincón y se colocó una bata de seda. Seguidamente se dirigió al tocador, sacando de uno de los cajones un retrato de Allan impresionado en el jardín de la casa de sus abuelos.

Los ojos de Hilga se llenaron de lágrimas y sus labios temblaron como los de una criatura acongojada. Contemplaba el retrato de su amado, y lo besaba con cariño pronunciando en voz baja el nombre de Allan.

Aquel llanto fue sedante para su alma dolorida, y poco después, de sus bellos ojos desaparecía la mirada inquieta, llena de temor que había en ellos. Hilga había reflexionado constantemente acerca de las consecuencias del sacrificio que se impuso, pensando si tendría toda la eficacia que ella deseaba. Ahora ya estaba libre de aquellos temores; libre para correr a su lado cuando él lo dispusiera y con la absoluta seguridad de que ella poseía el poder necesario para poner a Allan a cubierto de cualquier asechanza. Hilga contemplaba una y otra vez el retrato de Allan y lo besaba con apasionamiento recordando aquella dichosa tarde en que por primera vez la besó él. Empezaba a amanecer cuando Hilga se decidiera guardar la fotografía que con tanto fervor contemplara cubriéndola de besos. Segundos después de caer rendida en la cama, Hilga soñaba ya dulcemente en lo por venir.

## Capítulo XIX

---

### La lucha a orillas del «Ru Sable».

---

**M**IENTRAS Allan y *Ale* se dirigían a Roscommon, de regreso de la granja de los Novak, en casa de Williams era entregada, con destino a Campbell, una extensa carta de su amigo Mads Jenssen. El contenido de aquella misiva resolvía el problema que tanto había hecho meditar a Allan durante la larga jornada.

La carta de Jenssen, escrita seis días antes, informaba con muchos datos a Allan de todo lo ocurrido últimamente. Después de referirse a la fiesta celebrada en casa de Tricker, la noche en que conoció a Hilga, Jenssen exponía con toda clase de detalles el plan que había trazado para derrocar el poder de Scarfell y Tricker, añadiendo que Hilga estaba dispuesta a secundarle valerosamente. Después, de modo incidental, le decía que Hilga se hallaba en casa de su hermana, en donde había caído gravemente enferma, si bien ya se hallaba mejorada. Mas, por lo visto, no se daba cuenta de que a Allan le interesaba mucho más este último punto que todo lo relativo al proyectado «golpe de estado».

*Tanto Scarfell como Tricker —añadía Jenssen en su carta— se hallan muy inquietos por esta nueva huida de Hilga. No obstante, hasta ahora no han demostrado exteriormente otro interés que el que pueda sentir un padre adoptivo en caso análogo. De todos modos —continuaba—, he decidido obrar con mucha precaución y he reiterado a Hilga el ruego de que no se comunique con nadie en absoluto. Yo mismo no la veo ni le envío recado alguno, a no ser por mediación de mi hermana, que me telefona en días alternos. Por si esto fuera poco, cada vez lo hace por un teléfono distinto y llamándome a lugares diferentes que previamente le indico por escrito los días que no nos comunicarnos por teléfono.*

*»No tengo hasta ahora motivos para creer que sospechen de mí después de la desaparición de Hilga, pero no están de más todas las precauciones, y deseo evitar que los secuaces de la banda espíen mis llamadas telefónicas. Hasta ahora no he oído nada de la desaparición de Hilga en los lugares que frecuenta esa gente. Para obrar sobre seguro le mando esta carta por mi amigo Jack*

*Irwin, que la echará al correo de Cleveland. En esta ciudad mi amigo preparará sus documentos legales y las copias que deben mandarse a varios periódicos en el caso de que ocurra algo desagradable. El abogado ignora si vigilan su despacho, y por ello la carta va dirigida a Larry Henderson. No se arriesgue lo más mínimo, y si me escribe hágalo utilizando los mismos medios. Los espías de Scarfell están en todas partes y hay que evitar que Scarfell o Tricker tengan la menor versión de lo que se trama. De este modo podrá tener éxito el ataque que va a iniciar Jack Irwin...*

Allan, después de leer la carta la arrojó al fuego, para evitar todo rastro. En seguida, escribió a Mads, dándole cuenta de la desaparición de la niña y rogándole le avisara inmediatamente si descubría alguna pista.

Minutos después de su llegada a Roscommon, Allan y *Ale* salían de nuevo al campo para dar cuenta a los pobladores de Los Llanos del secuestro de la niña. A cuantos dieron la noticia les encargaron que informaran inmediatamente de cualquier suceso que llegara a sus oídos y que pudiera conducir al descubrimiento del lugar en que la niña se hallaba oculta.

Llegado el momento de solicitar el auxilio de los habitantes de Los Llanos, Allan pudo comprobar la estimación de que gozaba y el gran predicamento que tenía sobre aquéllos. Todos abrazaban su causa, sin excepción, y deseaban vengar aquel hecho cometido en su propio suelo. *El Duende* no le había mentado, y ya sabía que la gente de Los Llanos le quería y que podía contar en absoluto con todos. Allan abrigaba la certeza de que los raptos de la niña no podían haberse alejado mucho, pues poco después de haberla raptado cayó una poderosa nevada, quedaba descartada la posibilidad de que hubieran llegado a una estación de ferrocarril, pues nadie recordaba haber visto a una niña de las señas de *Pedrito* en ninguna de las estaciones próximas a Roscommon. Teniendo en cuenta dichas suposiciones, Allan y *Ale* limitaron de momento sus pesquisas a un área de unas veinte millas alrededor del pueblo.

A su regreso a Roscommon, *Ale* halló un telegrama sin firma, dirigido «al jefe de estación de Roscommon», que decía así:

*No está en Detroit, pero sin novedad.*

Evidentemente, Mads seguía procediendo con cautela. Allan y su amigo tuvieron después noticia de que en los alrededores de la granja de los Novak se habían apreciado huellas recientes de cazadores, circunstancia muy rara en aquella época del año. Más tarde, un par de días después de su regreso, Allan recibió una nota escrita a máquina, procedente de Detroit. Unido a la nota figuraba un trozo de papel con la inicial «M» impresa, rodeada de una doble orla de rombos. Era la firma oficial de

Chet Monaker. Aquel papel decía así:

*Incluso a aquellos que se consideran libres el dueño da órdenes. Pero nuestras condiciones son razonables: Petrilla Fogger a cambio de Hilga Novak. El canje se efectuará en Roscommon, la Nochebuena. Estaremos preparados para cualquier traición.*

Al terminar de leer la lacónica misiva, Allan sintió por unos instantes que la sangre se le helaba en las venas. Pero poco después de enterarse de aquella sarcástica imposición de condiciones le invadió una sensación de ira y al mismo tiempo de impotencia. La banda obraba ya a la desesperada, pero era preciso que Hilga no se enterara de aquello para que no insistiera en entregarse.

El espíritu de Allan se rebelaba ante aquella situación agobiadora. ¿Qué hacer? ¿Cómo obrar? Estas dos preguntas se cruzaban una y otra vez en su mente, y sentía el peligro de enloquecer.

Cuando salía de la oficina de Correos encontró a *Ale*, y le entregó la nota de Monaker. Su amigo, terminada la lectura, murmuró entre dientes:

—¡Valiente partida de bandidos! —Y volviéndose rápidamente a Allan, añadió—: ¿Por qué no me cuenta usted todo lo que hay detrás de esto? ¿No le parece que es conveniente, Allan?

Allan permaneció unos momentos en silencio, mientras ambos se dirigían a la estación.

—Sí —contestó al fin—. Creo que tal vez sea conveniente... Pero puede suceder que cuando haya usted oído todo, me desprecie. Y lo peor es que no podría censurarle si llega usted a ese extremo.

Sin esperar una respuesta de su amigo, Allan se decidió a relatar todo su pasado. Habló a *Ale* de sus disipados años en Detroit; de sus comienzos en el periodismo; de su simpatía por el hampa y de su primer robo, y de todos los restantes episodios de su vida ligados con Tricker con la niña y con *El Torcido*.

Pero Allan, ni aun en aquellos momentos se consideraba despreciable del todo e, inconscientemente, empezó a hacer su propia defensa.

—En realidad —decía— no soy un ladrón, sino únicamente un coleccionador de fruslerías que a nadie perjudican... Lo que de veras intento es descubrir un modo de desenmascarar a los verdaderos criminales, a esos que actúan dentro de la ley, pero que estrujan a millares de inocentes.

Luego, dándose cuenta repentinamente de lo que estaba diciendo, hizo un gesto expresivo, como si le hubieran amargado aquellas palabras, y terminó el relato de su vida hasta el momento en que huyó a las taladas tierras.

Allan no alzó la cabeza, temeroso de apreciar la impresión que sus palabras hubieran producido en *Ale*. Tenía en realidad un gran afecto por el pintoresco jefe de estación, y hubiera sentido extraordinariamente un desengaño.

—Me alegro de que por fin me haya usted contado la historia de su vida — exclamó *Ale* con convicción—. Ese relato aclara muchas cosas, pues yo temía que se tratara de algo verdaderamente grave.

—¿Qué puede haber peor que eso? —preguntó Allan, algo desconcertado.

—Sí, ya sé respondió *Ale* sonriente que todo eso es muy grave, pero existen crímenes peores, que usted no ha cometido. Olvidemos, olvidemos todo eso.

No hizo usted más que lo que entonces creía que estaba bien... y ahora tiene la cabeza despejada. ¡Eso es lo que interesa!

Después de mantener ambos un breve silencio, *Ale* continuó:

—Pero dígame, ¿qué tiene que ver Hilga con todo eso? ¡Dios mío! ¿Será posible que ella esté metida también en este enorme lío?

Allan contestó a aquellas preguntas con ciertas reservas, pues opinaba que lo que le había dicho Hilga no debía revelarlo a nadie.

—No sé a ciencia cierta —dijo— qué tiene que ver Hilga con todo esto, aparte de ser hija adoptiva de Tricker. Es posible que averiguara lo que es en realidad ese hombre, o que él quisiera utilizarla como cebo, a lo que ella se resistió, huyendo. En el hampa emplean toda clase de medios para rodearse de mujeres bonitas. De lo que sí estoy completamente seguro es de que esa mujer no será nunca de ellos. Estoy decidido a rescatar a la niña y conseguiré que Hilga se libre del peligro de esos bandidos... Y como estoy dispuesto a esto antes que a nada, Brent tendrá que continuar la labor sin contar conmigo. Ahora, como comprenderá, no tengo otra obsesión que la de salvar a la niña y a Hilga.

—Los bandidos esos traerán a la pequeña aquí, ¿no es eso? —preguntó *Ale* anhelante.

—Sí, eso es lo que se proponen.

—Pues manos a la lucha —contestó solemnemente *Ale*—. Tenemos que atacarles con sus mismas armas, y para ello seguiremos un plan que secundarán con entusiasmo todos los habitantes de estos contornos. Ya verá usted como todos nos siguen. Además, no hay ni uno que no sepa tirar estupendamente. Vamos a dar a esa banda una batalla que recordarán siempre sus supervivientes. Lo único que deseo es poder escoger yo mismo los diez o quince que me han de acompañar. ¡Por fin habrá otra vez emociones en esta bendita tierra!

Poco después, Allan y su amigo partían llenos de entusiasmo con objeto de reclutar aquel singular ejército. Primero se personaron en la granja de Renny, en donde encontraron a John y a Larry. Ambos, en cuanto se enteraron de lo que se trataba, ofrecieron su concurso y, con ello, arrastraron a los demás hombres. Después, de caserío en caserío, lo mismo que habían hecho unos meses antes, recorrieron toda la comarca y en una y otra parte hallaron el mismo entusiasmo para cooperar en su plan de combate.

Al terminar el quinto día, Allan había reclutado a muchos más hombres de los que pudiera imaginar. La armería de Roscommon realizó durante aquellos días un

negocio sin precedentes en la venta de municiones.

Al domingo siguiente, por la mañana, llegó Mads Jenssen a Roscommon. Aunque poco pudo contar de nuevo, a Allan le notificó que sabía que la niña estaba bien cuidada, si bien el informador no le dijo dónde se hallaba cautiva. La circunstancia de ser Mads amigo de Allan le impidió pedir a la gente del hampa detalles muy importantes. Desde luego, le constaba que Tricker se hallaba dispuesto a llevar a efecto el canje propuesto. Indudablemente, tenía necesidad imperiosa de Hilga, pero como no se puede tener confianza en sujetos semejantes, Mads aprobó el plan de Allan y estimó muy oportuno que sus hombres estuviesen dispuestos días antes de la fecha señalada para el canje.

Los negocios de Scarfell eran cada vez más lucrativos y más peligrosos. Al negocio de contrabando de licores se había añadido el del tráfico de drogas estupefacientes, y el dinero entraba en tal cantidad y tan rápidamente, que el dictador del hampa se hallaba ebrio de autoridad. Por lo que Mads Jenssen había podido averiguar por sí, sólo Allan, Hilga y Tricker sabían que Scarfell era el jefe de la banda. Hasta Monaker ignoraba la personalidad de Scarfell, si bien sabía que se hallaba al frente de aquello un poderoso jefe a quien conocía de oídas con el nombre de El Viejo. Muchos de los secuaces de la partida creían que era el mismo Monaker quien regía sus destinos.

La actuación de Alían en pro de la conservación de los bosques había atraído tanto interés hacia su persona, que su muerte hubiera tenido entonces una resonancia y una repercusión peligrosa para los secuaces de Scarfell. Por ello la banda tenía que obrar con suma cautela, pues cualquier paso en falso podía significar el derrumbamiento de la poderosa organización.

—Cómo ve usted, Campbell —decía Mads—, se ha convertido usted en un personaje relevante, vivo o muerto. Sin embargo, me interesa conservarle vivo. Estoy ya casi a punto de disparar mi andanada contra Scarfell y Tricker, y confío que entonces podrá usted circular libremente y sin temores por cualquier parte. Yo sé que ellos, aunque estén convencidos de que es difícil encontrar un jurado que les condene, no se atreverán a arrostrar el peligro de la publicidad. De todos modos; ya veremos lo que ocurre cuando llegue el momento. Por ahora no tienen ustedes que hacer más que esperar a que Tricker y Monaker decidan caer sobre Roscommon. Es muy posible que traigan a la niña como cebo, pero no me extrañaría que lo que se proponen sea, en realidad, quedarse con ella y con Miga al mismo tiempo y borrar a ustedes del mapa. Entre paréntesis —agregó Mads—, me enteré de que Pioggi obraba por cuenta propia y sin autorización de Tricker cuando intentó, con la complicidad de *El Griego* y de *El Sueco*, eliminarle a usted. Tenía ya el hombre celos de su prestigio y se imaginó que, muerto usted, tendría él más probabilidades de gozar del favor de sus jefes. Arkos fue «degradado» cuando se descubrió su participación en el asunto, pero creo que últimamente ha vuelto el hombre a recobrar sus galones.

El tren en que regresaba el artista a Detroit salía de Roscommon muy avanzada la

noche, y cuando *Ale* y Allan iban con él hacia la estación, por las calles del pueblecito no transitaba un alma. Mads era portador de una carta de Allan dirigida a Hilga. En aquella carta Allan hablaba extensamente del amor que sentía por ella y de lo que estaba trabajando en aquella campaña para la conservación de las taladas tierras. Terminaba pro-metiéndose solemnemente ir a reunirse con ella tan pronto como Mads lo permitiera, aunque le costaba mucho trabajo obedecer las instrucciones de su fiel amigo.

Mads, al despedirse de ellos prometió hacer cuanto le fuera posible para averiguar, antes del día fijado para el canje, el paradero de la niña. Prometió, asimismo, no decir a Miga nada de lo que ocurría.

—No sé lo que haría sin usted —dijo Allan, con emoción—. Siempre está usted a mi lado cuando más le necesito. ¡Ojalá pudiera ahora acompañarle! ¿No le parece que...?

—No, no me parece —interrumpió Jenssen—. Acabamos de dejar trazada su labor durante todo un mes. Quédese quieto. Si se acerca usted a Detroit antes de Navidad, abandonaré mi proyecto de aplastar el poder de Scarfell, y le diré a Hilga todo lo que está usted haciendo ahora.

Las últimas palabras de Mads se confundieron con el silbido de la locomotora, y momentos después arrancaba el tren.

A Allan no le fue posible, aquella noche, «quedarse quieto» como le había recomendado Mads Jenssen. Intranquilo, desasosegado, se revolvía en su cama sin poder conciliar el sueño mientras su imaginación volaba por las regiones de la fantasía. De repente, se acordó de que un amigo de la época de la guerra se hallaba al frente de un destacamento de aviadores, de maniobras en Camp Grayling, pensando de nuevo que era imposible «estarse quieto». Por tercera vez se había señalado la presencia de huellas de cazadores cerca de la granja de los Novak, y aquel hecho no se había podido aclarar todavía. Los aviadores militares se mostrarían encantados de hallar una oportunidad para «localizar» un campamento oculto en el bosque, pues era su misión principal en servicio activo. Allan había concretado ya su plan y consiguió conciliar el sueño hasta la mañana siguiente.

Puesto el plan en ejecución, durante tres días pude advertirse que sobre la región de Roscommon volaba un aparato observador de dos plazas explorando aquellos contornos. Allan, que con su camarada ocupaba el aparato, examinó atentamente durante los vuelos todo aquel territorio. Y al finalizar el tercer día, Allan averiguó lo que tenía tantos deseos de saber. En uno de los vuelos del aparato, realizados a muy poca altura, Allan pudo distinguir perfectamente la menuda figura de *Pedrito* jugando en la nieve, cerca de la casa de campo de Tricker, enclavada a orillas del *Au Sable*. Allan no pudo reprimir un grito de alegría cuando comprobó que se trataba de la niña, y aprovechando un atrevido descenso del aparato, que casi tocó el suelo, llamó la atención de la pequeña, que se puso a gritar mientras agitaba los brazos, Sabía que su actitud bastaría: para que sus raptos desaparecieran de allí inmediatamente, pero le

había sido imposible reprimir sus demostraciones de alegría.

Con aquel avión ligero era sumamente sencillo arrojar mensajes al punto exacto que se quería, y Allan aprovechó el procedimiento para citar a una docena de amigos leales y recomendarles que se reunieran cerca de la granja de los Novak el sábado por la mañana. Allan rogaba a cada uno de ellos que recabaran la ayuda de sus amigos.

El grupo de vecinos que se presentó a la hora señalada era más que suficiente para dar la batalla a Tricker, y por sus condiciones hubiera complacido al cabecilla más exigente.

Cada uno de aquellos hombres acudía sabiendo para qué se le había llamado y dispuesto a luchar sin piedad contra los adversarios. En el campo, más que en ninguna otra parte de los Estados Unidos, los hombres sostienen la antigua creencia inglesa de que el hogar es sagrado, y que no sólo es derecho inalienable, sino que tienen el deber de defenderlo contra todos los enemigos. Los hombres a quienes iban a atacar habían violado el hogar de un ciudadano de Los Llanos, y esto era bastante para justificar la batalla que preparaban. Todos los reunidos, por tanto, se disponían a luchar por una causa común y se hallaban dispuestos a que el delito no quedara impune.

Cuando la finca de Tricker apareció a la vista de aquellos hombres, el reducido destacamento se detuvo, y Alán transmitió sus últimas órdenes.

—No habrá negociaciones —exclamó con firmeza—. Dispararemos aunque vengan ondeando banderas blancas. No vamos a atacar a unos hombres, sino a unas fieras salvajes que no tienen concepto alguno del honor. De ellos no puede aceptarse más que una rendición incondicional. Y aunque no creo que se hayan atrevido a hacer daño a la niña, si lo han hecho ¡tampoco habrá cuartel! Entonces los exterminaremos, sin piedad, como a las alimañas. ¿Estáis dispuestos a ello?

—¡Sí! ¡Estamos dispuestos a todo! —contestaron a coro aquellos treinta individuos de ceñudos rostros.

—La ley —continuó diciendo Allan— está muy lejos de aquí. Es una cosa débil y sin consistencia, que ha permitido a esos canallas matar, violar y robar con impunidad varios años. Si fuéramos ahora a buscar la justicia, transcurrirían muchos días antes de que su pesada maquinaria empezara a funcionar, y entonces habría pocas probabilidades de que nuestros derechos quedasen vindicados. Ya que la ley nos ha abandonado, somos nosotros los dueños de las taladas tierras. Los forajidos que se guarecen tras esas paredes no temen a la justicia, pues saben muy bien el escaso poder que tiene. Tampoco temen a Dios ni a los hombres como éstos no vayan bien armados y dispuestos a matar a los que amenazan sus hogares y sus familias. Esta vez ha sido el hogar de Jan Novak el violado. ¿Podéis decirme cualquiera de vosotros cuál será el próximo? Esos canallas que se han apoderado de *Pedrito* proceden de la más vil escoria del hampa de Detroit. ¡No puede haber piedad! ¿Estamos conformes...?

El disparo, seco como un latigazo, de uno de los rifles, interrumpió las palabras que Allan dirigía a su tropa. Volvióse rápidamente y observó que Jan Novak había disparado sobre un hombre que, tambaleándose, soltaba su arma y corría a refugiarse en la casa. La presencia de los vengadores había sido descubierta antes de lo que Allan deseaba, pero ello no le cogía desprevenido. Rápidamente, con voz vibrante de mando, que no admitía réplica, dio sus órdenes a la gente que le seguía.

Los individuos que se hallaban dentro de la casa de Tricker tenían experiencia en toda clase de escaramuzas y se hallaban demasiado curtidos para asustarse por el ataque de que iban a ser objeto. Además, no ignoraban la enorme ventaja que, tras aquellas paredes de tronco, tenían sobre sus sitiadores.

Comprendiendo que el primer pensamiento de los sitiados sería cerrar los postigos, Allan ordenó a Jan Novak que, acompañado de cinco hombres, se destacara en dirección a los bosques situados al Este, con objeto de evitar que saliese alguien por aquel lado de la casa o cerrase los postigos de la única ventana de aquel lado. Después encargó a Larry que apostara diez hombres más entre los árboles del Oeste y del Sur, con instrucciones para evitar en lo posible el cierre de las ventanas, desde las cuales dispararían seguramente sus armas. Los hombres restantes, al mando de *Ale*, se quedaron con Allan para llevar a cabo el ataque principal.

Algunos protestaron cuando Allan se asignó el puesto de más peligro, pero éste contuvo a sus hombres con enérgicas palabras ordenando que cada cual ocupara el suyo sin más averiguaciones.

Tan rápidamente se situaron aquellos valientes en sus puestos, que los defensores tuvieron que abandonar la tarea, ya iniciada, de cerrar todas las ventanas. Los sitiados eran pistoleros avezados a la caza de hombres, pero no tenían el valor necesario para arrostrar una situación comprometida. Y es que los hombres de su calaña sólo tienen valor amparados en la sombra y en la impunidad. En el exterior, el número de hombres era muy superior, y todos sabían tirar desde su infancia, pero tenían la desventaja de que no veían a quién debían apuntar y estaban dominados por la nerviosidad que se apodera del soldado que tiene que disparar sobre un semejante.

De repente, se abrió una ventana de la fachada posterior, y sin que nadie apareciera por ella, se oyó gritar:

—¿Qué demonios queréis...? ¡Salid del bosque si tenéis algo que decir!

Allan reconoció aquella voz como la de Chet Monaker. Sonrió sombríamente y adelantándose unos pasos gritó medio oculto por un arbolillo situado al borde del bosque:

—Queremos a Petrilla Fogger inmediatamente, sana y salva, y la rendición incondicional y en el acto de todos los que estáis ahí dentro. Sea como sea, caeréis en nuestras manos antes del anochecer, y si hacéis el más mínimo daño a la niña, ninguno de vosotros estará vivo esta noche, Allan, después de pronunciar aquellas palabras, corrió a guarecerse detrás de un pino corpulento, que se hallaba a corta distancia de él. La maniobra no pudo ser más oportuna, pues momentos después, tras

una maldición, se oía una descarga cerrada. El arbolillo en que instantes antes se había guarecido Allan, quedó acribillado a balazos.

Aquella agresión cobarde no quedó impune. Veinte rifles fueron disparados al mismo tiempo, y la ventana de la buhardilla saltaba hecha astillas al momento. Uno de los bandidos cayó al exterior, y quedó tendido sobre la nieve, mientras otro se desplomaba sobre el marco de la ventana, de donde los compañeros le arrastraron hacia adentro. Dos de los sitiadores habían resultado heridos aunque levemente, y ello no hizo sino aumentar su ardor para la lucha. De los sitiados, se había comprobado con exactitud cuántas eran las víctimas. Uno había quedado muerto sobre la nieve, y otros dos estaban heridos, al parecer de gravedad. Quizás aquellas bajas habían reducido notablemente sus fuerzas de combate, pero tal vez el número fuera suficiente para cubrir los puestos de los que habían caído.

Hasta aquel momento, el plan de Allan se había desarrollado sin obstáculos, pero sus hombres no se hallaban preparados para un largo asedio, que era el medio mejor para rendir a los forajidos por hambre. Allan comprendió que para que el ataque les diera el triunfo era necesario asaltar la casa y capturar a sus ocupantes en una lucha cuerpo a cuerpo, y así decidió hacerlo. Seguidamente llamó a Larry y Jan para conferenciar con ellos, ordenando en tanto a sus hombres que mantuvieran un fuego continuo contra todas las ventanas, para evitar una salida de los bandidos.

Aquella reunión fue breve, pues tanto Larry como Jan reconocieron que había que obrar con rapidez y llegar hasta donde fuese necesario. Poco después, Allan, Larry y Jan se dirigían al bosque, en donde cortaron un tronco de pino de unos siete metros de largo, con un extremo de unos quince centímetros de diámetro. Cortado el tronco, desmocharon todas las ramas, excepto una docena de ellas a ambos lados, que formaban un excelente asidero. El tronco había quedado convertido en un formidable ariete con que destrozar aquella pesada puerta de la fachada posterior. Ocho hombres, bajo el mando personal de Allan, con otros dos de reserva, se destacaron para hacerse cargo del ariete y avanzar en dirección a la casa, protegidos por el fuego constante de sus compañeros. La partida que mandaba Larry estaba encargada de seguir a los que llevaban el pesado tronco, dispuestos a intervenir en el momento que fuese derribada la puerta.

En aquellos momentos había cesado el tiroteo de los bandidos, y éstos apenas daban señales de vida por medio de algún disparo suelto. De repente, Larry gritó con energía:

—¡Listos, muchachos! ¡Adelante!

Aquella era la señal contenida con Allan para que la partida de Larry saliese a campo abierto y disparase incesantemente, como así lo hizo al instante.

Allan, que se hallaba agazapado, en espera de aquella orden, se volvió a sus hombres y en voz baja repitió la consigna. Inmediatamente, todos se levantaron, iniciando tras él su avance hacia la casa. Los hombres de Larry les animaban con sus gritos, disparando sin cesar sus rifles en dirección a las únicas aberturas por las que

los bandidos podían intentar frustrar el ataque.

Paso a paso siguieron avanzando aquellos valientes hombres. Tenían que cubrir a pecho descubierto una distancia de doscientos metros, pero su entusiasmo y su bizarría hicieron posible el heroico empeño. Cuando se hallaban a unos cien metros de la casa, Allan sintió que una bala pasaba rozando por sus oídos. Al volver la cabeza un instante vio que uno de sus hombres se tambaleaba y caía, pero segundos después su puesto quedaba cubierto por uno de los reservas. Afortunadamente el caído no estaba herido de gravedad, y con su pistola empezó a hacer fuego contra las ventanas. Cuando faltaban muy pocos metros para llegar a la puerta de la casa, cayó herido otro de los hombres de Allan, pero inmediatamente surgió el reserva. Otro fue tocado por una bala, pero Allan, sin vacilar, agarró la rama que había soltado la víctima. Poco después, protegidos por el intenso fuego de los hombres de Larry, Alán y los suyos llegaron con el tronco de árbol al pie de la puerta.

Al primer choque la maciza puerta de roble fue derribada hecha astillas. Era fuerte, pero no había sido construida para resistir el empuje de un ariete manejado por ocho corpulentos hombres.

Allan y sus hombres sacaron sus pistolas y se lanzaron al interior gritando como locos. Pero el combate había terminado. Los bandidos, de los cuales sólo tres quedaban en pie, estaban extenuados y se apresuraron a rendirse al ver entrar a sus sitiadores. Inmediatamente fueron desarmados y después de maniatárseles se les sacó al exterior. Acto seguido los sitiadores prendieron fuego a la casa, que no tardó en arder por los cuatro costados, convirtiéndose en imponente hoguera.

Allan, que no había podido evitar que sus enardecidos hombres iniciaran el incendio, corrió como loco entre las llamas, buscando a la niña. Su desesperación fue grande al comprobar que ni entre los prisioneros ni entre las víctimas estaba la pequeña. Monaker, tampoco.

Las llamas empezaban ya a destruirlo todo cuando Larry halló a Allan, muy pensativo, cerca de la puerta principal.

—¿Qué pasa, jefe? —gritó.

—No encuentro a *Pedrito* —contestó Allan, desconsolado.

Pero en aquel momento advirtió unas huellas en la nieve, en dirección a una caseta para guardar embarcaciones que Tricker había mandado construir en la orilla del río. Las huellas eran de un hombre solo, pero cabía suponer que el fugitivo se había llevado consigo a la niña. Los hombres de la partida de Jan Novak habían corrido en ayuda de los que protegieron el avance del ariete, olvidando que Alán los había destacado en aquel lugar para evitar precisamente la huida de los bandidos.

Allan corrió velozmente en dirección a la caseta que se veía a lo lejos, seguido de cerca por Larry. Instantes después divisaba la silueta del bandido que se dirigía hacia el bosque como un animal perseguido por sus cazadores. Si los hombres de Jan Novak hubiesen permanecido en sus puestos, Monaker se habría visto imposibilitado de huir. Gracias a la sangre fría de Allan y a la leal cooperación de Larry se evitó la

huida de Monaker con la niña, no malográndose así el principal objetivo del combate.

Monaker corría velozmente a pesar del espesor de la nieve que cubría el camino, y ni Allan ni Larry sé atrevían a disparar por el temor de herir a *Pedrito*. Uno y otro gritaron al fugitivo intimidándole a que se rindiera.

Viendo por el incendio de la casa y por la violencia del asalto que le había precedido que no iba a haber cuartel en aquella lucha, Monaker decidió vender su vida al mayor precio posible. De repente se detuvo, arrojó a la desvanecida niña sobre la nieve y antes de que los perseguidores pudieran presumir sus verdaderas intenciones, sacó su automática. Instantes después, y agazapado tras el inmóvil cuerpo de la pequeñuela, disparó su pistola contra Allan... Larry había advertido la maniobra... y al mismo tiempo disparó sobre Monaker su carabina. Sin un grito, Monaker se desplomó sobre la nieve en medio de horribles convulsiones. Pero al caer Monaker, el dedo que aún oprimía el gatillo de la pistola se contrajo violentamente, y el arma se disparó. Lo que ocurrió entonces fue espantoso, y nadie pudo impedirlo. ¡Pobre niña inocente, víctima de aquella lucha! Cuando su vida empezaba a aletear, la bala traicionera disparada por un moribundo en los estertores de la agonía segaba de raíz su vida.

En el instante de disparar Monaker, Allan sintió un dolor agudo que le cruzaba el pecho, pero perdió el conocimiento antes de que pudiera disparar su arma.

Y cuando la noche se hizo en su cerebro, Allan quedaba tendido en la nieve, inmóvil.

# Capítulo XX

---

## Nueva primavera

---

ALLAN Campbell abrió los ojos cuando los primeros resplandores de la aurora anunciaban el comienzo de un maravilloso día de Año Nuevo.

Una espantosa tormenta había azotado la comarca la noche anterior, conmoviendo violentamente el hogar de los Novak, donde Allan yacía postrado. Hilga, que no se separaba un momento del enfermo, se había arrodillado aquella noche más de una vez para rogar a Dios que el furor del temporal no arrebatara el alma de su amado. El Señor debió de oírla, pues la tempestad había respetado el apacible sueño de Allan y cesó al amanecer.

El primer pensamiento del herido al abrir los ojos fue sacar el revólver y matar al vil, bandido que había hecho fuego sobre él, pero al intentar mover el brazo se sintió atenazado por un agudo dolor en el pecho. Y cuando se disponía a hacer un esfuerzo sobrehumano, le detuvo la sorpresa de que no se oyera tiroteo alguno. No tenía noción del tiempo transcurrido desde que cayó herido, y se preguntaba cómo había terminado aquella sangrienta lucha cuyo fin no había podido ver.

Allan se dio cuenta, aunque nebulosamente, de lo que ocurría a su alrededor y observó que tres sombras se introducían lentamente en la habitación, deteniéndose junto a la puerta. No podía distinguir quiénes eran aquellas tres personas, ni reconocía sus voces. Pero oyó perfectamente que una de ellas, la más alta, pronunciaba las siguientes palabras:

—Si hoy no recobra el conocimiento me iré a Detroit y traeré un especialista y un cirujano. Temo que esto sea el principio del fin...

—Sí, Mads —contestó otra voz—. Yo también tengo miedo. ¡Pero no puedo dejarle morir! ¡Mads, que no se muera! Allan, haciendo un esfuerzo que le debilitó extraordinariamente, levantó la cabeza. En unos segundos desapareció el velo que oscurecía sus ojos y vio que una de aquellas personas se adelantaba hacia la cama. Poco después, al comprobar que los ojos de Hilga le miraban con ternura, y que detrás de ella estaba Mads, dio un grito de alegría. Hilga, al ver que Allan había recobrado el conocimiento, dio asimismo un grito y se abalanzó a su lado, sepultando su rostro en la cabeza del enfermo. También Mads contemplaba con mirada feliz.

—¡Allan! —exclamó con voz velada por la emoción—. ¡Gracias a Dios, ahora se va usted a poner bueno!

Pero Mads Jensen, a más de amigo leal, era hombre discreto y consideró muy plausible en aquellos momentos el dejar solos en la habitación a los dos enamorados.

Así lo hizo, abandonando silenciosamente la estancia.

Hilga alzó los ojos, rebosantes de lágrimas, para mirarse en los de Allan. Y las barreras que hasta entonces se habían alzado entre los dos enamorados, cayeron deshechas y olvidadas.

—¡He tenido tanto miedo, dueño de mi alma! —exclamó Hilga con voz apagada—. Pero ahora te pondrás bueno en seguida y podremos estar juntos toda la vida, en esta magnífica selva que es de nosotros. Tú y yo, solos, sin que nos separe nada ni nadie.

Hilga y Allan, ajenos a todo, permanecieron abrazados en silencio largo rato, hasta que se oyeron cerca de la puerta unas pisadas fuertes.

—Es el médico —exclamó Hilga—, que ha venido a curarte la herida... Voy a recibirle, y volveré en cuanto haya terminado la cura.

Allan se quedó inmóvil, dudando de que Hilga hubiese estado a su lado un segundo antes. Creía que todo había sido una pesadilla, y que la llegada del médico le despertaba del pesado sueño.

—¿Cómo va eso? —preguntó el doctor, con acento paternal—. Está usted poniéndose bien por momentos.

—Sí —contestó Allan con voz débil—, parece que estoy mejor... Pero, dígame, doctor, ¿qué me ha ocurrido después de ser herido, qué es lo que ha pasado?

—No se preocupe —exclamó el médico, sonriente—. Dejo a Hilga y a *Ale* el cuidado de explicarle todo lo que ha ocurrido. Esté usted tranquilo y procure no excitarse ni hablar demasiado durante algunos días. Ha tenido usted una fiebre muy alta, pero si me atiende, pronto podrá levantarse y recuperar sus fuerzas.

Terminada la cura, el médico se despidió de Allan y, después de dar las oportunas instrucciones a Hilga, abandonó la casa de los Novak.

Cuando Hilga entró de nuevo en la habitación de Allan, éste había caído otra vez en un profundo sueño, del que no se despertó hasta bien entrada la tarde.

Al abrir Allan de nuevo los ojos, Hilga se hallaba sentada al lado de su cama, y aprisionaba dulcemente entre sus manos las de su amado.

—¿Cuánto tiempo llevo así? —preguntó Allan—. ¡Cuéntame, cuéntamelo todo, nena mía!

—Llevas ya en cama cerca de quince días —contestó Hilga— y todo ese tiempo sin conocimiento. Ya te lo iré explicando todo, pero poco a poco, y únicamente si me prometes estar muy quieto y no excitarte mientras me escuchas.

»Cuando tú y Larry —siguió diciendo— alcanzasteis a Monaker, mientras éste intentaba escapar con la niña, aquel bandido te disparó un tiro. La bala te atravesó el pecho, pasando a un centímetro del corazón. Has estado muy cerca de la muerte,

Allan... Larry creyó que habías expirado, y cuando llevó la noticia a la gente, produjo una excitación extraordinaria. Al enterarse de tu supuesta muerte, se volvieron como locos y querían linchar a los bandidos supervivientes que habían caído en poder de la policía. Hubo un momento en que la policía se vio muy apurada, y creo que si llegan a conseguir su intento los enfurecidos hombres de Los Llanos, descuartizan a los bandidos. Por fin pudo imponerse la policía, esposar a los pistoleros y llevárselos de allí. Todos los que sobrevivieron a aquella lucha están convictos y confesos y purgarán su delito en presidio unos cuantos años... Entre la gente de Los Llanos no hubo que lamentar ningún muerto, y aunque uno de aquellos valientes hombres resultó herido de consideración, tú has sido el único herido de gravedad.

»La ofensiva de Mads Jensen contra el poder de Scarfell —continuó diciendo— obtuvo más éxito del que esperaba nuestro fiel amigo. Aquel ataque, más temible que el de las armas, se inició dos días después de la lucha a orillas del *Au Sable*, y el dictador prefirió suicidarse antes que correr el riesgo de defenderse. Se mató por orgullo, por cobardía y por evitar que Peggy se enterara de lo que había sido su padre. La muchacha le quería de verdad y hoy llora la pérdida del que para ella era hombre bueno y respetable. Su dolor le ha llevado a refugiarse en la amistad de Mads, y yo creo que con el tiempo Peggy corresponderá al amor que nuestro amigo siente por ella... Venetre fue muerto en El Cairo y Tricker huyó a Europa. No creo que vuelva jamás. Sin duda alguna, en Francia o en Italia llevará una vida de hombre respetable y se hará querer de las gentes, pues, pese a sus despreciables negocios, tenía cualidades estimables. La banda de Scarfell ha quedado deshecha por completo y sólo quedan, de lo que no ha mucho era un bloque sólido, multitud de despreciables fragmentos.

Hilga observó que Allan, rendido de cansancio, había cerrado los ojos, por lo que, levantándose de su lado, salió de la habitación silenciosamente.

Antes de que el herido se hubiera repuesto lo suficiente para volver a Damon, la primavera llegó triunfante a las taladas tierras.

A primeros de abril, Allan insinuó a Hilga que era preciso pensar en el traslado a Damon. Aún quedaba alguna nieve en los campos, pero a su alrededor todo parecía despertar a la vida. Las plantas comenzaban a nacer y los pájaros habían empezado a saludar con sus cantos a la primavera. La selva era otra vez el eco de las melodías de los petirrojos, de los jilgueros y de los zorzales. Del Sur empezaban a llegar las golondrinas, los vencejos y los gorriones.

Hilga se resistió a la marcha de su amado, pues no quería que aquel idilio inolvidable se rompiera tan pronto, Allan atendió las indicaciones de Hilga y hasta la primera quincena de mayo no abandonó el hogar de los Novak, en dirección a su casa de la selva. Entonces la muchacha decidió acompañarle.

Llenos de ilusiones, los dos enamorados partieron para Damon una dorada

mañana.

Al llegar a la entrada del pueblo, Hilga se detuvo al pie de las solitarias sepulturas. En una de ellas dormía el sueño eterno la desgraciada niña. Hilga musitó una oración mientras por sus mejillas resbalaban gruesas lágrimas.

Allan siguió hasta la casa, y al abrir la puerta y contemplar el interior de la vivienda sintió una agradable sorpresa. La cabaña, arreglada toscamente y amueblada del modo más primitivo, se había convertido en un acogedor hogar de aspecto riente y simpático.

Las ventanas habían quedado cubiertas con unos visillos de admirable sencillez, un albo mantel de lino se extendía sobre la mesa, en la que brillaba el cristal y la loza, y una gran alfombra de paño ocupaba casi todo el suelo de la habitación. De las paredes pendían varios cuadros y, sobre las sillas, unos mullidos almohadones invitaban al reposo. Sobre una mesita veíase un jarrón lleno de racimos de dulcamara, y cerca de ella se advertía un cómodo butacón, completamente nuevo. En uno de los rincones del aposento refulgía una pequeña estufa moderna, con la leña preparada para encenderla. No faltaban tampoco los libros de autores favoritos del propietario, ni otros detalles de exquisito gusto.

Allan estuvo contemplando todo aquello durante un largo rato, asombrado de la transformación que había sufrido la casa.

Después, caminando lentamente, como si deseara aspirar todo el bienestar que flotaba en el ambiente, se trasladó a la cocina, y de allí a su dormitorio y al cuarto que había ocupado la infortunada niña. En todas partes, una mano de hada había dejado su mágica huella, y la casa sonreía ufana adornada con tanta belleza.

Allan se emocionó al darse cuenta de lo que Hilga había realizado. Nadie más que ella podía haber creado aquel ambiente tan deliciosamente femenino en el hogar de un hombre solo.

Hilga se acercó a su amado cuando éste contemplaba absorto su obra. Por los ojos de la joven, que sonreía dichosa, resbalaban unas lágrimas de felicidad.

Allan, al darse cuenta de la presencia de la joven, creyó que aquella sonrisa era un pedazo de cielo, una promesa de la felicidad que iban a alcanzar para siempre ella y él.

La joven se abandonó en los brazos de Allan, mientras un ligero rubor teñía sus mejillas. Éste apoyó su rostro en el de ella, tratando de ocultar las lágrimas que también resbalaban por su cara.

—¿Me quieres mucho? —exclamó dulcemente Hilga—. ¿Es verdad que me quieres mucho, Allan?

—Más que a mi vida —contestó él, trémulo de emoción.

Allan se separó un instante de Hilga para mirarla a los ojos. De la mirada de la joven había desaparecido todo indicio de temor y de zozobra, y sus ojos resplandecían de felicidad. En su delicado rostro ardía la llamarada de aquella pasión sublime, y su mirada proclamaba el amor infinito que embargaba su alma.

—Yo también te quiero a ti con toda mi alma exclamó Hilga.

Allan la estrechó de nuevo contra su pecho. Y así, juntos, unidos fuertemente el uno al otro, dijeron sus corazones lo que sus labios no habían sabido expresar todavía.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

*Abraham* (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

# Notas

[1] Se llamó la Partida del Té a un grupo de ciudadanos de Boston que, en 16 de diciembre de 1773, celebró una asamblea, acordando no permitir la importación de mercancía alguna. Disfrazados de indios, los conjurados asaltaron tres buques que acababan de atracar y arrojaron al mar centenares de cajas de té que conducían dichos buques para el referido puerto. (N. del T.). <<

[2] Día de Acción de Gracias que se celebra en los Estados Unidos en la primera quincena de noviembre. <<